

# VILLA de MADRID



IGLESIA DE LOS JERONIMOS.—FOTOGRAFIA DE ANGEL QUEVEDO

Ayuntamiento de Madrid «PREMIO KAULAK 1976»



# VILLA *de* MADRID

REVISTA DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO

DELEGACION DE EDUCACION

DIRECTOR:  
RUFO GAMAZO RICO

REDACCION Y ADMINISTRACION:  
PLAZA DE LA VILLA

Teléfonos: Dirección, 247 63 35  
Administración, 248 01 29

PRECIO DEL EJEMPLAR: 70 PESETAS

SUSCRIPCIONES  
Año: 280 pesetas

M A D R I D

AÑO XIV

1976 - I y II

NUM. 50-51

## Sumario

*Juan de Arespacochaga, Alcalde de Madrid.* (Crónica de A. MIGUEL SANCHEZ).

*Los ejemplos de García-Lomas,* por LUIS PRADOS DE LA PLAZA.

*Premios «Villa de Madrid», 1976,* por JOSÉ LEAL FUERTES.

*Algunos dibujos costumbristas de Alenza del Museo Lázaro Galdiano,* por ALBINA MARTÍN-MATEO DE VAUGHAN.

*El Hospital y Convento de la Concepción de Nuestra Señora (La Latina),* por MERCEDES AGULLÓ Y COBO.

*La Guía de Madrid de Angel Fernández de los Ríos,* por ENRIQUE PASTOR MATEOS.

*Los cinco Alcaldes de Franco: Moreno Torres,* por TOMÁS BORRÁS.

*Tres antecedentes ochocentistas, en Madrid, de la actual Sociedad General de Autores de España,* por FEDERICO CARLOS SÁINZ DE ROBLES.

*Historietas madrileñas. El Kursal de la Magdalena,* por ANTONIO DÍAZ-CAÑABATE.

*Apuntes para un catálogo de lápidas madrileñas,* por JUAN SAMPELAYO.

*Un madrileño que escribía en broma, Juan Pérez Zúñiga,* por JUAN LAGARMA BERNARDOS.

*José Luis Pellicer, caricaturista político de la revolución.*

*Fotografías:* Aulocolor, Infocolor, Archivo Gráfico de Contreras y José M.<sup>a</sup> Izquierdo.

*Ilustraciones:* Dibujos de Esplandiu.

Depósito legal: M. 4.194-1959

A. Gráficas MAGUNCIA. Trujillos, 7  
MADRID

# JUAN DE ARESPACOCHAGA, ALCALDE DE MADRID



(Crónica de  
A. de MIGUEL SANCHEZ)

**M**ADRID tiene nuevo alcalde: Juan de Arespachaga y Felipe, el primer Corregidor que llega a la Casa de la Villa y Corte tras la instauración en España de la monarquía de Don Juan Carlos.

Su nombramiento por el Rey, a propuesta del ministro de la Gobernación, se conocería el 23 de abril, después de la reunión del Consejo de Ministros. Juan de Arespachaga, madrileño de nacimiento y de ascendencia vasca, venía a sustituir a Miguel Angel García-Lomas y Mata, un madrileño, de origen asturiano, alejado desde febrero del Ayuntamiento porque su corazón se había resentido y enfermado en el servicio a su pueblo.

Tres días más tarde de este nombramiento, el Patio de Cristales de la

Casa de Cisneros se encontraba lleno de gente en espera de que las puertas del Salón de Sesiones se abriesen para escuchar el adiós emocionado de un hombre y la llegada de otro con sus ilusiones y esperanzas. Un público numeroso y diverso buscaba inútilmente, a la una de la tarde de ese día, un sitio en el Salón de los Plenos, iluminado con las luces de los «flashes». Ministros, ex ministros, delegados, concejales, funcionarios y amigos y familiares de los protagonistas guardaron completo silencio cuando Pedro Barcina, como secretario general del Ayuntamiento, inició la lectura de los decretos de nombramiento y cese. Presidió el vicepresidente para Asuntos del Interior y ministro de la Gobernación, Manuel Fraga Iribarne. A su

izquierda, en la mesa presidencial, se encontraba García-Lomas, y, a su derecha, Juan de Arespacochaga. Ocuparon sitio en la mesa, el vicepresidente para Asuntos Económicos y ministro de Hacienda, señor Villar Mir; los ministros de Vivienda y Obras Públicas, señores Lozano y Valdés; el gobernador civil, señor García Siso, y el presidente de la Diputación, señor Martínez Emperador. Asistieron, junto con otros altos cargos de la Administración Central, la Corporación municipal en pleno y numerosas personalidades invitadas expresamente al acto.

Tras la lectura de los decretos, se le hizo entrega al alcalde de los atributos de su cargo: el collar y el bastón de mando, prestando a continuación juramento.

como alcalde de Madrid y de quien he recibido las mejores atenciones y consejos.

*Ofrezco, en fin, mi profunda gratitud al pueblo de Madrid en sus portavoces, en los medios de comunicación social y en los cronistas e informadores municipales, que, con sus testimonios y demandas, sus críticas y proposiciones, han sido para mí el mejor estímulo.*

*Ahora tengo la gran satisfacción de que me suceda en la alcaldía un hombre cuya condición humana y profesional conozco y admiro por haber coincidido con él en muchas etapas del servicio a la comunidad. En él prosigue la noble tradición de inteligencia y entrega que en mi juventud pude apreciar de cerca en la figura de su padre, don Nicolás de Arespacochaga, insigne ingeniero de Caminos.*

*Estoy seguro de que Juan de Arespacochaga, nuestro alcalde desde hoy, hará honor a tan relevantes cualidades en el servicio al pueblo de Madrid, en el servicio a todos mis convecinos madrileños a quienes dedico emocionadamente mi último saludo de alcalde y a los que deseo todas las venturas que se merecen.*

*En estas breves palabras de despedida he procurado evitar cualquier especie de crónica, balance o personalismo. No obstante, como final, quiero hacer dos afirmaciones solemnes teniendo al pueblo de Madrid por testigo:*

*Primera: Que soy y seré fiel a las lealtades que he jurado a nuestro caudillo Franco y a nuestro Rey Juan Carlos I.*

*Segunda: Que he entregado mi corazón al servicio de Madrid y que aquí os lo dejo maltrecho pero enamorado.»*

Una larga y unánime ovación acogió las emocionadas palabras del señor García-Lomas.

## DISCURSO DE JUAN DE ARESPACOCHAGA

Seguidamente, y ante una gran expectación, hizo uso de la palabra el nuevo alcalde, Juan de Arespacochaga, quien, con voz firme y se-

# PALABRAS DE DESPEDIDA DE GARCIA-LOMAS

A continuación el Alcalde saliente Miguel Ángel García-Lomas y Mata dio lectura al siguiente mensaje de despedida:

«**H**ACE casi tres años, el 19 de julio de 1973, en este mismo lugar recibía del actual presidente del Gobierno el mayor honor de mi vida pública: las insignias de la alcaldía de Madrid.

En aquella ocasión prometí lo único que estaba en mi mano: trabajar con plena entrega al servicio del pueblo donde nací. Muchos de vosotros sabéis ciertamente que los he hecho hasta el límite de mis fuerzas.

Dos han sido las ideas fundamentales de esta honrosa e intensa tarea: modernizar la organización del Ayuntamiento con arreglo a la Ley Especial del Municipio y dotar a Madrid de una infraestructura para su desarrollo natural y para el justo equilibrio de sus diversas zonas.

*Todo lo que se haya conseguido hay que atribuirlo, en primer término, a la Corporación, a los concejales, a los delegados de servicios, a los funcionarios y a las diversas empresas municipales, que, con su abnegado afán por Madrid, han sido mis eficacísimos colaboradores y a los que, en este momento, quiero dedicar con toda mi alma mi agradecimiento y mi amistad.*

*Tengo que agradecer también a la Administración Central y demás autoridades su preciosa comprensión y ayuda, con particular referencia a los Ministerios con los que el Ayuntamiento ha tenido una mayor relación, como son los de la Gobernación, Hacienda, Obras Públicas, Vivienda y Comercio.*

*De un modo muy especial se concreta esta gratitud en el presidente del Gobierno, don Carlos Arias Navarro, a cuya autoridad y magisterio se une su excepcional experiencia*



*El señor Arespachaga presta juramento.*

gura, dijo:

«**S**EA mi primera frase de agradecimiento para Su Majestad el Rey por haber aceptado la propuesta que el ministro de la Gobernación, aquí presente, le hizo de mi nombre para ocupar la presidencia del Ayuntamiento de Madrid. Yo ruego al señor vicepresidente del Gobierno haga presente al Rey mi devoción personal unida a mi esperanza en su regia persona.

Al ministro Fraga, aquí presente, huelga mi adhesión pública. La he hecho con frecuencia, y es bien notorio que me une a él, principalmente, mi admiración. Recibe, pues, querido Ministro, en este acto público y lugar tan representativo para la vida madrileña y aun para la vida nacional como es su Casa de la Vi-

lla, la renovación de mi afecto y de mi lealtad.

Dos recuerdos para dos alcaldes de Madrid. El primero para don Carlos Arias Navarro. En esta Casa, durante mucho tiempo, seguirá siendo don Carlos, lo cual es buena prueba de que la huella que dejó es tan profunda que suena y resuena y resonará por tiempo en la Casa. Creo que la mayor alegría que se le puede dar al que es hoy nuestro presidente del Gobierno es decirle que fue un alcalde de excepción y que, de hecho, todos los españoles tenemos en este momento la esperanza de que esa sensibilidad especial que hace falta para regir una ciudad, y que él tiene tan acreditada, le valga en los momentos actuales de compás seguro en una gran empresa de la que es Alcalde de porte nacional.

Y un segundo recuerdo para un segundo Alcalde, Miguel Angel García Lomas. Nos preciamos ambos de ser amigos mutuos desde hace mucho tiempo. Mis primeros contactos con él se enlaza con los de personas muy queridas de ambos y que ya no están entre nosotros. Lo conozco, por tanto, de una manera profunda, por lo que mi afecto tiene ambas componentes: objetiva y subjetiva. Junto a una gran capacidad personal tiene Miguel Angel un gran corazón, y las personas con los sentimientos sensibles son siempre profundamente sinceras. Sinceras consigo mismo y sinceras con los demás. Son personas sobre todo que se entregan, y de ello es bien patente el hecho de que Miguel Angel haya dejado en esta Casa lo más importante que un hombre puede dejar,

porque se trata de la entrega siempre irreversible de la propia salud. Yo me atrevo, en nombre del Municipio, a decir al ministro de la Gobernación aquí presente que será de justicia y nos servirá a todos de satisfacción proponerle para la Medalla de Oro de Madrid, formalizando la propuesta de manera procedente.

Llego a la Alcaldía de la Capital del Reino de manera inesperada pero ilusionada. Soy madrileño. Aquí ha transcurrido buena parte de mi niñez, toda la de mis estudios, la de mi boda y la del nacimiento de mis nueve hijos.

Pero mi apellido es muestra clara de un abolengo de cuya estirpe me honro. En las próximas y lejanas tierras vizcaínas se encuentran las tumbas de mis antepasados y esas casas solariegas tanto más humildes cuanto más viejas. En ese país verde, coautor de la unidad española en el que hoy sangrientos estilos que jamás le pertenecieron alzan un puñado de extremistas bajo banderas ayer inventadas. No es vana ni inoportuna esta alusión a las tierras de mis mayores, a las que guardo por ello profundo afecto y simpatía porque con ellos mi presencia como máxima autoridad de la capital del Reino es, en cierto modo, símbolo de unidad y de vocación nacional de una capital que lo es de todo el Reino.

Permítaseme todavía otra calificación personal, no inoportuna para quien se presenta con modestia al pueblo madrileño explicando su vocación y su talante.

Soy hombre del Movimiento, porque mi vida ha transcurrido prácticamente dentro de él y porque en años bien jóvenes empecé a protagonizar sus singladuras. En la mitad de la cincuentena la historia es bien abultada y la mía muy clara. Si volviera a vivirla, la reproduciría tal y como ha sido, sin una vacilación y sin una duda. Pero la historia está ya escrita y el futuro está por hacer. Encuentro inútil en todo caso, y candoroso en el mejor de ellos, escribir mirando hacia atrás. El futuro se escribe cada mañana, y en esa hoja en blanco hay que escribir una historia nueva a la que no hurtaré tampoco, en la parte que me corresponda, mi protagonización obligada como cualquier español de filas en el cambio pendiente al que me inscribo, pues con absoluta convicción y con la clara conciencia de que es nuestro deber como hombres del momento actual. En mi afecto a

Fraga se mezcla, por tanto, una vieja lealtad y una compenetración plena en cuanto a actitudes. Como entiendo que las personas deben siempre definirse, sirva cuanto antecede de definición personal.

Llego ahora a la Alcaldía de la Capital del Reino y no soy ni tan inteligente ni tan osado como para intentar repentizar no ya unas soluciones, sino ni tan siquiera el análisis de sus problemas. Creo que tiene esta ciudad las mismas complicaciones de las de todas las grandes concentraciones urbanas, concentraciones ciudadanas en donde se pone a prueba la convivencia, porque es en donde antes la libertad de cada uno hiere la libertad de los demás. No es de extrañar, por tanto, que, junto a estructuras posiblemente deficientes, exista un talante ciudadano que puede hacer agrio e individualista el carácter de cada uno y más difícil la convivencia de todos.

Quiere decirse, por ello, que si bien prometo con fuerza análoga a la del juramento empeñado poner mi trabajo y mi dedicación plena a resolver los problemas de la ciudad y a intentarlo sin desmayos con el equipo que tiene que ayudarme, paralelamente solicito desde aquí a todos los madrileños sin excepción una ayuda que sólo pueden darme ellos con la perfección de su ciudadanía para hacer más llevadera la ciudad.

Y en este punto yo hago también una llamada a la prensa, porque quizá son los medios informativos los únicos capaces de ejercer un magisterio positivo en la movilización de la opinión ciudadana. La prensa, a través de sus redactores acreditados en esta Casa, tendrá siempre con prontitud y exactitud cuanta información deseen, y cuando esté en su poder la analicen, a sus críticas fundadas, estará siempre atento el oído del alcalde, pero cuando lleguen al convencimiento de que se hace todo lo que se puede, su misión no es otra que la de ayudar a formar esa conciencia ciudadana en lugar de animarla a exigir lo imposible.

Y ahora un saludo a los funcionarios de esta Casa. Son decenas de miles, abarcan, puede decirse, todas las actividades laborales y ofrecen todos los niveles de profesión. Todas mis palabras están directa o indirectamente dirigidas a ellos. A través del programa de un alcalde nuevo tendrán que añadir un punto más a

la ya apretada exigencia de su quehacer cotidiano. Yo lo espero de todos ellos, porque hoy no hay más bello y sugerente programa que el de laborar en la convivencia, y como no hay mayor yunque para ello que la ciudad, lo que sea de nuestras ciudades, desde esta que es Capital del Reino hasta la más pequeña de las que forman la España entera, lo será del país que tenemos en nuestras manos y que hemos de dejarlo mejorado y limpio en las manos de los que han de seguirnos.

Si existen prelações en esta mejora, yo pienso que los barrios periféricos que se han añadido a esta ciudad, que, como todas, no crece desde dentro como la corteza de los árboles, sino desde fuera con sucesivos añadidos, las necesidades apremiantes van más deprisa que la planificación rigurosa. Ello debe merecer nuestra atención preferencial.

En esta labor como en todas las demás han de secundarme con un entusiasmo que ya conozco en cada uno de los concejales de este Ayuntamiento. Son los más caracterizados representantes de los madrileños y tienen a su favor el que han venido por vocación propia; me gustaría que en mi mandato, inútil si no cuento con su colaboración absoluta, tuviera lugar una ampliación de sus actividades positivas con la apertura, si es posible, de nuevos distritos que permitieran un mayor y más íntimo contacto de los ciudadanos con sus regidores.

España entera se encuentra en un momento de eclosión, con los riesgos y con las esperanzas, que es en cierto modo motor de esos periodos de actividad eficaz. Vamos a intentar mejorar la ciudad porque es la nuestra y porque es además Capital del Reino, y esta firme decisión de hacerlo es quizá, pero es también nada menos, que el compromiso con que un nuevo alcalde de esta Villa quiere entrar, sin desmerecer, en la serie brillante de los que a lo largo de la historia madrileña lo precedieron en el cargo.»

## DISCURSO DE FRAGA IRIBARNE

CLAUSURO el acto el señor Fraga Iribarne, pronunciando el siguiente discurso:



Don Manuel Fraga Iribarne, en un momento de su interesante discurso.

«Señor alcalde.  
Señores concejales.  
Señoras y señores:

Es para mí un especial motivo de satisfacción el asistir a esta solemne toma de posesión del nuevo alcalde de Madrid.

En primer lugar, porque me da ocasión de dirigir un especial saludo a esta ilustre Corporación, representante de la Villa y Corte, de este gran Madrid, capital de España.

Madrid es una ciudad extraordinaria. Quizá su famoso cielo y su agua famosa también necesiten de más cuidados que cuando eran de por sí las mejores de Europa. Pero el «castillo famoso» ha tenido un destino ejemplar. Fue cabeza de un gran imperio siendo una pequeña villa. Supo adaptarse a las más difíciles circunstancias de una compleja Historia. Conoció a los severos aris-

tócratas del tiempo de los Austrias, y escuchó los donaires de Lope y las sátiras de Quevedo. Se adaptó a los aires europeos en el XVIII, cuando los Borbones la modernizaron y ensancharon, no sin resistencia de los castizos. Simbolizó el 2 de mayo la voluntad de un pueblo de sobrevivir, a su manera, antes que someterse a otras ideas y a otras voluntades. Peleó un siglo entero por encontrar una fórmula para la vida política moderna. Sufrió en su carne la tragedia de las que sin duda ha de ser la última de las guerras civiles españolas. Como el ave Fénix, renació de sus cenizas, para ser hoy esa gran ciudad que admira a propios y extraños, llena de pujanza, de vitalidad, y, por supuesto, de problemas.

En segundo lugar celebro esta ocasión porque en ella vamos a dar su vara al primer alcalde de Madrid nombrado por nuestro Rey, don Juan Carlos I. Muchas cosas están

pasando en estos meses que pronto serán Historia. Con naturalidad, el país está iniciando una nueva etapa. El Rey y el pueblo se están encontrando en ella con absoluta lealtad y eficacia. Madrid es su Corte, lo que no constituye un privilegio, sino una honrosa carga. A menudo se habla del centralismo madrileño y de su desinterés por el resto del país. Nada más falso ni más injusto, porque este gran Madrid lo hemos hecho todos los españoles, y ahí están el Centro Gallego, el Círculo Catalán y tantas otras ejemplares casas regionales para testimoniarlo. Pero siempre deberemos recordar a cuanto os obliga, señores municipales de esta Villa y Corte, al servicio del Rey y de España entera.

En tercer lugar quiero decir que Madrid, por cuanto he dicho, es un ejemplo vivo de los problemas especiales de las grandes urbes de nuestro tiempo.

*La vieja ciudad ha explotado, y una constelación de barriadas nuevas o incorporadas esperan la creación de todos los servicios que les den una verdadera posibilidad de vida civilizada y a escala humana. Bien está mantener las viejas glorias del pasado, pero hemos de aceptar de cara el desafío del presente para merecer la aprobación del porvenir. Estoy seguro, señor alcalde, que con la ayuda de toda la Corporación y la eficaz asistencia de los delegados de servicios, vais a acometer esta tarea con cabeza, con decisión, con eficacia y con plena continuidad y consecuencia. Contad para ello con el pleno apoyo del Gobierno y tened por cierto que vuestra tarea será de las que se perpetúan en algo que vale más que los monumentos y los mármoles: los corazones agradecidos de los hombres que van al trabajo dejando una familia segura y satisfecha; de las madres que cuentan con los servicios necesario para una vida familiar digna, y de los niños que encuentran donde jugar y un ambiente que no los oriente al desorden o al vicio.*

*Señor alcalde de Madrid: has sido nombrado por S. M. el Rey para uno de los cargos más responsables del país. La vara que es símbolo de tu autoridad, es símbolo de la rectitud absoluta que todos los madrileños te vamos a exigir. Has de regir, con tus compañeros de Corporación, una de las grandes ciudades del mundo, uno de esos centros en que el espíritu universal precipita, a través de los siglos, un ambiente propicio a las grandes empresas humanas. Por aquí pasaron arquitectos y artesanos alemanes y flamencos, franceses y napolitanos; aquí dejaron sus ideas y testimonios hombres venidos de las Indias Occidentales y de Filipinas, y ciudadanos de todas la Españas. Aquí escribió Cervantes, y criticó Larra, y actuaron grandes embajadores y hombres de Estado famosos. Pero lo mejor de todo es el pueblo, ese gran pueblo de Madrid, dispuesto siempre a hacer un 2 de mayo por sus Reyes y por su España, a despedir ejemplarmente a un Caudillo ejemplar y a recibir gozoso otra vez a la Monarquía que fue su sostén y su orgullo. A ese pueblo os debéis en cuerpo y alma. Nada vale nada si no se hace por el pueblo, para el pueblo y con el pueblo. Si lo servís como él se merece, compliréis con vuestro deber; si no, él y vuestra conciencia os lo demandarán.»*

# JUAN DE ARESPACOCHAGA Y FELIPE

(DATOS BIOGRAFICOS)



Nació en Madrid en 1920. Es doctor ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, doctor en Ciencias Políticas, Económicas y Comerciales, diplomado en Organización de Métodos y coronel honorario de Ingenieros (Escuela de Ferrocarriles). Terminó la Guerra de Liberación como teniente provisional de Infantería, y al finalizar su carrera de ingeniero, en 1945, trabajó en la construcción de obras ferroviarias hasta 1949, en que pasó a los Servicios Hidráulicos del Estado para dirigir las obras del pantano de El Vado (Guadalajara), concluidas en 1953 para el abastecimiento de aguas a Madrid. Este mismo año fue destinado como ingeniero a los Servicios Eléctricos de Obras Públicas, y en 1958 fue nombrado jefe del Gabinete Económico de la Secretaría General Técnica de Obras Públicas. En 1960 se le designa vocal del Centro de Es-

tudios Económicos del Instituto Nacional de Industria y miembro de su Consejo Técnico Económico. En 1962 fue nombrado Director General de Promoción del Turismo, y en 1967 Presidente de la Empresa Nacional de Turismo. En 1955 obtuvo el Premio «Jerónimo de Uztariz», del Colegio Oficial de Economistas de España, y en 1964 el premio «Rafael Díaz Llanos». Es miembro de número de la Academia de Doctores de Madrid y ha sido presidente de la Academia Internacional de Turismo de Mónaco y de la Asociación Nacional de Ingenieros de Caminos. Es vocal de la Junta de Gobierno de la Real Sociedad Geográfica y miembro de número del Instituto de Analistas de Inversiones. Ha dirigido los equipos de trabajo redactores de los Planes de Promoción del Desarrollo Económico en las provincias de Málaga (1961), Guadalajara (1962) y Albacete (1963); el Plan de Promoción Turística de la Costa del Sol (1964), el de Desarrollo Turístico de la Costa de Huelva (1966), el de Desarrollo de Cartagena (Colombia) y el de «Promoción Turística de la República Dominicana» (1972). Ha sido vocal de la Comisión de Planeamiento del Área Metropolitana de Madrid, consejero de Iberia, Líneas Aéreas, y presidente de la empresa Ingeniería y Economía del Transporte, S. A., filial de Renfe. En la actualidad es vocal del Consejo de Obras Públicas, presidente de la Asociación Española de la Carretera, consejero de RENFE, de Potasas de Navarra y de varias empresas privadas de carácter financiero, inmobiliario y auxiliares de la construcción. Tiene cerca de un centenar de trabajos publicados, principalmente sobre temas de desarrollo económico, transportes y turismo, y se halla en posesión de varias condecoraciones españolas y extranjeras, entre ellas las Grandes Cruces de Alfonso X El Sabio y del Mérito Civil.



# LOS EJEMPLOS DE GARCIA-LOMAS

Por Luis PRADOS DE LA PLAZA

**P**ARA despedir al alcalde García-Lomas —«el mayor honor de mi vida»—, el salón de sesiones de la Casa de la Villa se llenó de emoción y de sincero agradecimiento. Ha pasado un alcalde más por esta difícil responsabilidad del Ayuntamiento de Madrid. «He entregado mi corazón al servicio de Madrid, y aquí os lo dejo maltrecho, pero enamorado».

Tenía la voz rota y las lágrimas en sus ojos, como aquella mañana, un último domingo de septiembre, cuando un chalé se rompió y tres niños quedaron sepultados bajo los escombros. «El talante humano de García-Lomas (dije en "ABC", "La sonrisa de tres ángeles") tiene tratamiento de gran categoría... A lo mejor, el día que el alcalde aprenda a decir las cosas, todos sus desvelos por Madrid y los madrileños se van a comprender más. Para que no parezca toda la culpa de García-Lomas, lo diré de otra manera: el día que los informadores municipales aprendamos a interpretar la palabra encendida, espontánea y no siempre oportuna del alcalde se habrá entendido su auténtica dimensión humana y tendrán oportunidad de enterarse —los vecinos— de las horas de trabajo y de la siempre buena voluntad del alcalde».

Una semana antes del relevo de este alcalde de estampa bondadosa, de enfados fuertes y momentáneos, la colección de sellos de García-Lomas (su «cuarto de los trastos») se abrió a la curiosidad del periodista. Su otoño trepidante y doloroso, que había comenzado con la sonrisa muerta de esos tres ángeles, le habían dado un aviso serio. La salud de un hombre puede cuidarse. La salud de un alcalde, no. Una campaña antiespañola, el dolor y la vigilia de los dos últimos meses de Francisco Franco... agotaron la resistencia de un peso fuerte. Se tenía en pie porque era su deber. Tres convocatorias en la Plaza de Oriente llenaron de orgullo a un alcalde. La despedida fervorosa a un capitán de cuarenta años y el clamor del recibimiento a un Rey que no ha cumplido cuarenta años, tuvieron el protagonismo de Madrid bien patente: ahí, en esa espléndida Plaza de Oriente, donde Miguel Ángel García-Lomas vivió su niñez...

Decía que una semana antes de que García-Lomas cumpliera sus tres años casi de Alcaldía tuvo ocasión de conversar en su casa. Estaba convaleciente e ilusionado por el regreso a su despacho de la Casa de la Villa.

—¿Se ha arrepentido de algo?

—Sí, de haber hablado con demasiada claridad en alguna ocasión; de no haber reprimido mi natural carácter, inclinado muchas veces al exceso de sinceridad...

Desde julio de 1973 hasta abril de 1976 este alcalde ha hecho honor a su palabra. Llegó prometiendo lo único que estaba en su mano: trabajar con plena entrega al servicio de un pueblo que le vio nacer. En su emotiva despedida apenas fue suficiente que dijera «muchos de vosotros sabéis que lo he hecho hasta el límite de mis fuerzas», para que el salón de sesiones —puesto en pie— le tributara una larga y prolongada ovación.

Ha sido un alcalde que ha dicho la verdad. Ha sido un alcalde bueno y trabajador. Yo sé que ha sido mejor alcalde de lo que los madrileños creen. Incluso ha reconocido el motivo de esta impopularidad que no siempre se ganó él, sino que «se la ganaron». Cierta encuesta quería dar a entender que el alcalde era una persona desconocida. Sin embargo, el premio «limón» se lo habían otorgado a la primera oportunidad, y el alcalde había hecho verdaderos esfuerzos por agarrarse a su puro y recibir de buena cara ese reproche agrio y público. Le quisieron hacer comulgar con rueda de democracia. Una tarde, allá por la Cava Baja, un espontáneo salió a decirle —delante de la concurrencia de un restaurante— que ya iba siendo hora de que se marchara de su sillón de alcalde... Le soltó una frase castiza el alcalde y las revistas que gustan de «hacer astillas» aprovecharon la oportunidad de declarar con énfasis la cara destemplada de García-Lomas. Habrá que apuntarlo al cuaderno de los chascarrillos. El alcalde dejó su sillón de la Casa de la Villa con grave quebranto de su salud..., pero a aquel impertinente nadie le echó por el sistema —que se había ganado— de «la carrera del señorito».

Lo que importa es la «operación ruina», el impulso por dotar esta ciudad de una infraestructura. Lo que importa es el talante decisivo para estar donde el al-



calde tenía que estar, sin perderle la cara a los grandes problemas de Madrid.

Ya en el mes de marzo último, una nueva encuesta (a la que no conseguí verle apellido, y por eso la señalé con el dedo) adelantaba unos tantos por ciento de partidarios de la dimisión García-Lomas. De «encuestas-pirata» estaba bien abastecido este alcalde. También para el «cajón de los chascarrillos».

El alcalde Miguel Angel García-Lomas va a pasar con buena evaluación a la historia de la Villa no porque su carácter impulsivo le traicionara algunas veces, ni siquiera por su falta de diplomacia en momentos en que hubiera sido más aconsejable «no comparecer». El alcalde García-Lomas pasa a la historia de la Alcaldía de la capital del Reino con muy buena nota por su arranque e impulso a la «operación ruina»: «En los dos últimos años se ha dado una batalla importante en Madrid. La "operación ruina" ha sido la mejor obra de García-Lomas, acaso no lo suficientemente reconocida. De haber mandado más el Ayuntamiento, a estas horas no habría edificio ruinoso, de auténtico peligro, en el casco urbano madrileño» («Meridiano de la ciudad», «ABC»: «Casticismo y pingajismo»).

También se le recordará —en medio de otras muchas realidades— por el ataque a la contaminación atmosférica, en cuyo tema también se ha visto la falta de autoridad municipal. Madrid es muy difícil. Una legislación ha quedado ahí, para su uso... Los medios para el futuro, al alcance de la mano. La Ordenanza contra Incendios, otra previsión que deja para la tranquilidad del Madrid venidero.

En lugar del alcalde del puñetazo en la mesa, del García-Lomas que «tira por la calle de enmedio», Ma-

drid le tiene que juzgar por su presencia en la calle de Fuencarral, la noche trágica de mayo de 1974 (con su promesa en el lugar caliente de tanto dolor y su posterior entrega); por su humanidad, aquel otro domingo de la calle Palafox (que determinó un estudio del subsuelo y una recuperación de unidad y mando de servicios); por los colectores (millones enterrados en la periferia de Madrid); por la Alameda de Osuna y por la ampliación de la Casa de Campo (a punto de conseguirse, en ambos costados de la ciudad, a derecha y a izquierda, mayores pulmones y más aire limpio para los madrileños)...

«Muchas mañanas la caja de las pastillas, el frasco de las gotas o la ampolla de la inyección (escribí en "ABC", cuando se supo la enfermedad de García-Lomas, que ha aconsejado su relevo) tienen que recomponer el ánimo del alcalde. Se apunta a todas, cuando no se le apunta a todas. Nada más que de vecinos, semanarios y corporaciones profesionales tiene una cola de solicitud, queja o reivindicación permanente. La servidumbre y la grandeza de la Alcaldía de Madrid la tiene entera sobre sus espaldas y su sonrisa de hombre bueno» («Meridiano de la ciudad: La indisposición del alcalde»).

Junto a su corazón «maltrecho, pero enamorado», nos ha dejado Miguel Angel García-Lomas muchas cosas más. VILLA DE MADRID ha sido testido de esta obra, donde la voluntad y la entrega permanente ha sido reconocida por el alcalde Arespacochaga. En la toma de posesión de nuestro nuevo alcalde los ejemplos de García-Lomas han merecido el anuncio de la Medalla de Oro de Madrid, por delante de lo que dicen los protocolos. La entrega de este honor bien ganado deberá ser la confirmación de que por el primer sillón de la Casa de la Villa ha vuelto a pasar un buen alcalde.

# PREMIOS «VILLA DE MADRID» 1976

Por José LEAL  
FUERTES



Iglesia de los P. P. Dominicos de Alcobendas. (Foto: Juan Pando.)

**C**OMO en años anteriores se han fallado los premios «Villa de Madrid», instituidos por la Delegación de Educación. Los concursos últimamente resueltos han sido

los siguientes: «Lope de Vega», de teatro; «Ortega y Gasset», de ensayo; «Francisco de Quevedo», de poesía; «Antonio Maura», de investigación administrativa; «Maestro

Villa», de música; «Mesonero Romanos», de periodismo, y «Kaulak» e «Iluminaciones Navideñas», de fotografía.

A continuación damos cuenta someramente de los fallos recaídos.

#### **PREMIO «LOPE DE VEGA»**

Este premio, además de su dotación económica, consistente en 200.000 pesetas, lleva consigo el compromiso de estrenar la obra premiada. Mientras no se pueda disponer del Teatro Español, pendiente de reconstrucción a causa del reciente siniestro, el estreno tendrá lugar en el teatro María Guerrero, posibilidad prevista en las bases de la Convocatoria. Además del premio se concede un accésit de 50.000 pesetas a la obra que quede en segundo lugar. Es muy probable que tanto el premio como el accésit aumenten su dotación en el próximo concurso.

Se ha podido apreciar en este año, como en el anterior, un nivel más alto entre las obras concursantes. De los 84 originales presentados, fueron seleccionados 22. Como esta cifra parecía excesiva sólo pasaron a la votación final las siete obras siguientes: La furia del honor, Crónica del rey don Pedro, El engaño, Spanish west, Acido sulfúrico, La buena vida y Coplas del general Riego. Después de las pertinentes votaciones, el premio «Lope de Vega» fue concedido a «El engaño», y el accésit a «Acido sulfúrico», quedando en tercero y cuarto lugar, respectivamente, «Crónica del rey don Pedro» y «La buena vida».

El autor de «El engaño» es José Martín Recuerda. Se da la circunstancia de que este dramaturgo obtuvo el «Lope de Vega» en 1958 con «El teatrillo de don Ramón». Como en las bases no existe ninguna prohibición en este sentido, si se tiene en cuenta, además, que las obras se presentan bajo plica, ignorándose quién es el autor, el fallo del Jurado es perfectamente legítimo. Martín Recuerda tiene ya una importante producción dramática. Recordemos, entre otros dramas, además del Teatrillo, El payaso y los pueblos del Sur, Como las secas cañas del camino, Las salvajes en Puente San Gil, El Cristo, Las ilusiones de las hermanas viajeras y, sobre todo, Las arrecogías del beaterio de Santa María Egipcíaca.

«El engaño» recoge diversos episodios de la vida de San Juan de

Dios. Las incidencias, fracasos y persecuciones sufridas por el fundador de la orden hospitalaria proporcionan en esta ocasión el marco adecuado para trazar un magnífico y excepcional personaje. Juan de Dios acabará venciendo, con las únicas armas de su tenaz porfía, cuantas dificultades se oponen a su paso. Obra de divo, de figura central, vigorosamente destacada; a su alrededor se perfila una serie de tipos sumamente interesantes, desde los inmediatos colaboradores del santo, Antón Martín y Pedro Velasco, hasta toda una turba de desheredados, desvalidos, prostitutas, locos y enfermos. Tiene una sobrecogedora emoción el encuentro con doña Juana, la reina loca, así como la presencia conmovedora de doña Amparo, «la de Gutiérrez de Cetina». Hay algo más en este drama; la contraposición entre dos mundos antagónicos: la grandeza de España convertida en magnífico y poderoso Imperio, rodeado de brillante esplendor, desgastándose en heroicas empresas, en inútiles conquistas, en guerras religiosas, frente al hambre y a la miseria del pueblo. Por un lado, los que dominan; por otro, los que desean la libertad. Este es el tema subyacente que anima la acción y que mueve al numeroso censo de personajes: la libertad. Surge el motivo como una apreciación crítica del catolicismo español, de la contrarreforma. ¿Influencias? Sin negar el ejemplo de algún autor moderno, ya que tanto el planteamiento como el desarrollo están en la línea de Bertolt Brecht, nos encontramos ante una original exposición, en la que debe anotarse un diálogo vibrante y adecuado a las situaciones, que contribuye eficazmente a realzar el acentuado dramatismo de la pieza.

Acido sulfúrico, la obra que ha alcanzado el accésit, nos revela un nuevo autor: Alfonso Vallejo. Por las noticias publicadas en la prensa sabemos que es médico y que desde sus tiempos de estudiante ha tenido una incontenible vocación por la literatura dramática. Algunas de las obras que de este dramaturgo conocemos nos parecen de indudable mérito, especialmente El desguace y Vuelomagia. En Acido sulfúrico, Vallejo sigue la tendencia del teatro del absurdo, con indudable influencia de Ionesco, acercándose quizá a las creaciones grotescas de Ghelderode. El mismo autor dice de su obra que ésta «quiere ser una reacción quí-

mica, un producto tóxico y corrosivo, auténtico oxiácido del azufre». Hay en esta obra, humor de la mejor calidad y, pese a las influencias citadas, estamos ante un ejemplo de un teatro original, auténtico y divertido.

No sería justo dejar de mencionar las restantes obras finalistas. Crónica del rey don Pedro es un magnífico ejemplo de teatro-documento, centrado en la figura del rey justiciero; La furia del honor, feliz combinación del drama histórico, no en el sentido tradicional, con cierto tratamiento de humor revelado en el tono irónico del diálogo; Spanish west, afortunada expresión de un tema candente de innegable actualidad; La buena vida, excelente muestra de lo que debe ser el mejor teatro de humor ibérico con un diálogo ágil y ocurrente, y, por último, Coplas del general Riego, brillante crónica dramática del héroe de Cabezas de San Juan, desarrollada en rápidas y concisas escenas sobre el fondo de un romance de ciego.

#### **PREMIO «ORTEGA Y GASSET»**

Este premio, referido al género de ensayo, ha sido concedido a don Manuel Jiménez Rico, por su obra «Escultores del siglo XVIII en Madrid». Se trata de una obra sumamente interesante, en la que se esclarecen bastantes puntos sobre la escultura española, estudiada primeramente con carácter general, para pasar después a investigar sobre el problema en Madrid, indagándose las corrientes estéticas que pudieron influir decisivamente y estableciéndose los distintos estilos entre los escultores del reinado de Felipe V y el de sus sucesores, especialmente a partir de Carlos III.

Es revelador el análisis que Jiménez Rico hace de algunos hechos que influyeron decisivamente en el tema, tales como la decoración escultórica del Palacio Real. Maneja el autor en gran parte datos no conocidos hasta ahora con los que logra un completísimo catálogo de los escultores que trabajaron en Madrid durante el siglo XVIII, dándose a conocer por vez primera a muchos de ellos, sobre todo los que esculpieron la serie de reyes hoy situados en la plaza de Oriente, el Retiro, Aranjuez y otros emplazamientos, así como los autores de los relieves marmóreos del Palacio Real.

Por todos estos conceptos, la obra premiada implica una importantí-



*Monasterio de la Encarnación. (Foto: Javier Roméu y Víctor Peral.)*

simas aportación al estudio del arte escultórico en el aspecto que se indica.

#### **PREMIO «FRANCISCO DE QUEVEDO»**

El Premio «Francisco de Quevedo», dotado con 100.000 pesetas ha correspondido al libro «Con odio, con temor, con ira», presentado por Salvador Pérez Valiente, autor de sobra conocido en el campo de la creación poética.

El libro premiado guarda perfecta concordancia con el significado que, dentro de la poesía española, tiene el poeta que da nombre al premio. Como Quevedo, Pérez Valiente ha mirado los muros de la patria «un tiempo fuertes, hoy desmoronados». Y su voz eleva la protesta contra un mundo en el que el hombre es «un autómatas que ha salido del lunes con retraso / para volver el lunes», un mundo esclavizado por el teléfono, en el que las palabras decisivas son éstas: petróleo, automóviles, guerra, noticias, películas, cultura en discos... Valiosa aportación la que hace Pérez Valiente a la poesía actual; su voz merece ser escuchada con especial atención.

#### **PREMIO «MESONERO ROMANOS»**

Se ha adjudicado el Premio «Mesonero Romanos» a la colección de artículos publicados en el diario «Ya» por Enrique Pastor Mateos, referentes todos ellos a la temática de Madrid.

La personalidad de Enrique Pastor es sobradamente conocida por todos en el campo de la investigación. En este caso, el investigador hace llegar su erudición al público con palabras claras y concisas, desarrollando temas sumamente interesantes como son: Martínez Campos, general de la Restauración cuyo pronunciamiento puede decirse que terminó con la era de los pronunciamientos; el marqués del Duero, cuyo monumento en Madrid excede a su popularidad; Sagasta, menos afortunado al no tener ningún monumento en la Capital; Cánovas, figura clave de la Restauración; Galdós, descubridor en su extensa producción de un auténtico Madrid, a quien vemos reposar en el monumento de Victorio Macho en el Retiro; Menéndez Pelayo, a quien podemos ver en la estatua que hay en la entrada de la sala de lectura de la Biblioteca Nacional; Bravo Murillo,

que ha dejado una huella indeleble en Madrid y cuyo nombre va asociado al Canal de Isabel II; etc. Así desfilan, en una acertadísima evocación, personajes y monumentos ligados a la historia de la capital.

#### **PREMIO «KAULAK»**

El «Kaulak», dotado con 75.000 pesetas, ha sido concedido a la fotografía «Iglesia de San Jerónimo el Real», de la que es autor Angel Quevedo. Los dos accésits, de 25.000 pesetas cada uno, correspondieron a Javier Roméu y Víctor Peral por su fotografía «Monasterio de la Encarnación» y a Juan Pando por la titulada «Sin musgo viejo, una misma faz auténtica».

A continuación nos referimos a las fotografías premiadas, así como también a varias más que, aunque no tuvieron premio, revelan una gran calidad artística.

#### **SAN JERONIMO EL REAL (Portada Foto. A. Quevedo)**

Alguien sube por la escalinata de San Jerónimo el Real. (El pueblo madrileño, con ese hábil sentido simplificador que posee, ha designado a este templo con el nombre de «los Jerónimos»). El caminante parece que va a detenerse. ¿En qué piensa este hombre que se acerca a la antigua iglesia? ¿Recuerda algún episodio de su larga historia? Seguramente, no; todo eso le tiene sin cuidado. Lo probable es que el caminante quiere gozar de un momento de tranquilidad en un lugar apacible.

Subiremos también nosotros los escalones y, mientras tanto, recordaremos. La escalinata es obra relativamente reciente, de comienzos del presente siglo. Cuando en 1502 los monjes jerónimos se trasladaron de su primitivo e insano emplazamiento, situado a orillas del Manzanares, al sitio donde todavía hoy contemplamos el monasterio, este paraje tenía otro aspecto. Era una pequeña colina, poblada de arbolado, sobre el arroyo de Valnegral, a gran distancia del pequeño recinto habitado de Madrid, que todavía no era Corte ni soñaba con serlo.

Estamos ya delante del templo. Tanto la fachada como el interior pertenece al estilo gótico isabelino que advertimos en otras iglesias de aquella época. Tormo cita el precedente de El Parral de Segovia. Se

ignora quién fue el constructor ¿Juan Gallego, Martín Solórzano, Antón y Enrique Egas, Gil de Hontañón? La portada que vemos en la bella foto de Angel Quevedo corresponde a la restauración, no muy afortunada, realizada durante el reinado de Isabel II, a la que una reciente reforma ha devuelto en gran parte su originario aspecto en el que destaca el pórtico de sillería labrada sobre el ladrillo mudéjar. También fue importante la reforma interior, llevada igualmente a cabo en la misma época. Quedan intactas de la traza primitiva las bóvedas de complicada y elegante crucería.

Desde sus primeros tiempos San Jerónimo el Real juega un papel importante en la vida pública española. Aquí tuvieron lugar las Juras solemnes de los herederos del trono, siendo la primera la de Felipe II, celebrada el 19 de abril de 1528. El futuro rey contaba en esa fecha, según testimonio de Jerónimo de Quintana, diez meses y veintiún días. El convento se hizo famoso «por la opulencia y la buena vida de sus moradores», satirizada por Quevedo. Quizá por esto, la sopa conventual de los Jerónimos era la que contaba con mayor clientela en Madrid. Durante la Guerra de la Independencia el histórico templo fue convertido por los franceses en iglesia-cuartel; desapareció parte de su riqueza, entre ella, el retablo mayor construido en la época de Felipe II. Allí sufrieron prisión los heroicos madrileños fusilados al amanecer del 3 de mayo de 1808. Casi un siglo después, el 31 de mayo de 1906, se celebraba en este templo la boda de Alfonso XIII con doña Victoria Eugenia de Battenberg. Por último, en noviembre de 1975 bajo las góticas bóvedas de los Jerónimos se ha celebrado la coronación de Juan Carlos I, como rey de España. Y la histórica iglesia espera todavía nuevos acontecimientos.

#### **MONASTERIO DE LA ENCARNACION (Foto Javier Roméu y Víctor Peral)**

En las proximidades del antiguo Alcázar filipino, sustituido hoy por el borbónico Palacio, se alza este convento de la Encarnación, con su iglesia, cuya fachada vemos en la «foto» de Roméu y Peral. A pocos metros de la ruidosa y trepidante Avenida de José Antonio encontramos este tranquilo y recoleto rincón que nos transporta a tiempos pasa-



*Iglesia de San Pedro el Viejo. (Foto: Roméu y Peral.)*



Museo Convento de las Descalzas Reales. (Foto: Roméu y Peral.)

dos, lejos del ajetreo y del atropellado ritmo del mundo actual.

La fundación del Monasterio fue obra de Felipe III y Margarita de Austria, «la pareja más devota de España», según dijo Tormo. Pero la reina falleció antes de la inauguración que tuvo lugar el 2 de julio de 1616, fiesta de la Visitación. Asistieron el rey, el príncipe, las infantas doña María y doña Margarita y los infantes don Carlos y don Fernando, acompañados de una buena representación de la Corte y del Clero, sin estar ausente el pueblo en las fiestas que se prolongaron durante cuatro días.

Magnífica portada que hoy se conserva sin alteración tal como la trazara Juan Gómez de Mora, continuador de Juan de Herrera y creador de un estilo con propia personalidad, del que han quedado numerosas muestras en Madrid. No sucedió lo mismo con el interior del templo, reformado en el siglo XVIII por Ventura Rodríguez no sólo en la traza general de la iglesia, sino también

con la introducción de nuevos retablos, de acuerdo con el gusto neoclásico de aquella época. Pero volvamos a la portada, objeto de la fotografía que comentamos. Sobre sus tres arcos clásicos destaca el frontón triangular con el relieve en mármol de la Anunciación, atribuido a Miguel Angel Leoni.

Pero hay algo más en esta fotografía, que no es la piedra ni la naturaleza vegetal que rodea el edificio. Es la luz clara y sensible de la mañana madrileña que envuelve este tranquilo rincón en un indefinible encanto. Por eso esta foto podría titularse «el triunfo de la mañana».

**SIN MUSGO VIEJO, UNA MISMA FAZ AUTENTICA** (Iglesia de los P.P. Dominicos de Alcobendas. Foto J. Pando)

Si Gerardo Diego ha podido hablarnos de una «torre de arduos fillos, ejemplo, de delirios verticales», refiriéndose al famoso ciprés del

monasterio de Silos, esta cita podría ser aplicable al prodigioso enfoque conseguido por Juan Pando, al fotografiar la gallarda y original torre de la iglesia de los Dominicos de Alcobendas. Se hace poesía no sólo utilizando el verso (como ya es sabido no todo lo escrito en verso es poesía); también puede lograrse un poema con la cámara fotográfica y ésto es lo que ha sucedido aquí.

No hay musgo viejo en la iglesia del Seminario de los Padres Dominicos de la Provincia de Filipinas y Extremo Oriente. Su construcción data de 1957; el artífice es el arquitecto Miguel Fisac que ha sabido acertar con una sugestiva fórmula arquitectónica en la que se coordina admirablemente la estética con el aspecto funcional. La traza del templo nos muestra dos partes armoniosamente diferenciadas: una destinada al pueblo y enfrente, otra para el servicio del coro de los religiosos. Citemos entre lo más saliente el Cristo, obra de Serrano, las vidrieras laterales, el gran vitral de magnas dimensiones,



*Iglesia de San Andrés. (Foto: Federico López.)*



Iglesia de San Nicolás, Torre. (Foto: Federico López.)

obra de Winternitz, con figuras alusivas al Antiguo y Nuevo Testamento y a los mártires dominicos del Japón, China y Vietnam.

Volvemos al exterior. Y al mirar de nuevo la torre, recordamos otro verso, ahora de Unamuno:

... es luz cuajada  
que en ofrenda de amor se  
alarga al cielo.

#### **LAS DESCALZAS REALES (Foto Roméu y Peral)**

Esta severa fachada corresponde al monasterio fundado por la princesa doña Juana de Austria, madre del malogrado rey don Sebastián de

Portugal. Al volver a Madrid, la princesa, que había nacido en el viejo palacio contiguo al templo, transformó la casa solariega en convento y ordenó la construcción del recinto religioso a los arquitectos Antonio Sillero y Juan Bautista de Toledo, autor este último de la fachada de la iglesia, concluida en 1564.

Reales fueron en efecto estas «descalzas». Muerta, posteriormente, la fundadora, tenía tan solo 37 años, vino a vivir al convento su hermana mayor, doña María, emperatriz de Alemania, y más tarde profesó la archiduquesa doña Margarita, hija menor de la emperatriz «después de vencer casi heroicamente —según dice Tormo— el último, el apasionadísimo amor de Fe-

lipe II, su tío, de quien rechazó ser la quinta de las esposas». Más tarde otras princesas justificaron el apelativo de reales que se da al convento de estas descalzas.

#### **IGLESIA DE SAN ANDRÉS (Foto Federico López)**

Entre las diez parroquias del Madrid medieval, citadas en el Fuero (apéndice de 1202), aparece ya San Andrés. Feligrés de esta parroquia fue San Isidro, quien debió ser enterrado en el cementerio contiguo. Lo cierto es que, cuando siglos más tarde es beatificado y canonizado el santo labrador, se pensó en erigirle una capilla que al propio tiempo fuese sepulcro del patrón de Madrid. Aunque éste no fue el destino definitivo del buen Isidro, puesto que un siglo más tarde, en tiempos de Carlos III, pasó a reposar a la iglesia de los Jesuitas de la calle de Toledo, hoy catedral.

La estampa nos muestra el magnífico exterior de la capilla edificada según el proyecto de Pedro de la Torre, terminada ya en 1669. Incendiada en 1936 y destruida en su interior, ha permanecido intacta, salvo algún desperfecto, la parte externa, tal como la podemos contemplar magistralmente fotografiada por Federico López.

#### **IGLESIA DE SAN NICOLÁS. TORRE (Foto Federico López)**

Otro de los primitivos templos de la villa, citado también en el Fuero de Madrid (1202). No cabe duda que la torre es uno de los edificios más antiguos de Madrid. Salvo el campanario, agregado posteriormente, lo que se ofrece a nuestra vista es un minarete moro con tres zonas de arquerías ciegas, con arcos de herradura la más alta y lobulados, las zonas inferiores. Es posible que el minarete perteneciera a una de las mezquitas existentes en aquel lejano magerit medieval, antes de ser definitivamente conquistado por Alfonso VI en 1083. Vestigios existentes en el interior del templo confirman esta idea.

La restauración efectuada en 1952 por el arquitecto don Francisco Iñiguez, con la cooperación del Ayuntamiento, ha devuelto a la iglesia y a la torre su aspecto originario.



*Catedral de la Almudena. (Foto: Federico López.)*



Capilla de San Isidro. (Foto: Roméu y Peral.)

#### **CATEDRAL DE LA ALMUDENA** (Foto F. López)

La amplia explanada permite ver la inconclusa catedral. ¿Tendremos aquí otra sinfonía incompleta? Queda oculto Felipe II, cuyo monumento no nos deja ver el hermoso árbol del primer término. Las obras de la Almudena son eternas. El primer proyecto de Cubas ha sufrido

una importante modificación, principalmente en su parte exterior para armonizarlo en el conjunto del Palacio Real. Como dice el prestigioso arquitecto Chueca «cuando estas obras de largo empeño que, por desgracia, no crecen con la velocidad de los rascacielos de la especulación privada, estén cumplidas, el futuro visitante de Madrid podrá hacerse una idea más lisonjera del rango de la capital de España.

#### **CAPILLA DE SAN ISIDRO. IGLESIA DE SAN ANDRES** (Foto Roméu y Peral)

Espléndida portada, triunfo del barroquismo que da acceso a la desnuda capilla, en espera de reconstrucción. ¿Esperaremos mucho tiempo hasta ver restaurado este templo? Esta puerta sirve hoy de acceso a la parroquia de San Andrés.

#### **IGLESIA DE SAN PEDRO, EL VIEJO** (Foto Roméu y Peral)

Otra gallarda torre mudejar que posiblemente debe ser del siglo XIV y que en su estilo pudiéramos calificar como único en Madrid. La legendaria campana medieval fue sustituida por otra en 1801. La portada renacentista es más moderna, del siglo XVI.

#### **PREMIOS DE «ILUMINACIONES NAVIDEÑAS»**

Los premios de fotografías en color, dotados el primero con 40.000 pesetas y el segundo con 25.000, han correspondido respectivamente a las fotografías tituladas «Belén» de la que es autor don José Luis Sánchez González y «Fuente en el paseo de Calvo Sotelo» de la que es autor don Alvaro Vázquez Dodero.

El primer premio de fotografías en blanco y negro ha sido declarado desierto, adjudicándose sólo el segundo, dotado con 10.000 pesetas a la fotografía «Gran Vía, esquina Montera», de la que es autor don José Luis Silleras Masip. Las fotografías premiadas revelan una gran originalidad, tanto por lo que se refiere al tema como al enfoque del mismo.

\* \* \*

Igualmente han sido declarados desiertos los premios «Antonio Maura» de investigación administrativa y «Maestro Villa» de música, por no reunir ninguna de las obras presentadas las exigencias mínimas requeridas por el jurado.

J. L. F.

# ALGUNOS DIBUJOS COSTUMBRISTAS DE ALENZA DEL MUSEO LAZARO GALDIANO

Por Albina MARTIN-MATEO DE VAUGHAN

**D**URANTE el reinado de Fernando VII y la regencia de María Cristina vive en Madrid Leonardo Alenza, una de las personalidades artísticas más destacadas del siglo XIX que, postergado injustamente por la crítica coetánea, no ha sido todavía objeto de una auténtica revisión histórica. Entre los estudios que sobre él estamos realizando nos parece de sumo interés el papel principalísimo que representa como precursor de una tendencia y de un estilo de retorno a la realidad madrileña, iniciando el camino a los que después le han sabido ver y superar.

Leonardo Alenza nació en la Corte, en la plaza de San Ildefonso, en 1807. Su padre, don Valentín, fue un poeta mediocre, amigo de don Diego Rabadán, librero de viejo de la plaza de las Descalzas Reales, popular por las anacreónticas y madrigales de tipo elegíaco que dedicaba en loor de Fernando el Excelso, Magno, Pío y Séptimo de las Españas y que publicaba en el Diario de Madrid. En dicha librería se reunían el sombrerero Abrial Díaz de Gobeo Garniers y otros contertulios que compartían los delirios patrióticos recitando sus pedantes composiciones y haciendo gala de erudición clásica.

Habiendo muerto la madre de Leonardo cuando era muy pequeño, volvió a casar el padre con doña Micaela. La madrastra, que sobrevivió a ambos, era una figura pintoresca. Vivía encerrada en la plaza de San Ildefonso con un ejército de perros, gatos y cucarachas; llevaba en la cabeza una bayeta verde a modo de turbante o mitra, como la describe Barcia cuando la visitaron Ferriz y Rossell para que les mostrara los dibujos de su hijastro, y se dedicaba a negociar con espíritu judaico los libros y documentos que había recopilado don Valentín y los lienzos y apuntes de Leonardo.



Retrato de Alenza. (Autor anónimo.)



«Tertulianos de café».

No parece que Alenza participara en los entusiasmos paternos fernandinos, pues los pocos dibujos políticos que hizo son burlescos y satíricos; entre ellos unos estudios de la cabeza del monarca, de tipo caricaturesco, y otros son una auténtica protesta contra el absolutismo en favor de la libertad de su patria y de la justicia.

Quizá estas ocultas diferencias con su padre y dotado de un espíritu sumiso determinaron su carácter de observador callado y amante de la soledad, como lo describe uno de sus amigos en el artículo necrológico publicado en «El Renacimiento». Su educación artística la hizo en la Real Academia de San Fernando, donde, siguiendo las huellas culturales de Europa, triunfaba con

retraso el neoclasicismo que había implantado, en los años de la Revolución Francesa, Luis David. Aquí fue discípulo de los maestros clasicistas más destacados: Ribera, José Madrazo y Aparicio.

Esta pintura que imponía la Academia, fría, basada en el dibujo y en la forma, con una composición aparatosa y conteniendo temas idealistas de fábulas, alegorías, asuntos bíblicos o históricos, no satisfacía al joven Leonardo, que buscaba la emoción en la vida en torno; en el contacto real con los hombres y mujeres que le rodeaban.

El apartarse de las normas de la Academia, que era el organismo oficial del arte, suponía no salir del anonimato, renunciar a los ingresos que el Estado ofrecía al adquirir los cuadros y, a su vez, a los premios, medallas y pensiones para ir a Roma, que era la máxima aspiración de todo artista.

Sin embargo, aislado frente a la corriente oficial, decidió su vocación por la pintura de género, siguiendo las huellas de Goya (quien precisamente hacia 1830 estaba muy olvidado entre la crítica, no entre el pueblo), centrado en el realismo popular madrileño, y así, como el maestro aragonés, encontraría el tema inagotable de su inspiración en los holgorios del pueblo; recorriendo como él los barrios bajos en la corte, las tabernas, los ventorrillos, las casillas del río; mezclándose en el bullicio del pueblo; observando con fino talento las escenas vulgares y jugosas de la vida que su lápiz transcribía, a grandes rasgos, de una manera breve.

Se le considera como el primer dibujante de su tiempo; Margarita Nelken dice que «fue uno de los temperamentos más grandes del Arte Español del siglo pasado; que poseía una acuidad de visión que nadie tenía en su



«Bailando el bolero».



«El zapatero lector».

época y que fue el primer artista que ha sentido la vibración de la vida moderna».

En los 1750 dibujos que dice Barcia que fueron recopilados a su muerte, parte de ellos rescatados a la estrañaria madrastra, nos muestra Alenza toda una crónica palpitante de la vida madrileña entre 1830-1845.

Allí están vivos todos los tipos y géneros populares de la Sociedad Castiza que habitaba en la Corte: majos caleseros, aguadores, buhoneros, chalanos, arrieros, posaderos..., y toda una serie de episodios y escenas de plazuelas y calles. Los harapientos pedigüños espulgándose al sol, el esquilo de los asnos, riñas en las ventas, meriendas en los melonares, escenas de las botillerías después de los toros, bailes del candil y seguidillas punteadas; las lavanderas a orillas del Manzanares, las buñoleras gritando en la Puerta del Sol a «ochavo y cuarto calentitos», los serranos pregonando la leche de oveja, el pavero que aparecía en las calles de Madrid al tiempo que las pjaras de los «gordos y cebaos» anunciando la Navidad...

Comentarios jocosos dedicó al «empingorotado lechuguino vestido por Artet, calzado por Galán y abombado su pelo por Falconi, que, a juicio de Palencia eran el sastre, el peluquero a la moda, a los concurrentes a la academia de baile del Besuquillo con botines a la «farolé», a los melenudos poetas deslumbrados por la sombra de Espronceda, a los afrancesados, los presumidos galanes que se embozaban a lo Almagro. En todos hay un garbo expresivo lleno de ágil humor, sorprendiendo actitudes y gestos; penetrando, como Goya, la esencia de la vida.

Paralelamente en el campo literario se inicia, después de la muerte de Fernando VII, el costumbrismo, en pugna contra el neoclasicismo y el romanticismo de ca-

rácter europeizante que estaba invadiendo el área de Madrid, y que se propuso la defensa de lo tradicional y propio contra lo moderno y extranjero.

Contribuyen a su difusión Larra, Estébanez, Calderón, y, sobre todo, Mesonero Romanos, que logró con sus artículos de las costumbres y las gentes de Madrid, llenos de gracia y donaire, interesar a un público atraído por las pasiones políticas o las truculencias románticas. La réplica artística del espíritu de Mesonero le corresponde a Leonardo Alenza. En 1836, «El curioso parlante», funda y dirige el Semanario Pintoresco Español. Como en sus artículos gustaba de asociarlos con una ilustración plástica, busca la colaboración de Alenza, quien aparece en dicha revista desde las primeras tiradas, después de un aprendizaje en la técnica del grabado, al que lo obligó Mesonero, y que le valió para colaborar en otras revistas, ilustrar obras festivas de la picaresca y perfeccionar sus tipos para «Los españoles pintados por sí mismos».

Alenza no salió de Madrid, donde nació y murió a los treinta y siete años. Vivió pobre y no tuvo éxito entre sus contemporáneos, exceptuando dos pequeñas distinciones en las Exposiciones de 1838 y 1840. La crítica que se volcaba a favor de los autores del arte grande con sus composiciones oficiales de enormes dimensiones en las que se exigía mensajes de heroísmo para la instrucción del pueblo, despreciaba los pequeños cuadros de costumbres calificándolos «de escenas vulgares destituidas de novedad y atractivo y apartadas del clasicismo académico». Es evidente que al rechazar cualquier pintura que no fuera la idealista, el género de Alenza estaba condenado en el mundo opuesto al de las directrices cortesanas.

Entre los tipos que desfilan por su obra, extraídos de



«Mozo de cuerda».

la vida cotidiana madrileña, algunos fueron muy prodi-  
gados por el trazo de Alenza, como la figura del zapa-  
tero, interpretada desde el maestro de «Obra Prima»,  
con el gorro negro encasquetado, rodeado de cuatro pe-  
linos que se iniciaban en el oficio, hasta el remendón sin  
pretensiones cuya clientela sólo la formaban los agua-  
dores de cuatro arrobas con sus gruesas y burdas botas  
de clavos.

En «El zapatero de viejo», la popular figura del zapa-  
tero de portal aparece captada en las primeras horas de  
la mañana cuando acaba éste de instalarse en el chibiri-  
til del zaguán. Parece que acostumbraban a dormir de-  
bajo de la escalera después de obtener el permiso de los  
inquilinos conseguido a base de un relato de desgracia y  
amarguras. Al salir el sol se levantaba y después de una  
visita a la taberna donde tomaba un chico de Valdepe-  
ñas con media libreta y un chorizo volvía a casa y sa-  
caba un palo largo a cuyo extremo colgaba una limpi-  
sima y andrajosa bota llena de rotos y descosidos a  
manera de anuncio de su oficio y que colocaba en un  
ángulo sobre la acera. Después montaba su taller en el  
portal; un biombo de tablones le servía de mostrador y  
detrás instalaba la silla, la mesa de media vara y encima  
todos sus enseres: bruñidores, clavos, cepillos, cazuela de  
engrudo, suela y el calzado esperando su turno para  
reparar.

Al empezar la tarea se calaba los anteojos, y colo-  
caba en una oreja los cabos; el cerote y el pitillo; por

ésto parece que era común entre los zapateros tener ésta  
algo desviada. En seguida llegaba el repartidor de periód-  
icos que le daba para distribuir los ejemplares de los  
inquilinos, pero antes él los leía pausadamente con toda  
solemnidad, y es el momento elegido por Alenza en que  
se acercan los deambulantes mañaneros de la calle: el  
aguador, el escarolero, el traperero, los vendedores y los  
criados que van al mercado a oír las noticias del papel  
que leía y comentaba el zapatero. A esta escena, todo  
un cuadro picaresco, asiste el astuto ratero buscando la  
oportunidad de ejercitar su oficio.

En aquellos días de pronunciamientos y motines con-  
tinuos parece que la politicomanía alcanzó incluso al  
gremio de San Crispín. El zapatero, que tenía siempre  
una tertulia formada especialmente por las cocineras y  
criados que le visitaban cuando salían y volvían de la  
compra, hacían alarde de elocuencia ante ellos que le  
escuchaban boquiabiertos en su «logia política».

De todos los temas tratados por Alenza, sin duda la  
maja ha sido la que ha copiado con más gracia y exacti-  
tud. Majas de rompe y rasga, desenvueltas, de meneos  
airosos que con sus cestos de rábanos, fresas o naranjas



«Por aquí no pasa nadie».

iban anunciando las estaciones por las calles: «los colo-  
raos y frescos tomates», «las judías como la seda» o  
«las arveyanas nuevas fresquitas» del otoño. Majas en  
los toros, en el calesín, en la botillería, en los bailes del  
candil y las verbenas luciendo su donaire y esparciendo  
un garbo que eran la gracia y ornato de Madrid. Vestida  
con recortado zagalejo, media calada, zapato de seda,  
mantilla de tira de terciopelo y tafetán negro, pendientes



«Mientras  
le miman  
le roban».

largos y tocada con media peina ladeada y un canastillo de trenzas, siempre la pinta Alenza destacada del grupo, gallarda y exhalando majencia.

«Mientras le miman le roban» es una pintura viva de la época desarrollada a la puerta del patio de una posada. Al fondo está el típico banco del herrador. El lugareño, vestido con sus rústicos ropajes, alpargatas, calzón corto, faja de estambre, chaquetilla y sombrero encajado a la nuca, con una vara de fresno a la espalda, arma distintiva del arriero, parece que se disponía a partir. En el camino le esperan ya listos para el retorno dos jumentos aparejados con alforjas y sacos vacíos de los garbanzos y judías que trajo a vender al mercado. A la puerta, el atractivo de una rezagante Manola le ha detenido el paso y sus caricias lo han puesto temblonas las corvas y le ha paralizado la lengua. Mientras tanto un compinche de la Manola, aprovechando el embelesamiento del paisano, le está vaciando los bolsillos.

El tema del paleta en la corte ha sido tratado varias veces por Alenza. Mesonero le encargó un dibujo para su artículo «El recién venido». Allí la escena surge en plena calle, no hay pollinos y el ladronzuelo es sustituido por una celestina con los ojos clavados en el suelo y un rosario en las manos.

«Por aquí no pasa nadie». Hacia 1850 desaparece por evolución social la manolería. Lucas fue el último intérprete de esa pintoresca clase del pueblo de Madrid que ya no existía, pero que todavía estaba en el ambiente. Alenza, casi veinte años mayor que Lucas, recogió los

epílogos de esta castiza sociedad, pictórica de vida en los días de Goya, por eso todavía en sus dibujos están los manolos poblando las plazas con sus calesas y coches de colleras, en las cazuelas de los teatros, pero sobre todo en los toros, donde su gritería ponía todo el garbo y color a la fiesta. Debíó de asistir a sus temibles revueltas y navajadas a juzgar por el familiarizado realismo que acusa en estos temas. Manolos de gran sabor goyesco, exasperados y retadores, provistos de una enorme navaja de Albacete, pues este arma se divulgó de tal forma en el siglo XIX que llegó a ser una prenda de la indumentaria. Ceferino Araújo, hablando del tema de las peleas en la obra de Goya, afirma que «siendo aquél tan aficionado a pintar reyertas y tan profundo observador, casi nunca pone la navaja en manos de sus héroes; esto dice, me hace pensar que nuestros chulos han progresado en el empleo de esta arma salvaje con respecto a los majos del siglo pasado. Hoy no se armaría una gresca sin que salgan a relucir tantas navajas como individuos».

La picaresca popular les llamó «los húsares de infantería», pues además de la afición al arma tenían la costumbre de llevar en verano la chaquetilla colgada de un hombro.

El tipo de apunte de figura sola no fue la composición preferida de Alenza, sino que gustaba más comentar escenas movidas animadas penetrando en el alma del pueblo que vive y siente, captando realidades palpitantes de vida llenas de espontaneidad y salero madrileño.

# EL HOSPITAL Y CONVENTO DE LA CONCEPCION DE NUESTRA SEÑORA (LA LATINA)

Por Mercedes AGULLO Y COBO

EN el artículo anterior (1) dejamos establecida la fecha de fundación y de construcción del Hospital e hicimos referencia a la noticia sobre su posible alarife, el moro Hazán, citado en el testamento de Francisco Ramírez (2). Aunque es sabida la intervención que en las construcciones de la época tuvieron los alarifes moros establecidos en nuestra Villa, ninguna otra noticia nos ha sido posible añadir a la citada sobre este arquitecto madrileño. Son conocidos los nombres de maestre Abdallá de San Salvador, de maestre Abrahén de San Salvador, su hijo, y Mahomed de Gormaz, que de 1478 a 1484 figuran trabajando por cargo del Consejo madrileño (3), pero del posible constructor del Hospital de Francisco Ramírez ni un solo dato más ha llegado a nuestro conocimiento.

Una nueva fecha, la de 1507, que figura en la portada que hoy se conserva ante la Escuela de Arquitectura madrileña en la Ciudad Universitaria, nos da probablemente la del comienzo pleno de las actividades hospitalarias de la fundación, que viene a confirmar el nombramiento que la fundadora hace a favor de Rodrigo Rengifo, clérigo, beneficiado de la iglesia de Santiago, «para que seades Retor del dicho Ospital», el cual tendría facultad de recibir y despedir a los enfermos y dolientes, recibir cofrades hasta número de 200 de acuerdo con la Bula papal, hacer y tomar las cuentas, etc., documento que lleva la fecha de 19 de agosto de 1508 (4).

Puerta y escalera no han sido objeto de específico estudio. Ponz, al



Plano de Luis Texeira (1656).

hablar del Hospital y Convento, dice: «En la puerta de él, que está adornada a la gótica, hay un grupo de dos figuras, que representan la Visitación de la Virgen a Santa Isabel, con algún otro adorno; y en un letrero dice: 'Este Hospital es de la Concepción de la Madre de Dios, que fundaron Francisco Ramírez y Beatriz Galindo, su mujer. Año de 1507'» (5).

Su desprecio por todo lo no neoclásico le llevó a tan escueta descripción, que demuestra que apenas puso el menor interés en lo que veía, ya que la supuesta Santa Isabel ¡con bien florida barba! es el padre de la Virgen, San Joaquín, y, lógicamente, no se trata del grupo de la Visitación, sino del Abrazo ante la Puerta Dorada, perfectamente explicado por la advocación del Hospital de Francisco Ramírez.

Ni Madoz (6) ni los demás historiadores de Madrid prestaron mucha más atención a la portada, y tanto Cabello Lapiedra (7) como Velasco Zazo (8) han venido insistiendo sin nuevas averiguaciones en el mismo error.

El propio Mesonero Romanos, en su «Manual de Madrid», despacha con dos líneas ambas instituciones: Del Monasterio dice: «Ni en su arquitectura y adornos se nota cosa digna de atención» (9); del Hospital: «El edificio es espacioso y obra del moro Hazán» (10).

La portada, conservada en magnífico buen estado junto a la madrileña Escuela de Arquitectura de la Ciudad Universitaria, constituye un ejemplo típico de fachada de edificio civil de los primeros años del siglo XVI (11). Gótico-mudéjar en su estructura, enmarca el conjunto de puerta de entrada y ventana sobre ella un alfiz de moldura lisa al que va unido como elemento ornamental el cordón de San Francisco. En el intradós del alfiz, decoración de rosas. La puerta, de arco ligeramente apuntado aún, está formada por grandes dovelas sin decoración (en la clave la fecha: «Año de 1507»); en el intradós, decoración vegetal y de bolas, en una combinación muy típica de todo el arte hispano flamenco (Santo Tomás de Ávila, San Juan de los Reyes de Toledo).

Sobre la clave del arco, el grupo de San Joaquín y Santa Ana, en el Abrazo ante la Puerta Dorada, sobre ménsula con análoga decoración vegetal y de bolas, y bajo amplio doselete con decoración de arcos conopiales. A un lado y otro, las figuras



*San Francisco  
(Portada del  
Hospital  
de la Latina).*

de San Francisco y San Onofre, también sobre ménsulas y bajo el cobijo de doseletes de menos tamaño (éstos rompen la línea superior del alfiz). Bajo los dos santos, el escudo del fundador, Francisco Ramírez.

El grupo escultórico central y los dos Santos, si bien conservan algu-

nos detalles de arcaísmo en los plegados de los paños, por el tratamiento de los rostros y el aplomo de las actitudes ya se sitúan plenamente en su momento, principios del XVI.

Son de señalar, en el intradós del arco, entrelazadas con la decoración



*Detalle del pasamanos de la escalera del Hospital.*

vegetal, unas figuras simiescas, con grandes orejas, hocico de perro en algunas, que corresponden a lo que Baltrusaitis ha calificado como «drogeries», cuyo origen supone este autor sea la decoración marginal de los manuscritos medievales (12).

El otro resto que ha llegado hasta nosotros de lo que fue Hospital de La Latina lo constituyen los dos tramos de balaustrada y pasamanos de su escalera. Ya Torres Balbás (13) ha indicado la importancia de este elemento arquitectónico en las construcciones civiles de principios del XVI. La que hoy nos ocupa, labrada en piedra blanca, recuerda en la combinación de sus elementos decorativos el ya citado claustro de San Juan de los Reyes. A los elementos vegetales en su estilización ornamental se unen las figuras de niños —niño con cerdito, niño que agarra la cola a un águila— bellamente tallados.

En cuanto al Monasterio, como ya hemos dicho posterior en su construcción al Hospital, las ya citadas «contradicciones» con los frailes de San Francisco retrasaron la entrada de las religiosas que a él estaban destinadas, hasta 1512. En la entrega hecha por la Latina, el 21 de mayo de dicho año, se dice:

«...estando dentro de la iglesia que está hedeificada en el hedificio que está junto con el Espital que es del señor secretario Francisco Ramírez, que aya Gloria, que es en el Arrabal de la dicha Madrid..., la señora Beatriz Galindo pareció personalmente, estando presentes... Fray Alonso de Arévalo, guardián del Monasterio de señor San Francisco, que es fuera de la dicha villa, y el padre Fray Barnabás, de la dicha Orden, e las devotas señoras María de Sant Luis, Abadesa, e María de Sant Juan, e Ana de los Angeles, todas monjas profesas del Monasterio de Sant Pedro el Viejo de la Concepción de Nuestra Señora, que es dentro de los muros de la dicha Villa...» y les hizo entrega «del dicho hedeficio e casa que ella ha, y avía hedeificado, con sus corrales e huertas... e todos sus hedeficios viejos e nuevos...»

«... en la capilla mayor de la iglesia del dicho hedeficio, que se entiende desde el arco perpiano, sale a los altares que están dentro en la dicha capilla mayor, así en lo alto como en lo baxo», no podría entrar nadie sin permiso de los Patronos.

«... que las redes que agora están



Grabado de la portada del Hospital (siglo XIX).

hechas en la dicha capilla alta e baja por donde los pobres que están en el dicho Ospital oyen misa, e la puerta de la iglesia, que agora está fecha, que sale al corral, que de aquello todo, no se mude, ni se mudará cosa ninguna, antes que estará, e esté en el mismo lugar, e de la forma, e manera que agora está, estando la iglesia en el sitio, e lugar que agora está».

«... en quanto al dotar, e labrar de la dicha casa del dicho Monasterio, que queda a la voluntad, e disposición de la dicha señora Beatriz Galindo...»

«... que las puertas altas, e bajas, que salen de la dicha capilla mayor del Ospital, por donde les entran a decir misa, e a dar los Sacramentos a los enfermos, que aquellas estén abiertas, e de la misma manera e forma que agora están».

Ninguna de las monjas pudo firmar el acta de entrega del edificio por no saber (14).

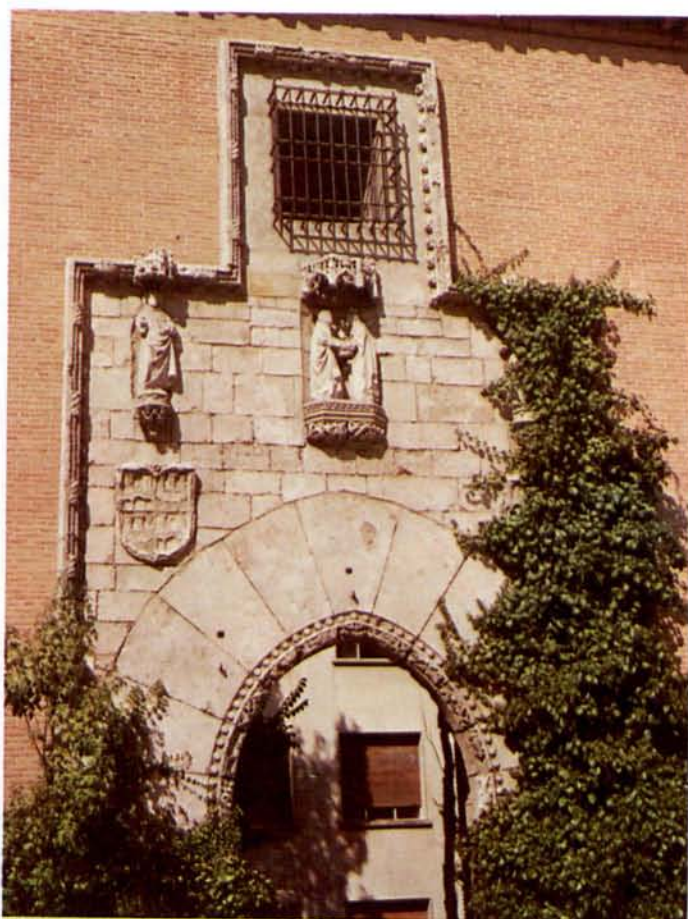
Hasta tres años más tarde permanecieron sin bendecir el coro y claustro del Monasterio, conce-

diendo la facultad y licencia correspondientes del Cardenal Cisneros para que cualquier obispo pudiera hacerlo el 12 de julio de 1515, en Alcalá (15).

Muerta doña Beatriz Galindo, en 1535, cuatro años antes se habían colocado los cuatro sepulcros de los fundadores, dos en la capilla mayor del Hospital y los otros dos en la del cercano convento de la Concepción Jerónima. Ambos de la misma mano —conservados hoy los del Hospital en el zaguán de la Hemeroteca Municipal, y los de la Concepción Jerónima trasladados a su emplazamiento actual cerca del Goloso—, fechado el del convento jerónimo en 1531, muestran frentes de decoración plenamente renacentista, en tres placas separadas por columnas abalaustradas: en la central escudo entre dos cuernos de la abundancia enlazados por la parte inferior, rematados en frutos los del Hospital, en angelitos y torsos femeninos los de la Concepción Jerónima. En las laterales, las características figuras de faunos, pájaros fantásticos, cabezas, ornamentación vegetal menuda, grutescos, inspirados probablemente en



*El abrazo ante la Puerta Dorada (grupo central de la portada del Hospital).*



*La portada en su emplazamiento actual (Escuela de Arquitectura).*

grabados, que caracteriza este momento en escultura.

Los yacentes, un poco envarados, representan en los dos conjuntos una dama con monjil y amplio manto que se ondula suavemente en los pliegues, perdida ya su dureza gótica; el rostro sereno e inexpresivo y las manos en oración, que apoya la cabeza en dos cojines; los pies reposan en una pequeña ménsula de fina decoración también. Habiéndose realizado en vida de doña Beatriz, es dable suponer que el artista se inspirase en ella para hacer la escultura. El caballero, con cota de malla y armadura completa (el casco sirve de apoyo a los pies), lleva gorro sobre la recortada melena, espada al costado izquierdo y conserva entre las manos un libro de rezo. Sobre la armadura, manto (16).

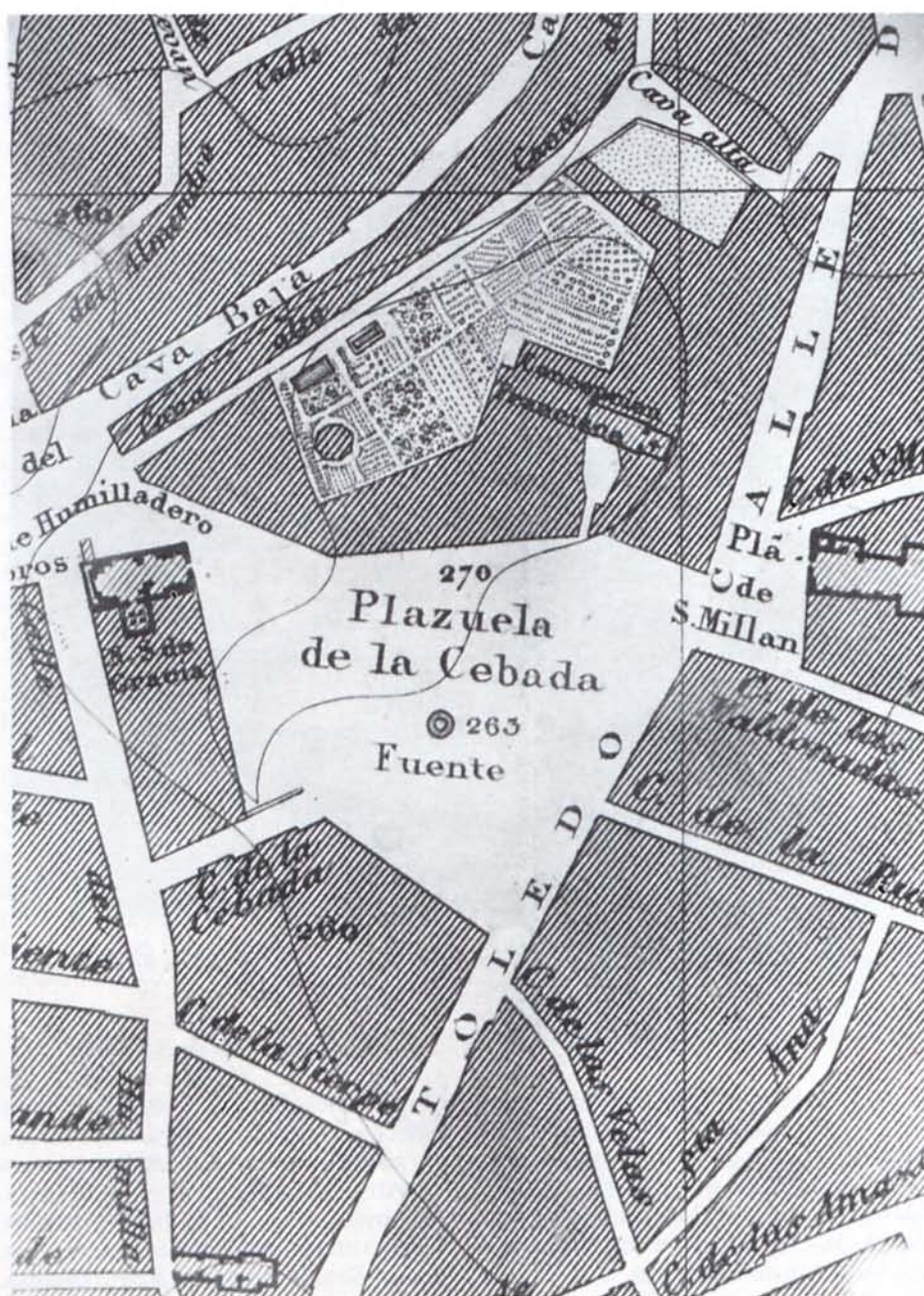
Los de la Concepción Jerónima fueron reconocidos en 1737 y 1738 por el notario apostólico don Felipe Carrancé, que describió sus epitafios, así como los de otros dos que en dicha iglesia se conservaban, correspondientes a don Juan Zapata de Cárdenas, hijo de los segundos pa-

tronos de la Casa, obispo de Palencia y presidente de la Chancillería de Valladolid, que se trasladó al monasterio en 1577, y el de doña Ana de Mendoza, hija de los terceros condes de la Coruña, mujer de don García Ramírez de Cárdenas, aya de Felipe III, que murió en El Escorial en 1590 (17).

Es curioso constatar que en ninguno de los cuatro sepulcros, dos a dos dedicados a Francisco Ramírez y a su esposa, se enterró nunca nadie y que los restos de doña Beatriz, los únicos conservados, se hallaron «en el coro bajo» de la Concepción Jerónima —donde ella pidió ser enterrada— y fueron trasladados, primero de su primitivo emplazamiento a la calle de Lista, en 1891, al ser derribado el viejo convento jerónimo, y en 1967 a su nuevo monasterio de los alrededores de Madrid (18).

La vida de Hospital y Convento debió transcurrir por sus cauces normales durante los años siguientes, de los que no poseemos documentación, y es preciso llegar a 1559 para encontrarnos con la primera

obra de cierta entidad realizada en la Concepción Francisca: Luis Sillero, carpintero, se obliga a hacer «vn quarto y vn corredor y pasadiço y vna tribuna», para la ilustre señora doña Antonia de Branches, que residía en San Jerónimo el Real (19). La obra comprendía la ejecución de un corredor que iría desde el aposento viejo de las mujeres (la residencia de las beatas, que estableció la fundadora) hasta el portal «por donde echan el agua para el Monasterio», con una pieza para locutorio; un hueco de escalera «de dos tiros», abriéndose puertas a diversas alturas para dar paso a las nuevas habitaciones; el aposento de doña Juana, que daría a la calle de Toledo, se dividiría en tres piezas, una de ellas con su chimenea y con las ventanas necesarias cerradas con balaustres torneados; el corredor «que está al andar de este aposento» y caía sobre el claustro de las monjas, se cerraría; se reharían todos los tejados del corredor y dormitorio y se abriría puerta que saliera de estas habitaciones al coro de la iglesia, construyéndose una tribuna haciendo «vn



Plano del Hospital y Convento (siglo XIX).

ataxo con su portezica para que Su Señoría pueda estar apartada de sus mujeres». La obra se ejecutaría «a contento de Su Señoría y a vista de Luys de Vega, maestro de obras de Su Magestad» (20).

En 1558 se hizo información a instancia del rector del Hospital, fray Pedro Vázquez, por lo que consta que la capellanía fundada en la ermita de Nuestra Señora de Atocha fue trasladada a la iglesia del Hospital (21). A Pedro Vázquez sucedieron como rectores del Hospital el bachiller Blas de Astudillo, en 1564 (22), Juan Sánchez de Torquemada (1568), el doctor Diego Díaz Aguado, Francisco de Herrera,

nombrado en 1579 (23), Cristóbal de Monreal (lo era en 1592) (24) y Diego Martínez (que ya estaba en él en 1594) (25) y bajo cuyo rectorado, en 1597, se realiza el traslado de las «necesarias antiguas del dicho Ospital», que estaban en la delantera de un suelo que había comprado Juan Gutiérrez, el cual para poder edificar en él pidió se le diese este sitio a cambio de otro que él entregaba (26). Las obras las realizó el maestro de obras Juan Gutiérrez Toribio de acuerdo con las condiciones que firmó el 30 de abril de aquel año.

Aquel mismo año de 1597, una visita eclesiástica del doctor José Sobrino Morillas en nombre del Carde-

nal Archiduque Alberto, electo Obispo de Toledo, nos proporciona interesantísimos datos sobre la vida del Hospital y Convento. El Hospital contaba con enfermería y dos salas donde se curaban los enfermos y otras dos separadas para los sacerdotes acogidos, que sólo eran cuatro en aquel momento. Aparte del rector Diego Martínez, figuraban al servicio de la fundación hospitalaria el capellán Juan Sánchez de Torquemada, que anteriormente había sido rector; el enfermero mayor Sebastián Díaz, que tenía como ayudante a Juan Serrano, un ama y cocinera y un criado del rector. Las seis beatas que en aquel año figuran en la nómina del Hospital son: Ana de Oviedo, Francisca Sánchez, Luisa Vallejera, Lucía Martínez, Francisca Díaz y Francisca de Cereceda, «mujeres mayores y de buena vida». Todos ellos tenían su vivienda en el Hospital. Fuera de él residían el médico del mismo, licenciado Heredia, el barbero, el boticario y la panadera.

En el cuarto que lindaba con la pared principal de la capilla mayor del Hospital vivía doña Juana de Castilla, con sus criadas y casa; en dicho aposento halló el visitador dos camas «armadas con sus pabellones y otra en el suelo» y la ventana del mismo salía al altar mayor sin celosía ni velo. La habitación de doña Juana caía encima de la sacristía y aún contaban con otro cuarto que se abría con su ventana al cuerpo de la iglesia. Doña María de Granada, Antonio de León, platero, y doña Jerónima Martínez tenían otros aposentos de alquiler.

En la capilla mayor, el Sacramento se conservaba en un relicario de plata encerrado en su tabernáculo. Contaba con un retablo «antiguo y deslustrado», delante del cual las monjas del monasterio adjunto habían colocado «cinco cuadros».

La situación poco regular de la parienta de la fundadora en las habitaciones del Hospital, la actuación verdaderamente anómala de capellán y rector, obligó a abrir información, cuyas declaraciones son en verdad poco edificantes y exponentes de los caóticos y críticos momentos por los que atravesaba la fundación de Francisco Ramírez (27). El visitador dictó diversas disposiciones tendientes a regular la asistencia a los enfermos y la vida hospitalaria a la vez que encarecía a los patronos una mayor atención y cumplimiento de sus deberes.



Tras una breve actuación como rector del licenciado Diego Muñoz, ejerció el cargo en 1599 el también licenciado Diego de Torres Alderete y el de capellán Diego Díaz. La capilla mayor carecía en este momento de retablo, ya que el viejo se quitó «por estar agujerado de ratones y tan biejo que se caya a pedazos» (28).

La duplicidad de jurisdicciones entre Hospital y Convento empezaba a dejar sentir sus complicaciones.

En los años 1561 y 62 se había producido ya el primer conflicto grave provocado por la inexplicable decisión de doña Beatriz Galindo de hacer servir la iglesia para sus dos fundaciones (29). La abadesa y monjas del Monasterio de la Concepción Francisca ponen pleito a don Diego Ramírez de Haro y don García Ramírez —que vivían en las casas que dentro del Hospital tenían los patronos del mismo— porque al querer dar sepultura en la iglesia a doña Clara Sigunes, «persona principal que allí se quiso enterrar junto al pie del altar del Crucifijo, que es fuera del dicho coro» (donde por cláusula del testamento de La Latina sólo

podrían enterrarse miembros de su familia), los criados de don Diego, «con mucho alboroto y escándalo», y el propio patrono quitaron la tumba y el paño que sobre ella había y lo tiraron al corral adjunto. Las monjas, no menos decididas, lo repusieron en su lugar y de nuevo el patrono lo hizo pedazos y por una ventana que comunicaba con el convento «las avían dicho muchas palabras feas e ynjuriosas dignas de mucha punición y castigo».

Vistos los autos, don Diego fue condenado a permanecer en su casa por cárcel y reponer tumba y paño en su lugar, sin aceptársele su petición en contra.



*Detalles del  
intrados  
del arco de la  
portada del  
Hospital.*



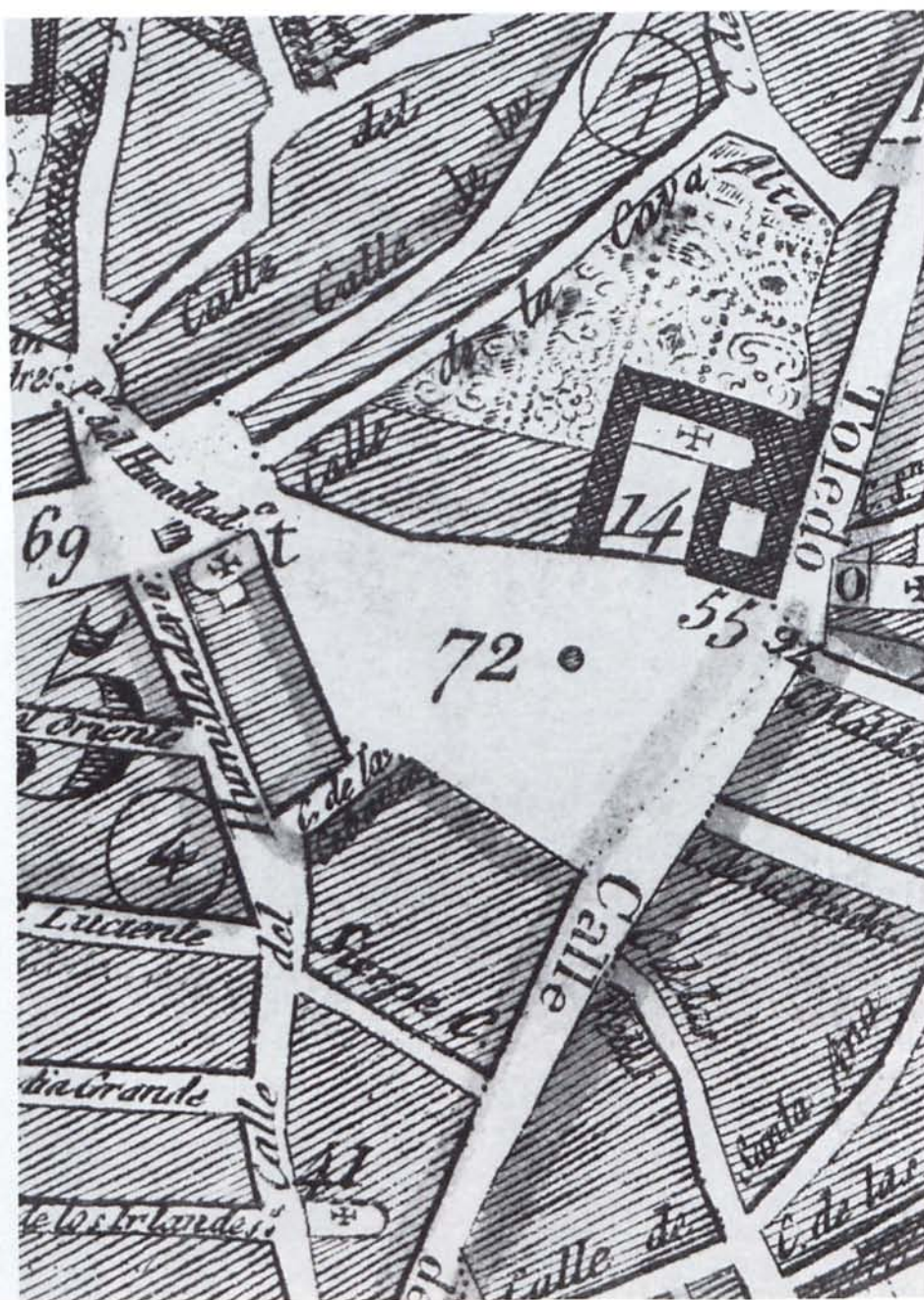
El mayor interés del documento reside en los datos que nos proporciona sobre la controvertida iglesia: la capilla mayor estaba separada del cuerpo de la iglesia por un arco y alzada sobre gradas; sobre ellas había dos altares laterales (uno de ellos el del Crucifijo, como hemos visto, al lado Epístola), pero aún fuera del arco toral. El altar mayor tenía coro, probablemente una sillería bajo el retablo. Don Diego en su declaración insistió en que los dos altares laterales —que dice fueron hechos por sus abuelos— «estaban inclusos dentro de la capilla mayor», y aunque pagó la pena de 6.000 mrs. que se le impuso por los sucesos anteriormente reseñados, hubo necesidad de deshacer y quitar la grada «y abajarla asta llegar a la capilla y arco que está en la dicha Yglesia», pero al efectuar esta obra las peanas de los altares quedaron muy altas y fue preciso, a petición de las monjas, hacer otro escalón para poder subir a ellos.

La reacción de don Diego no se hizo esperar, mandando cerrar las puertas que daban acceso a la iglesia. Ante la protesta de las religiosas, el patrón replicó que la puerta que cerraba era la que daba acceso al templo por el patio del Hospital que se abría a la calle de Toledo, que estaba «junto a la enfermería baja», y «casa y servicio del aposento de Beatriz Galindo», y que la puerta de servicio de la iglesia y las demás puertas eran las que daban al campo y esas las dejaba abiertas.

Pese a ello, prevaleció la reclamación de las franciscanas y por decisión judicial don Diego Ramírez se vio obligado a tener abierta la puerta principal del Hospital para dar acceso a la iglesia del mismo.

El Hospital y Convento merecieron de siempre las atenciones de los fundadores y los Reyes de la Casa de Austria fueron sus especiales protectores. A este respecto es importante la merced que a la Concepción Francisca hizo la Emperatriz doña María de Austria, por la que dona cien florines «de a sesenta craïces cada vno, moneda destos nuestros Reynos, que hazen de la dessos veinte y cinco mill marauedis», al año; documento fechado en Viena el 22 de febrero de 1574 (30).

Durante el siglo XVI debió construirse el magnífico claustro renacentista que deja entrever el plano de Teixeira (1656): dos alturas de arquerías en medio punto y probablemente empleo de ladrillo y piedra en



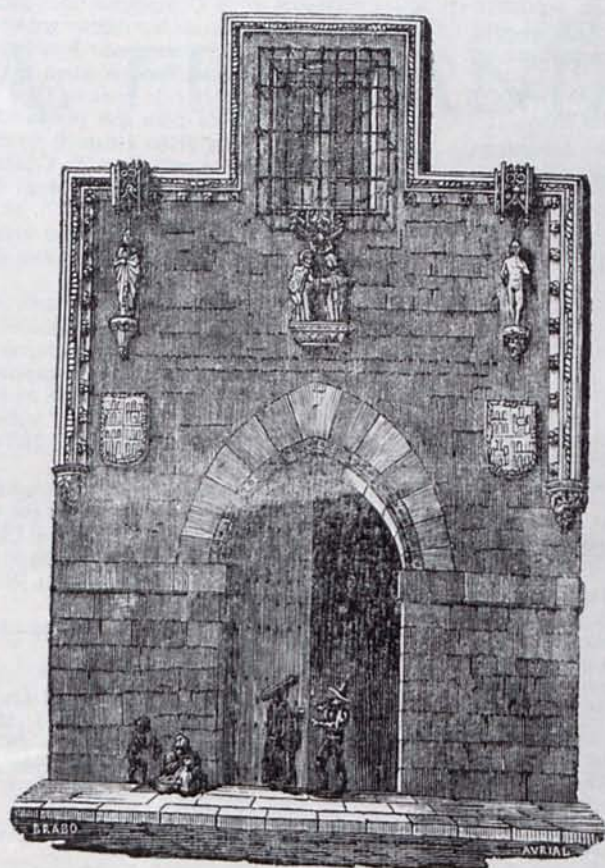
Plano del Hospital y Convento.

la construcción. Desgraciadamente, no ha llegado hasta nosotros ningún testimonio gráfico del edificio, pero en un reciente libro de la madre general de las jerónimas, Sor Cristina de Arteaga, una vieja fotografía del claustro de la Concepción Jerónima (31) nos permite contemplar una construcción casi contemporánea y de la propia fundadora de las franciscanas de la Concepción: arquería con columnas de granito, capitel y arranque de los arcos también en piedra y arcos rebajados doblados en ladrillo. No es atrevido suponer que fuera muy parecido el derribado y desaparecido de la Concepción Francisca.

En 1601 estaba al frente del Hospital como Rector el doctor o licen-

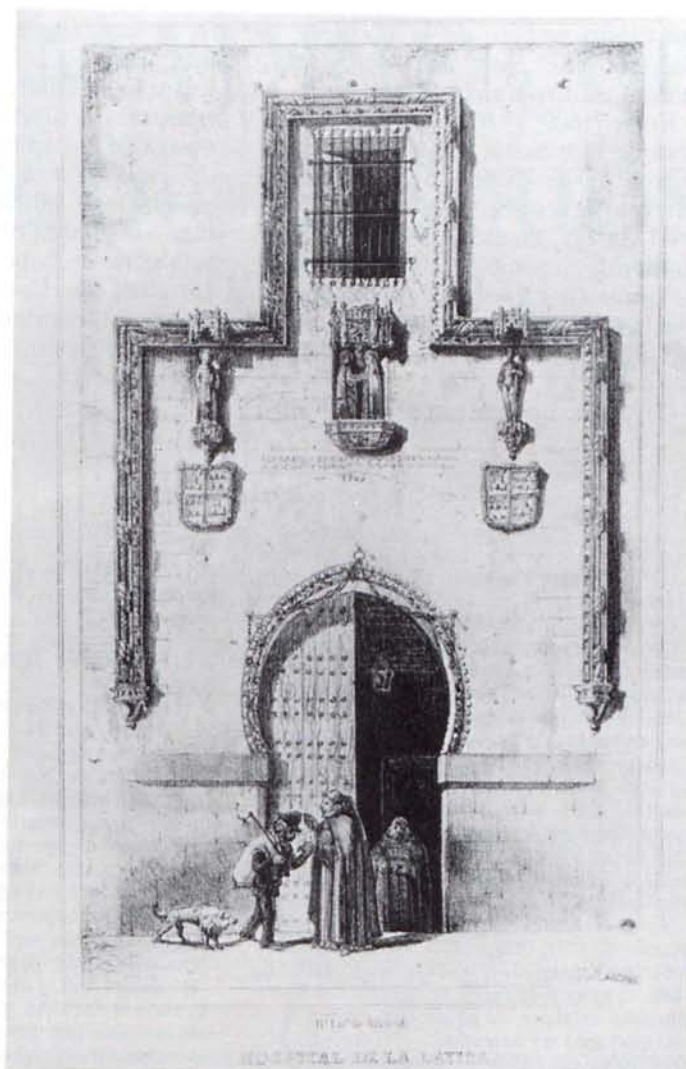
ciado (de ambas maneras se le cita en los documentos) Diego Díaz, capellán era Cristóbal de España y administrador Gabriel Fernández, y en diciembre de 1602 tenemos como mayordomo a Felipe de Almeida (32). Con la decisión de la junta de patronos de nombrar al escribano Francisco de Quintana para tomar las cuentas al mayordomo y al rector, en noviembre de 1603 (33) entra al servicio del Hospital la familia Quintana: Francisco, como mayordomo hasta su muerte en 1622; Jerónimo, el más famoso de los historiadores madrileños, hasta 1640, en que le sucedió en el cargo su sobrino el doctor Francisco de Quintana (34).

## MADRID ARTISTICO.



(Portada.)

EL HOSPITAL DE LA LATINA.



HOSPITAL DE LA LATINA.

Apenas tres meses después de ocupar el cargo de Rector Jerónimo de Quintana, Luis Bravo, maestro de obras, declara haber recibido del tesorero de las alcabalas reales de la Villa de Madrid, 400 reales «por la obra que aze en el dicho Ospital» (35), iniciándose a partir de este momento la incesante actividad del recién nombrado Rector en favor de la institución que se le había encomendado.

Las condiciones conforme a las cuales se obliga Luis Bravo incluyen el blanqueo del zaguán, hacer el antepecho y pasamano de madera en la escalera del zaguán; en la portada «escotar, entrenchalar e raer toda la cantería que en ella obiere e molduras y figuras, y si faltare algun braço o otra cossa a qualquiera de los santos e a las demás molduras que allí ay, se a de añadir e poner», «dar de azul la vna media caña, que es adonde están los florones, y pintar los dos escudos de armas en la forma questán los del Albergue con sus oros adonde fuere neçessario», «dos pilares de piedra barroqueña para delante de la puerta con su cadena...

de media bara en quadro con sus bolas», etc.

La obra habría de hacerse «a contento y vista de Diego Sillero, maestro de obras», y se acabaría en 40 días tras la firma del contrato. No fue Diego Sillero el que vio la obra realizada por Luis Bravo, sino Juan Díaz, alarife de Villa, que declaró estar bien hecha «ezepto que tres remendillos que avía de hazer de yeso en vnas oxas del friso de la portada, que es en la que sirbe de ynposta, porque a de ser pegadizo y se a de quitar luego, y no es cossa que ynporta nada». Colaboraron también en la obra Pedro Gil, cantero, y Diego de Gamboa, cerrajero. Se dio por terminada en julio de 1604.

La pintura de la portada se concertó con Juan de Llanos, que se obligó a «dar colores a todos los santos que están en la portada... y cordones y florones que ay en ella», firmando la carta de pago el pintor el 12 de mayo de 1604 (36).

En octubre de aquel mismo año se inicia el reparo de los tejados del Hospital por Juan de Olmos y Juan Rodríguez, maestros, reparándose

los de los corredores de la plaza de la Cebada, el del lado «de hacia el claustro de las monjas, junto a la chimenea», interviniendo también Alonso Marcos y Juan de Villa, que aprobaron lo hecho, por un total de 27.891 maravedis (37).

En 1608, aparte de algunas obras menores realizadas por Francisco Ramírez, cerrajero (38) y Urbán de Aguayo, carpintero (39), los alarifes Juan de Hita y Juan de Aranda tasan el «quarto de casa nuevo que está hecho en el dicho Hospital» (40). Y en febrero de 1609 Juan Bautista Moreno, dorador, cobra 30 rs. «de dorar y adereçar vna ymagen de pintura que es la que está aneja al aposento de los Rectores... y de pintar en las puertas los atributos de la Concepción» (41).

Tuvo el Licenciado Quintana que enfrentarse en defensa de los derechos de su Hospital tanto con la abadesa y convento de la Concepción Francisca, apoyadas por los franciscanos del cercano monasterio de San Francisco, por los derechos sobre la capilla mayor de su iglesia (42), como con la Villa de Madrid

por cierto pedazo de la plaza de la Cebada que Hospital y Ayuntamiento se disputaban (43).

Entre 1609 y 1611 se realizó «la obra de la tribuna y reja de la capilla mayor desde donde oyen misa los enfermos», con intervención de Gabriel García, maestro de obras de albañilería; Antonio Martínez, maestro de obras (haciéndose constar que el «jueves no trabajaron por los toros»), y Diego Martínez, también albañil (44).

Obra que completaron un año más

tarde los cerrajeros Diego de Gamboa, que hizo los antepechos, y Francisco Ramírez, que puso las cerraduras y tiradores de la «puerta nueva de la capilla de la enfermería que sale al corredor del Espital»; el maestro de albañilería Blas García hizo «la guarda en la capilla mayor... y taladrar la bobeda della», mientras Lorenzo de Camargo ponía la vidriera y resguardo de redecillas, y Alonso Franco, cerrajero, los marcos de hierro para ella (45).

(Continuará.)

## NOTAS

(1) «Villa de Madrid», 1975, n.º 48, páginas 49-58.

(2) *Loc. cit.*, pág. 50 y nota 5.

(3) «Fizieron gracia e merced del oficio de alarife desta Villa a maestre Abrahén de Sant Saluador, en lugar de maestre Abdallá de Sant Saluador, su padre..., de oy para en adelante para en toda su vida.» «Libro de acuerdos del Concejo Madrileño 1464-1600. Edición... por Agustín Millares Carlo y S. Artiles Ruiz.» Madrid, 1932, pág. 32. La misma gracia y merced se hizo a «Mohamed de Gormaz, vecino desta Villa, junto con maestro Abrahén de Sant Saluador... por quanto Juan Sánchez, maestro que es alarife desta Villa es muy viejo e sordo». (Idem., id., pág. 40). Lo seguía siendo el 1481 (pág. 147), 1482 (págs. 204-206), 1483 (pág. 241) y 1484 (pág. 310). En 1489, la construcción de la cámara del Ayuntamiento estaba a cargo de «los moros alarifes». («Libro de acuerdos...», Tomo II. Madrid, 1970, pág. 159). El 17 de septiembre de 1490, se nombró, por ausencia de Mahomad de Gormaz, a maestre Yusuf, que juró su cargo el día 22. (Idem., id., págs. 232-233.)

(4) Archivo Histórico de Protocolos: Prot. 52, fols. 151-152. El 29 de noviembre de aquel mismo año, Hernando de Córdoba, carpintero, se obligó «que si la rueda de la noria de casa de la señora Beatriz Galindo, questá dentro en la huerta de la dicha casa, la qual agora nueuamente se fizo, faltare por ser delgada en los camones, que, dándome todo petrecho, yo la tornaré a faser a mi costa». (Archivo Histórico de Protocolos: Prot. 52, fol. 251.)

(5) «Viaje de España.» Tomo V. Madrid, 1776. Pág. 100.

(6) «Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España...», Tomo X, pág. 884.

(7) «Arte antiguo. Recuerdos del viejo Madrid. Monumentos que desaparecen. Convento y Hospital de La Latina.» («Arte Español», 1912, págs. 206-211.)

(8) «El Hospital de La Latina» («La Esfera», I, 1914, n.º 13).

(9) Madrid, 1831, pág. 158.

(10) Idem., id., págs. 182-193. Otros artículos: «El Hospital de La Latina» («El Museo Universal», 1861, n.º 7, pág. 54); Dionisio Pérez, «La Latina, fundadora. El Convento de las Franciscas y el Hospital de la Concepción» («El Sol», 5 de diciembre de 1926, pág. 4); en «El Museo Universal», 1863, n.º 44, pág. 352; Francisco Fabrè, «El Hospital de La Latina» («Semana Pintoresca Español», 1839, págs. 305-307); J. A. Gaya Nuño, en «La arquitectura española en sus monumentos desaparecidos», págs. 241-244.

(11) Torres Balbás: «Ars Hispaniae», Tomo VII, pág. 360.

(12) «Réveils et Prodiges. Le gothique fantastique», Paris, Armand Colin, pág. 197 y nota 1.

(13) *Loc. cit.*, págs. 360 y 363.

(14) Archivo Histórico Nacional: Clero, Legajo 3943.

(15) «Nos el Cardenal Despaña, Arçobispo de Toledo, etc. Por quanto por parte de las devotas religiosas del Monesterio de la Concepción de Nuestra Señora de la Horden de Nuestro Padre San Francisco, extramuros de la Villa de Madrid, nos fue fecha relación, quel coro e claostra del dicho Monesterio donde las dichas religiosas están no está bendicho e que para desir las oras e oficios diuynos e para su enterramiento ay nesçesydad de se bendezir, e nos suplicaron diésemos liçençia para lo bendezir. E por Nos vista su petición, mandamos dar la presente por la qual damos liçençia e facultad a qualquier [tachado: cl] obispo para que puedan bendezir e bendigan el dicho coro e claostra del dicho Monesterio con aquella solepnidad que de derecho se requiere. Fecho en la nuestra Villa de Alcalá, doze días de julio de mill e quinientos e quinze años. F. Cardinalis. Por mandado del Cardenal mi Señor, Juan Díaz, su secretario».

Al pie: «Licencia para que cualquier obispo pueda bendezir el coro e claostra del Monesterio de la Concepción de Nuestra Señora de Madrid». (Archivo Histórico Nacional: Clero, Legajo, 3945.)

(16) Azcárate en «Escultura del siglo XVI» («Ars Hispaniae», Tomo XIII, pág. 245) dice de ellos: «De autor anónimo son los sepulcros de Beatriz Galindo, La Latina, y Francisco Ramírez, de 1531, con buen estudio en los yacentes y escudos, tallas decorativas, relieves femeninos, dragones y niños en los frentes».

(17) Archivo de Villa: 19-34-13.

(18) Cristina de Arteaga. «Beatriz Galindo, La Latina». Madrid, Espasa-Calpe, 1975, págs. 172-174 y 203.

(19) Archivo Histórico de Protocolos: Prot. 370, fols. 166-170.

(20) Doña Antonia de Branches o de Abranches, que fue «guarda mayor de las damas de las Serenísimas Infantas doña Ysabel y doña Catalina», profesó en la Concepción Francisca y en 1611 cobra nada menos que 500.000 mrs. de renta y gajes de su oficio. (Archivo Histórico de Protocolos: Prot. 4116, fol. 145).

(21) Archivo de Villa: 19-26-10.

(22) El 22 de marzo de aquel año pidió se le diese copia de dos cláusulas del testamento de Francisco Ramírez por las que dejaba al Hospital 200 fanegas de harina en el Molino de Mohed. (Archivo Histórico de Protocolos: Prot. 314, fols. 707 v-710 y 711-713).

(23) Poder de Fray Bernardino de Torrijos, guardián del convento de San Francisco de Madrid, y Pedro Rodríguez de Alcántara, Regidor de la Villa de Madrid, patronos de la «Casa y Ospital de la Concepción Francisca desta Villa, en nombre de los demás señores patronos», a favor del «reuerendo Francisco de Herrera, clérigo presbítero, a quien tenemos nombrado por Rector de la dicha Casa y Ospital», especialmente para que pueda administrar las rentas de dicho Hospital arrendando los frutos de los préstamos de Ocaña, Illana, y la Puebla de Alcocer. Madrid, 10-VIII-1579. (Archivo de Villa: 19-29-9). Murió el 24 de septiembre de 1590 y fue enterrado en la parroquia de Santiago. (Libro de Enterramientos, 24-IX-1590).

(24) Pedro de Mesa, clérigo presbítero, residente en Madrid, declara haber recibido «del señor liçenciado Christóval de Monreal, clérigo, Rector del Ospital de la Concepción desta Villa» una escritura de obligación en favor del Hospital contra Diego de Valle, confitero, vecino de Málaga. Madrid, 28-IV-1592. (Archivo de Villa: 19-29-9).

(25) «Diego Martínez, Retor del Hospital de la Concepción Francisca desta Villa que se dice de La Latina», declara que don Luis Ramírez de Haro estaba condenado a pagar 10 arrobas de azúcar al año. Madrid, 31-VIII-1594. (Archivo de Villa: 19-29-9).

(26) Las condiciones de la obra en Archivo de Villa: 19-29-9.

(27) Archivo de Villa: 19-28-19. De esta visita he tratado ampliamente en «El licenciado Jerónimo de Quintana, cronista de Madrid». Madrid, Art. Gráf. Municipales, 1974. (Aula de Cultura. Ciclo de conferencias de Madrileños Ilustres, n.º 5).

(28) Archivo de Villa: 19-28-19.

(29) Archivo Histórico Nacional: Clero, Legajo 3943.

(30) Archivo Histórico Nacional: Clero, Legajo 3944.

(31) *Loc. cit.*, pág. 65.

(32) Archivo de Villa: 19-35-1.

(33) Idem., id.

(34) La biografía del licenciado Quintana, en el citado folleto de la nota 27.

(35) «Las condiciones de la obra que se a de haçer en el Ospital de la Concepción questá en la calle de Toledo...» (Archivo de Villa: 19-35-1).

(36) Archivo de Villa: 19-35-1.

(37) «Memoria de lo que se gasta en los reparos del Ospital de La Latina, así en los tejados como en otras partes dél y en las chimeneas» (Archivo de Villa: 19-35-1).

(38) «Dos cerraduras grandes de loba con sus escudos y tiradores para el caxón... de la Cárcel desta dicha Villa», en 4 de enero; «vna cerradura de loba para la caja de la lámpara, y de adereçar la çerradura bieja y çinco llaves de loba...», 5 de febrero; y otras obras. (Archivo de Villa: 19-35-1).

(39) El cajón de los ornamentos, cancel en el aposento de las beatas, y obras menores, 14 de febrero. (Archivo de Villa: 19-35-1).

(40) El 21 de julio de 1608. (Archivo de Villa: 19-35-1).

(41) Archivo de Villa: 19-35-1.

(42) Archivo Histórico Nacional: Clero, Legajo 3943.

(43) Archivo de Villa: 2-217-40. Se habló de ello ampliamente en el artículo anterior de «Villa de Madrid».

(44) «Memoria de lo que se gasta en la obra de la tribuna y reja de la capilla mayor desde donde oyen misa los enfermos». (Archivo de Villa: 19-35-1).

(45) Todos los documentos relativos a esta obra, en el citado legajo del Archivo de Villa 19-35-1.

# LA «GUIA DE MADRID» DE A. FERNANDEZ DE LOS RIOS

Por Enrique PASTOR MATEOS

**H**ACE ahora un siglo publicó don Angel Fernández de los Ríos su «Guía de Madrid». Durante estos cien años ha sido libro de consulta obligada de cuantos se han ocupado de temas madrileños. Bien merece, pues, nuestro recuerdo. Nuestro comentario, en cambio, quizá sea ocioso. No hace falta dar a conocer un libro tan ampliamente utilizado, ni es fácil añadir algo interesante a lo mucho que, sin duda, ha sugerido a sus abundantes lectores.

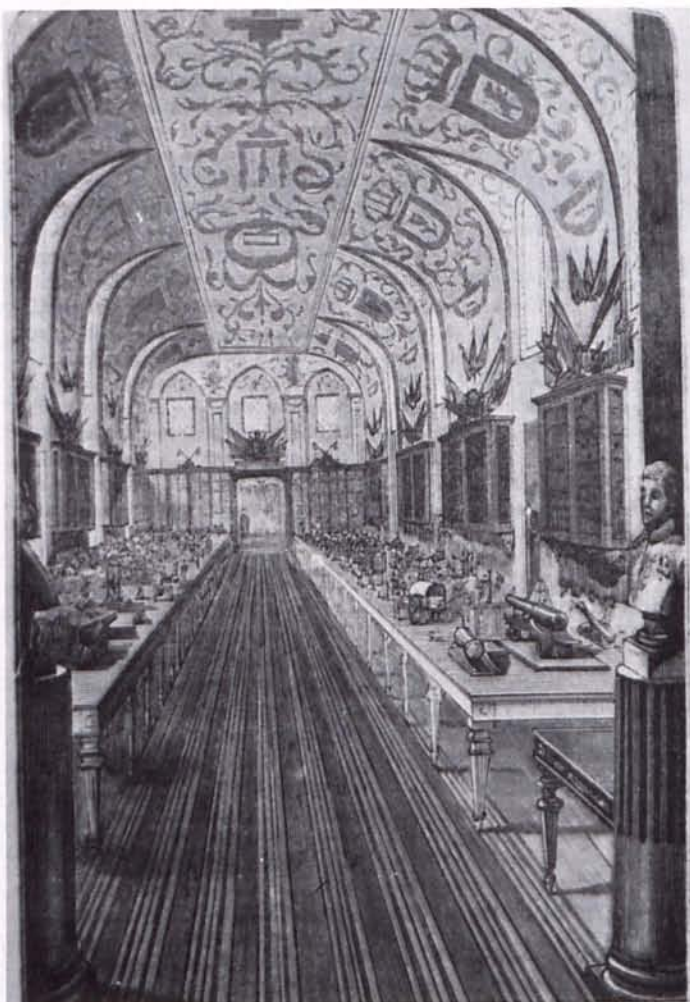
El autor es, por su parte, personaje digno de una atención que rara vez se le ha prestado. Comprensible es el silencio de los que encontraban sus hechos y sus ideas poco estimulantes para el elogio, pero ni aun sus mismos correligionarios se ocuparon de dedicarle el estudio que merecía.

Recientemente su figura parece salir del olvido. Don Arturo Soria Puig publicó en la revista «Hogar y Arquitectura» un breve artículo sobre «El futuro Madrid» con motivo del centenario de su publicación. El pasado año esta misma obra ha sido reeditada, precedida de una introducción, que firma el catedrático don Antonio Bonet Correa, y que es sin duda lo más importante y cuidado de cuanto se ha escrito sobre Fernández de los Ríos. No se limita a hablarnos de él como figura destacada en la génesis del urbanismo contemporáneo, que es su principal objetivo, sino que recoge otras muchas noticias sobre sus muy variadas actividades.

Es más, la misma «Guía de Madrid», que ha circulado hasta ahora en ejemplares de su primitiva y sin duda copiosa impresión de 1876, ha sido objeto muy recientemente de una nueva tirada que, en doble edición, la reproduce en facsímil.



Don Angel Fernández de los Ríos. (Litografía de don Félix Badillo.)



Salón de Reinos en antiguo palacio del Buen Retiro, hoy Museo de Artillería. (Grabado en madera de la Guía de Madrid, de don Angel Fernández de los Ríos.)

Todo esto no son sino signos de que, en torno a las conmemoraciones centenarias de sus principales escritos y de su, en cierto modo, temprana muerte, ha empezado a despertarse el interés por este personaje, incompresiblemente olvidado durante tanto tiempo.

Su vida, su carácter, sus actividades pueden explicarnos las peculiaridades de su «Guía de Madrid» con toda precisión. Lo que habrá que buscar en cambio en sus páginas es el secreto del éxito.

## I

Don Angel Fernández de los Ríos y de la Peña vino al mundo en Madrid el 27 de julio de 1821. Sus padres, procedentes del valle del Pas, en la Montaña, se llamaban don Manuel Fernández de los Ríos y doña Gregoria de la Peña Velasco y tenían «humilde vivienda», a decir de uno de sus biógrafos, en la casa que vino a ser número 17 de la calle de las Hileras de esta Corte. Fue hijo único.

En una carta escrita por don Angel, ya en el destierro y próximo su fin, a Mesonero, y dada a conocer por éste, da a entender que su familia gozó de una posición acomodada. Olvídense, pues, o al menos considérese accidental, lo de la «humilde vivienda». Su padre, al igual que el de nuestro primer cronista, sería gestor y agente de negocios, aparte de cultivar los propios, de una clientela que presumimos provinciana y aun prefe-

rentemente montañesa, del mismo modo que fue salmantina la del progenitor de Mesonero. Personas bien o medianamente situadas e instruidas y algún que otro personaje de segunda y aun de primera fila serían las amistades y visitas que arropaban su hogar.

Pero este ambiente típicamente burgués no es por eso tranquilo. Se ve turbado por las luchas políticas. Ya durante la memorable jornada del 7 de julio de 1822 don Manuel Fernández de los Ríos, miliciano nacional, había resultado gravemente herido en defensa de sus ideales. Más adelante, la intranquilidad y las persecuciones habrían de alterar el sosiego doméstico.

Basta recordar el agitado curso de la vida pública española entre 1830 y 1844 para comprender lo que serían sus años de formación y aprendizaje. De las actividades de su padre poco sabemos. En cambio, un hermano de éste, de su mismo nombre, don Angel Fernández de los Ríos, que llegó a ser magistrado del Tribunal Supremo de Justicia, intervino reiteradamente en las lides parlamentarias. Representó a Santander en las Cortes Constituyentes de 1836, de las que llegó a ser vicepresidente, y fue elegido diputado para las de 1837. Reaparece en las de 1841, llevado al Congreso por sus electores santanderinos, y apoya la política de Espartero eclipsándose con su caída. Electo para las primeras Cortes de 1843, no llegó a tomar parte en ellas. No podemos dudar de que su homónimo sobrino hubo de compartir en cierta medida sus preocupaciones y prestar gran atención a sus trabajos.

Más adelante observaremos hasta qué punto influyeron en él estas primeras experiencias. Fue siempre en el fondo un honrado y experto hombre de negocios, logrando señalados éxitos. De pasada nos dice Picón que por los años cincuenta llegó a ser en concepto de editor uno de los mayores contribuyentes; la expresión es sumamente significativa.

Mas lo que principalmente se manifiesta en él es la vocación política, despierta desde los primeros años y que no tardó mucho tiempo en emplearse en empresas de envergadura.

Es más, su pasión política se sobrepone a su tino como hombre de negocios y éstos se convierten en empresas comprometidas. Así se explica que este hombre tan magníficamente dotado sufra contratiempos, corra riesgos y anule ventajas, que pueda ser acusado de pródigo y que después de recorrer con éxito múltiples caminos muera pobre, aunque como buen burgués, honrado.

En sus primeras intervenciones, en este campo, entre 1844 y 1848, le vemos de la mano de su tío y aun de su padre. Muy grandes y prolongadas debieron de ser tales influencias.

Estas tempranas aventuras del joven don Angel Fernández de los Ríos se relatan en varias reseñas biográficas, pero con errores, cuyo origen puede ser una simple errata, que conviene subsanar. La misión que le encomendaron varios prohombres progresistas le llevó a París, donde se encontraba Mendizabal, no en 1848, sino en junio de 1844, es decir, a raíz de haber formado Narváez su primer gobierno.

Cuatro años más tarde, efectivamente, en el turbulento 1848 fue cuando intervino en las sublevaciones del 26 de marzo y del 7 de mayo, sofocadas las dos por el duque de Valencia, que de nuevo ocupaba la Presidencia del Consejo de Ministros. Con ocasión de la primera pudo su familia salvar la vida de uno de los más exaltados revolucionarios del siglo: el marqués de Albaida.

En cuanto a su formación intelectual, pudo ser ésta la

de tantos jóvenes de su clase. Leve y superficial la sistemática de las aulas, más amplia la obtenida esporádicamente por afición, por gusto o por simple empeño de brillar en sociedad.

Nos dicen sus biógrafos que acudió a los estudios que tenían los dominicos en Santo Tomás. Poca huella dejaron en él sus maestros, ni siquiera afectiva. Al narrarnos las horrendas matanzas de 17 de julio de 1834, fecha que ha de corresponder a la de su paso por aquella casa, no tiene una sola palabra deferente para esta comunidad. Años más tarde saludaba incluso con satisfacción la decisión de derribar el edificio. Con sólo estos testimonios puede juzgarse lo que sería su tránsito por aquellas aulas.

Extinguida esta Institución en 1836, no sabemos dónde continuaría sus estudios. Tal vez en la Universidad Complutense, trasladada por aquellas fechas a la capital.

Más adelante, en 1841, tocóle la suerte de soldado, entrando a servir en 1842 en una brigada de artillería de la milicia nacional.

No fue esto obstáculo para que en aquellos años de 1842 y 1843 se graduase de licenciado y doctor en Administración y Jurisprudencia.

Dedicado al foro, lo abandonó pronto. No había de ser éste el escenario de sus éxitos ni los temas jurídicos el objeto de sus estudios.

La afirmación anterior no supone, sin embargo, obstáculo para que en alguna ocasión pudiera poner de manifiesto su preparación en este campo. Así nos explicamos, que durante su legación en Portugal, Sagasta y, muy especialmente, Martos le encargasen algunos trabajos de esta especialidad.

No obstante sus estudios regulares, hay en él mucho más de autodidacta. Formado a través de encuentros esporádicos con la ciencia y muy especialmente por medio de la lectura, su ilustración es enciclopédica, vasta, desigual y desordenada.

No es posible olvidar que vivió en una época de crisis y renovación intelectual. Su indudable avidez de saber se alimentó de novedades, por las cuales manifestó en todo momento un indiscutible entusiasmo.

Su posición social le permitió conocer otros países europeos. Posteriores exilios hicieron aún más estrecho ese contacto. De acuerdo con la tradición ilustrada, Fernández de los Ríos considera que la regeneración de España ha de ser ampliamente deudora de las influencias extranjeras.

Su admiración por Europa, una Europa convencional, está condicionada por su mayor progreso material y moral.

No sólo los adelantos técnicos les confieren evidente superioridad a otras naciones, sino lo que él mismo llama el espíritu del siglo, que sopla con más fuerza más allá de nuestras fronteras.

Comete lamentable error menospreciando exageradamente a su país y condenando en bloque el pasado, que juzga con evidente simplismo germen de su atraso. Son contadas las personalidades y las instituciones que, en sus excursiones por la Historia, quedan a salvo de sus diatribas. Sin embargo, sería injusto negarle un auténtico patriotismo.

En el terreno de las ideas religiosas se acredita como librepensador. Parece haber sido creyente y cristiano, pero su divorcio de la Iglesia oficial es completo. Morayta le cita como iniciado en la masonería, pero no



Monumento del 2 de Mayo.



Iglesia de la Visitación (Salesas).



Platería de Martínez.

como miembro distinguido dentro de ella. Su anticlericalismo es sin duda uno de los aspectos más constantes y hasta obsesivo de su ideología.

## II

Mucho debe por otra parte la biografía de Fernández de los Ríos a su temperamento.

Los retratos que de él conservamos nos lo ofrecen magro, de mediana estatura y bien proporcionado. En su fisonomía, las facciones correctas, la frente despejada, la mirada penetrante, el gesto serio, casi adusto. Los antiguos no hubieran dudado en calificarlo de colérico.

Por otra parte Fernández de los Ríos fue ante todo un hombre de acción. Sus talentos son eminentemente pragmáticos. No le faltó ni imaginación para concebir sus proyectos, ni pasión para intentarlos, ni firmeza para remover los obstáculos, ni perseverancia hasta lograr sus fines. Si su vida no se nos ofrece rectilínea es porque estas cualidades desbordan el marco en que se mueve. Sus proyectos son a veces demasiado ambiciosos y los obstáculos insalvables, pero en tales casos tiene recursos probados para sustituir sus planes y proporcionarse ocupación. Da la impresión de variedad de talentos, de energías inagotables, de multiplicidad de objetivos, y sin embargo hay algo, su personalidad, que da la unidad y armonía al curso de sus actividades.

Lo curioso es que entre éstas las más notables son sin duda las de escritor. Pero hagamos la observación de que siendo, como es, escritor fácil, polifacético y fecundo, no es para él la literatura una evasión, sino una poderosa palanca, instrumento inapreciable para estructurar la realidad. No trata de construir un mundo ideal y vivir en él sus sueños, sino de percutir el mundo en el que vive para realizar sus programas.

No es, pues, un intelectual ni un artista. Las formas sólo le interesan en cuanto son necesarias para expresar sus ideas; sus ideas por cuanto han de mover voluntades.

No busquemos pues en sus obras exquisiteces de

estilo. Tampoco él lo hizo. Se nos dice que asombraba lo expedito de su pluma, aplicada a todos los quehaceres. Pero nunca, aseguraría, escribió una línea en vano. Pudo descender a redactar anuncios y gacetillas. No se hubiera perdonado perder el tiempo en virtuosismos.

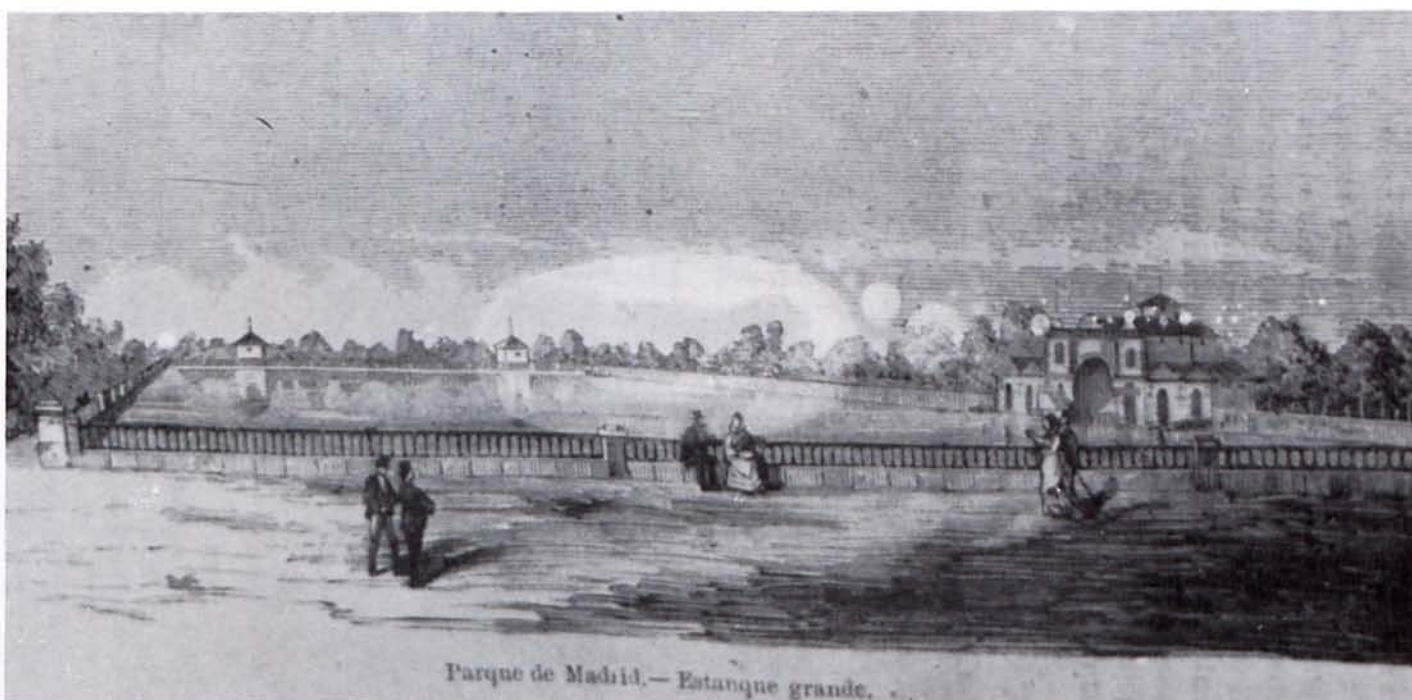
Más arriesgado es negarle categoría de intelectual, sobre todo en esta época en que tanto se aprecia esta rara condición. Y sin embargo es así. Fernández de los Ríos no duda nunca y por eso mismo jamás se encuentra en el caso de inquirir la verdad. Sintiendo poseedor de ella trata de difundirla y hasta cierto punto de imponerla. Convencido de que nada supera a sacar a los hombres del error, busca razones, argumentos, pruebas, y cuando los agota, despierta pasiones y aviva sentimientos. Desdeña perplejidades y matices y, en cambio, se aferra a generalizaciones y prejuicios. Propende, no a la crítica, sino a la polémica. Sus escritos no formulan hipótesis, mantienen tesis.

No por esto se le ha de negar curiosidad, instrucción e inteligencia. Aborda temas insospechados, los ilustra ampliamente, los desentraña con perspicacia, pero todo ello subordinado a planes y proyectos, a realizaciones inmediatas. En la marcha de sus ideas se adivina la urgencia de la acción.

Moralmente Fernández de los Ríos es hombre recto. En nuestro lenguaje vulgar diríamos que es un idealista, en cierto modo un utópico.

Dentro de la tipología hispánica ha tomado del hidalgo montañés el porte austero; del comunero, entusiasmo y dignidad, tiene mucho de Quijote y poco de Sancho.

Hay en su carácter un buen número de cualidades positivas, pero la que más le enaltece es su consecuencia. No hay en el curso de su vida concesiones que puedan suponer retractación ni cobardía. Muy al contrario, no retrocede ante los sacrificios cuando se trata del triunfo de sus ideas. Llegado éste, no sólo no manifiesta avidez para lucrarse, sino que da muestras de ejemplar desprendimiento. Lo que revela su talla moral es el temple con que asume los reveses y acepta la desgracia. Pertenece a una generación para la cual la persecución y el destierro fueron desdichas familiares.



Parque de Madrid.—Estanque grande.

*Y el reverso de esta misma moneda, que no sin pena consignamos. En este campeón de la libertad y del progreso, en este hombre que lucha por liberar a sus contemporáneos de las cadenas del pasado y que pone en peligro su vida y su tranquilidad por destruir brotes de renovada tiranía, se descubre con frecuencia un punto de fanatismo. A su cuenta habrá que cargar todo cuanto en su vida podamos encontrar de exceso o de atropello.*

### III

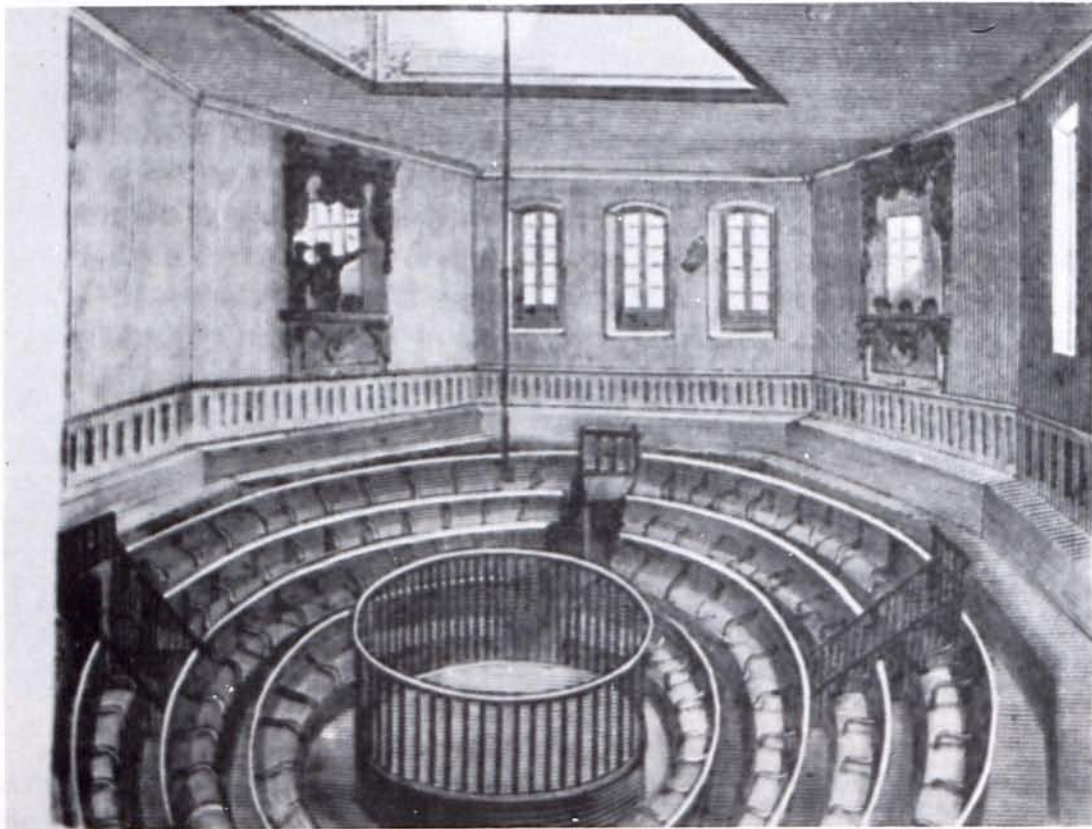
*Prueba de que la acción domina su carácter es que la política le apasiona y determina o al menos condiciona todas las manifestaciones de su vida pública.*

*Militó primero en el partido progresista. Un partido que durante treinta y siete años fue el motor de la vida política española. Aunque en cinco ocasiones, sólo durante breves períodos estuvo en el poder y dio en ellos muestras tanto de su ímpetu reformador como de su inestabilidad, tal vez consecuencia ésta de aquél. En los largos intermedios en que se vio lanzado a la oposición acabó siempre conspirando en la clandestinidad, y no es de extrañar por eso que en cuatro de sus cinco oportunidades, 1836, 1840, 1854, 1868, fuera entronizado por la fuerza de las armas y no con el beneplácito de la Corona.*

*En estas circunstancias y en tal partido no es de extra-*



Parque de Madrid.—Lago de patinadores.  
(Grabado en madera de la Guía de Madrid, por A. Fernández de los Ríos.)



Circo de gallos.  
(Grabado en madera de la  
Guía de Madrid, por A.  
Fernández de los Ríos.)

ñar que Fernández de los Ríos encontrara campo abonado para poner de relieve sus facultades y su decisión. En el movimiento revolucionario de 1854 desempeñó un papel relevante. Fue tal vez ése, cumplía en aquellos días treinta y tres años, su mejor momento. Había tenido una intervención destacada en la preparación del pronunciamiento y contribuyó decisivamente a encauzar el movimiento revolucionario subsiguiente.

Legítimos compromisos le hicieron contemporizar en algún momento. Figura entre los fundadores de la Unión Liberal, pero pronto hubo de romper con este grupo. El mismo nos relata cómo se esfumó su amistad con O'Donnell, de quién fue en adelante encarnizado enemigo. Su vuelta al progresismo puro no supuso para él ni cambio ni ruptura.

En la revolución de 1868, tenía cuarenta y siete años, su papel es secundario. No dejó de intervenir en la conspiración, con tanto tiempo preparada, pero acabó siendo uno de los muchos emigrados que esperaron en París un inevitable final. Allí le sorprendieron los acontecimientos y, tal vez, por delicadeza no se apresuró a volver a la patria.

Muerto Prim y en la última y decisiva crisis del progresismo, hizo esfuerzos por conciliar la disidencia y cuando pudo dar éstos por fracasados abrazó la postura más avanzada. Formó entonces entre los radicales y como tal apoyó a Amadeo I y votó la República. Lo hizo aceptando todas sus consecuencias, y así cuando su partido entró en conflicto con los republicanos se alejó de sus antiguos correligionarios para colaborar con el nuevo régimen.

No era, sin duda, Fernández de los Ríos hombre capaz de retroceder en su marcha ideológica. Fue en sus últimos años republicano, mantuvo estrechas relaciones con Ruiz Zorrilla y con Salmerón, dos jefes por él sumamente apreciados, y contribuyó a hacer realidad la primera Unión Republicana.

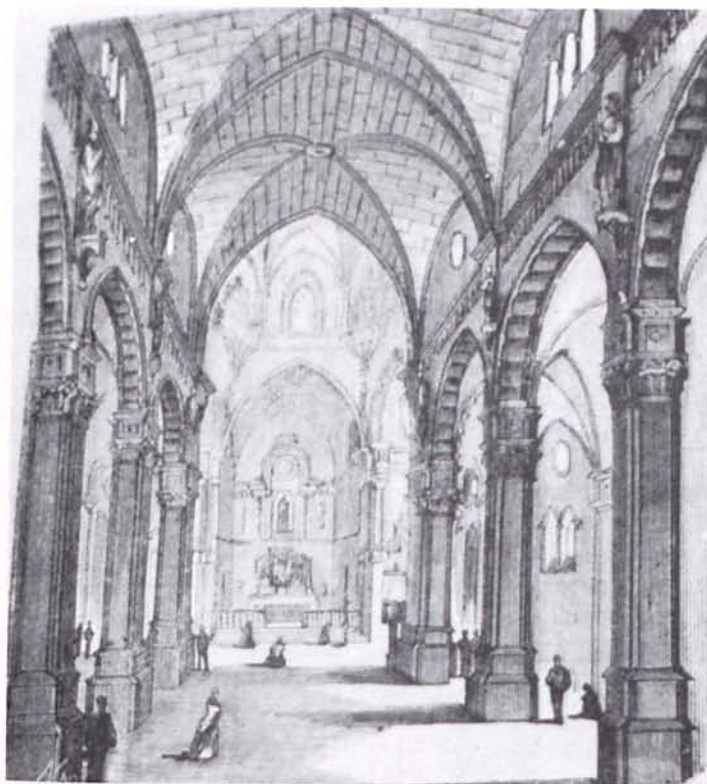
Dos rasgos son de destacar en su trayectoria. Su progresión hacia soluciones cada vez más avanzadas y en contraste con ello su afán conciliador, de manifiesto como hemos visto en los momentos cruciales. Y sin embargo, ni fue un doctrinario ni mucho menos un oportunista.

Su vida parlamentaria presenta menos interés. Fue diputado en las Constituyentes de 1854 y 1869 por Santander, antiguo feudo familiar. Permaneció al margen de las luchas electorales en el largo período de predominio conservador que se extiende entre ambas Asambleas. Fue tres veces elegido senador durante el reinado de Amadeo I por la misma provincia castellana y como tal miembro de la Asamblea Nacional en 1873. Con esto se acaba su intervención en nuestras Cortes, en las cuales no dejó, a decir verdad, especial recuerdo. Tal vez una investigación sobre este punto arroje otros resultados, pero cabe suponer que su oratoria no alcanzó el alto nivel que impusieron los grandes tribunos de la época.

Cargos de gobierno no parece que llegase a ocupar ninguno, siendo, en cambio, varios los que rechazó. No aceptó ser gobernador civil de Madrid ni ministro con Ruiz Zorrilla. Castelar le ofreció la presidencia del Ayuntamiento de Madrid y aun se dice que había declinado una cartera en el Gobierno que, inspirado por Salmerón y presidido por Palanca, se hubiera formado el 3 de enero de 1874, si no lo hubiera impedido el golpe de Estado de Pavía.

Pero lo más importante en la vida y en la carrera política de Fernández de los Ríos es un gran designio, al fin frustrado: la Unión Ibérica.

Fue un empeño en el que puso toda su alma. Convencido de que haría la felicidad de las dos naciones, trabajó constantemente a favor de esa causa. Ya en 1853 le vemos firmando un manifiesto «Al País» en el que se propugnaba la entronización de la dinastía de Braganza



Iglesia del Buen Suceso.

con Pedro V. La idea sería anterior y no le abandonaría nunca, aflorando en muchos de sus escritos. En el período de 1854 y 1856 pudo expresarse con mayor libertad, aun en el Parlamento, y fue de los que estuvieron dispuestos a apoyar un cambio de dinastía y colocar en el trono de España al duque de Oporto, preparando así la unión de las dos naciones ibéricas.

En 1865 tuvo ocasión de manifestar de nuevo estos ideales con motivo de la visita de los reyes de Portugal. En unión de Castelar organizó una gran manifestación que aclamó a la Unión Ibérica en la estación de Atocha.

Momento culminante de su vida política hubo de ser aquella noche del 13 de enero de 1869 en la que Ruiz Zorrilla le encomendaba una misión reservada en relación con la vacante del Trono español. Fernández de los Ríos fue primero agente confidencial, luego representante diplomático y gestionó la aceptación de su candidatura por parte del rey viudo de Portugal, don Fernando de Sajonia-Coburgo.

La candidatura del monarca portugués fue de las primeras formuladas y contaba con valedores tan importantes, aparte de Ruiz Zorrilla, como el marqués de los Castillejos y Olózaga. Fuera o no combatida por la diplomacia francesa, muy fuertes razones hubieron de pesar en el ánimo de don Fernando para rechazarla y desde principios de abril de 1869 pudo darse su causa por perdida.

El fracaso de sus gestiones, como es sabido, no le es imputable. No obstante debió representar para él una amarga decepción y considerarlo como el mayor desaire que podía hacerle la fortuna.

No he encontrado el nombre de Fernández de los Ríos entre los votantes que concurrieron a la elección del rey en la célebre sesión de 16 de noviembre de 1870, que dio la victoria a la candidatura del duque de Aosta. Su ausencia no deja de ser, en todo caso, significativa.

#### IV

Sobre la personalidad literaria de Fernández de los Ríos observemos que él ante todo promueve, funda y dirige empresas editoriales.

Podemos ver en ello una manifestación de sus aptitudes como hombre de empresa e incluso una forma de proveer a las necesidades de su vida. Pero sería absurdo no contemplar otra cosa. Fernández de los Ríos fue además un eminente profesional de la pluma.

La finalidad principal que le impulsa a estas actividades es terciar en la lucha política. No cesó en este empeño. Lo hizo con gran brillantez y a veces con singular éxito.

Otra, no menos declarada, y que anima muchas de sus innovaciones fue contribuir a la cultura popular en la idea de que la simple lectura es ya, de por sí, una fuente de instrucción.

Ambas finalidades, por otra parte, se entrecruzan y complementan. Su labor cultural tiene un claro sentido político. Sus trabajos políticos pueden considerarse, aunque más discutiblemente, dentro de un contexto cultural.

Dados los fines que persigue, sus principales creaciones son publicaciones periódicas y en un segundo término colecciones literarias repartidas por suscripción y entregas, sistema éste nunca extinto y hoy reverdecido sin otra novedad que el llamar fascículos a lo que antaño se llamaron, con palabra menos pretenciosa, entregas.

Su labor periodística es, sin duda, lo más eminente de su obra. Y el triunfo le acompaña casi siempre.

Sus primeros éxitos los consigue antes de 1847 al frente de las publicaciones editadas por los señores González y Castelló, «El Siglo» y «La Semana Pintoresca». En 1848 toma a su cargo el «Semanario Pintoresco Español», fundado y dirigido con éxito por Mesonero, que, tras pasar por varias manos, se encontraba en pleno declive. No es fácil la tarea, más al fin consigue recuperar el favor del público. Funda «Las Novedades» en 1850 y logra con fórmulas hasta entonces no experimentadas su más completo acierto, reconocido por sus émulo y corroborado por sus lectores en número nunca hasta entonces alcanzado.

Es, además, proteico, adaptándose a circunstancias y aprovechando coyunturas.

En noviembre de 1856 pierde a su primera mujer. Una serie de desgracias quebrantan su ánimo y ensombrecen su espíritu. Atraviesa la peor crisis de su vida. Liquidada todas sus empresas. Viaja por el extranjero. Parece acabado. No es así.

Un largo período de retiro en San Vicente de Toranzo le da ocasión para realizar su más densa y sistemática campaña política publicando en «La Iberia», periódico que había fundado y dirigía su gran amigo, extraordinario periodista, don Pedro Calvo Asensio, desde el 17 de julio de 1860 al 18 de septiembre de 1863, nada menos que 410 artículos.

Más adelante, cuando tras los fallidos intentos subversivos de 1866 se ve en la necesidad de suspender la publicación de «La Soberanía Nacional», periódico fundado y dirigido por él desde 1864, lanza «Los Sucesos» con una nueva orientación adaptada a la nueva situación, pero no con menos éxito.

Su actividad es múltiple. Si el periodismo político goza de sus preferencias, no desdeña otras actividades a las que se aplica simultáneamente. Funda el primer pe-



Museo del Prado. Vista exterior.

riódico ilustrado de actualidades que vio la luz en España con el nombre de «La Ilustración» en 1849. Le vemos por esta época publicando «El Agricultor español», revista especializada, y editando una colección literaria que lleva el título genérico de «Biblioteca Universal» y que si no alcanza la ambiciosa medida de este epígrafe, supone, sin duda, para su época, un meritorio esfuerzo. El decenio de 1848 a 1858 es el más fértil y el más glorioso de su carrera de publicista.

Pero destaca entre todas las cualidades de su labor periodística su carácter militante. Consciente del influjo de la prensa en un siglo que la consideró el cuarto poder, supo utilizar su influencia para intervenir de forma decisiva en las luchas políticas. Las campañas contra Bravo Murillo en 1852 y contra el conde de San Luis al año siguiente, tuvieron en Fernández de los Ríos uno de sus más entusiastas animadores. Años más tarde, en marzo de 1865, le veremos también secundando otra protesta, dirigida esta vez contra Narváez.

No vamos ni siquiera a resumir su carrera periodística. Vano empeño. Es tan vasta y, en cierto modo, tan difusa, que se necesitaría mucho más tiempo del que disponemos para adentrarse en ella. Limitémonos a consignar cuáles fueron su alfa y su omega. Sin contar sus primeros y tal vez perdidos ensayos, señalan sus biógrafos como inicios profesionales sus colaboraciones en «El Espectador» entre 1844 y 1845. En los últimos años de su vida vuelve a este menester, penosa y febrilmente desempeñado. Numerosos periódicos de España y aún extranjeros se honran con su firma prestigiosa. Pero esta benévola acogida encubre, como tantas veces, una triste realidad. Fernández de los Ríos, perseguido y desterrado, acosado por la penuria y tentado por el

desánimo, escribe para remediar sus necesidades y aliviar sus penas. En este momento de su vida, próxima a su fin, el periodista se sobrepone al político.

## V

Fernández de los Ríos no tiene cabida en una Historia de la Literatura Española al uso. Y no obstante, es autor de más de una docena de libros y folletos, de algún que otro prólogo y de un número incalculable de artículos periodísticos que recopilados ocuparían varios tomos. Eso sin contar lo mucho que pudo publicar sin firma. Y tampoco sus traducciones de obras extranjeras y adaptaciones de toda clase, algunas de las cuales, sospechamos, se imprimieron sin que en ellas figure su nombre ni conste su intervención.

Rebasaría nuestras pretensiones intentar siquiera ordenar su producción literaria. Nos limitaremos a algunas breves consideraciones.

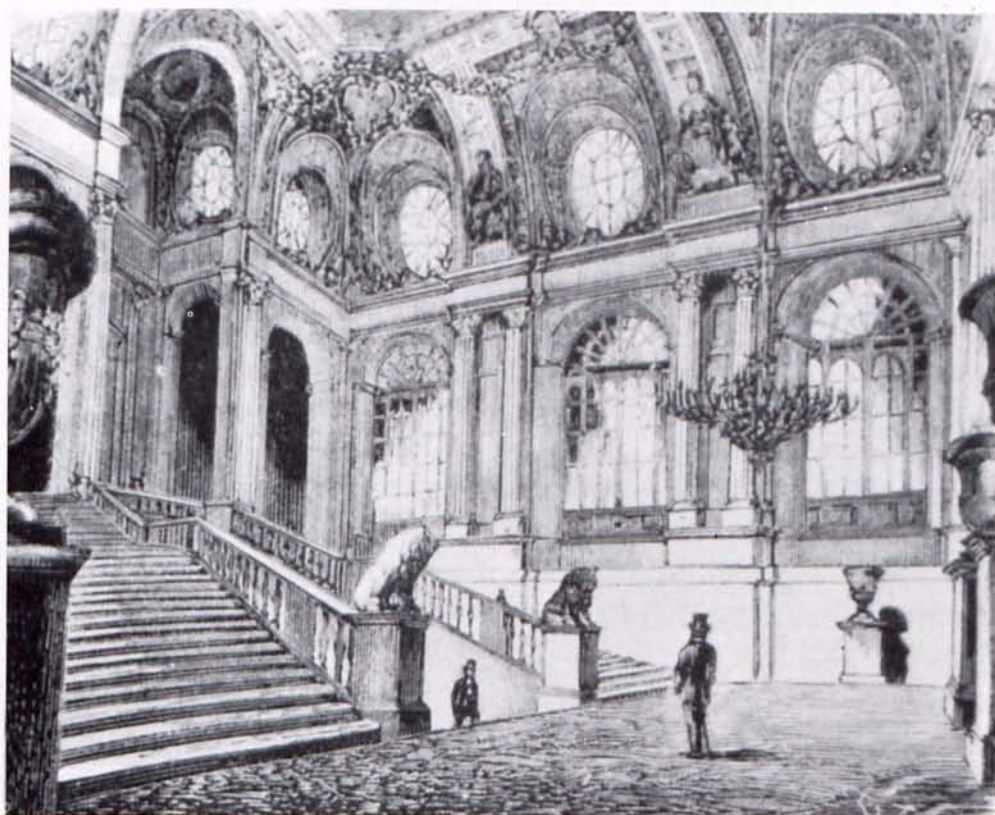
Como simple curiosidad cabe señalar que Fernández de los Ríos cedió en su juventud a la máxima tentación del hombre de letras y estrenó en el teatro del Liceo una obra titulada «Percances de la vida».

Es curioso el hecho de que a pesar de haber obtenido un éxito estimable Fernández de los Ríos abandonase este camino. Demostró con ello cuál era su carácter y cuáles sus ambiciones.

El grupo más importante de sus escritos lo forman los políticos. Del mismo año, el de 1864, son un folleto sobre Muñoz Torrero, de quien era gran entusiasta y cuyos restos trasladó desde Lisboa, donde estaban enterrados, a Madrid; el prólogo a una obra de Argüelles que tomó



*Ministerio de la Guerra. (Grabado en madera, por «NAO», de la Guía de Madrid, por A. Fernández de los Ríos. Viéndose en primer término la fuente de Cibeles.)*



*Vista de la escalera. (Palacio Real de Madrid. Grabado en madera de la Guía de Madrid, por A. Fernández de los Ríos.)*



Puerta del Sol.  
(Grabado en  
madera, por  
«NAO», de la Guía  
de Madrid, por  
A. Fernández de  
los Ríos.)

como título «De 1820 a 1824. Reseña histórica» y una antología de los artículos que habían visto la luz en «La Iberia», a los que antes nos referimos, que lleva el título «O todo o nada».

De más entidad es su estudio sobre Olózaga que publica entre 1863 y 1864 y que luego, ampliado, se convertirá en un «Estudio histórico de las luchas políticas en la España del siglo XIX», que llegará a la imprenta inconcluso y a los lectores, en parte, póstumo, de 1879 a 1880. Se trata de un relato desigual, lleno de datos interesantes y de apreciaciones, atinadas, inapreciables para el que quiera conocer la evolución de la vida política en los reinados de Fernando VII e Isabel II, pero carente de método y ponderación, farragoso a ratos y, en todo caso, obra de partido.

Muy apreciable es también «Mi misión en Portugal», publicada en Lisboa y en París sin indicación de año, probablemente en 1878. Es una memoria, con más de alegato que de crónica, que los historiadores han considerado justificativa, pero poco explícita.

Lamento no haber encontrado y tener escasas referencias de otra obra de Fernández de los Ríos titulada «La España del porvenir», escrita a la vez que «El futuro Madrid» y con título muy semejante y, como a la vista está, sumamente sugestivo.

Sus restantes obras son de una curiosa variedad y de muy significativa contextura: Almanagues, un «Album biográfico» del que se hicieron al menos cuatro ediciones, una colección de biografías de los miembros de la Asamblea Constituyente de 1869, de la que son suyas la dirección y el prólogo, guías y otras publicaciones análogas.

Una de ellas debe llamar especialmente nuestra atención. Se trata de una Guía-itinerario de «La Exposición Universal de 1878», publicada en Madrid ese mismo año. No tendríamos obstáculo en calificar este trabajo de extenso reportaje en el cual a la descripción detallada se añaden abundantes reflexiones y comentarios.

De otras, cuyo interés es para nosotros mayor, nos ocuparemos más adelante.

Como puede observarse, su producción es toda ella ocasional. El autor en ningún caso ha abordado un tema fundamental ni pretendido realizar una obra permanente.

Sirve ante todo a la actualidad, que le brinda temas y le ofrece un clima propicio y un amplio círculo de lectores. Aun aquellas obras que dedica a la Historia, o bien su asunto, por reciente, no ha sido aún archivado, como en el caso de su misión portuguesa; o, como ocurre en la larga exposición de las pasadas luchas políticas, puede considerarse clave del presente e incluso premisa del futuro.

A este sentido de la actualidad se une en Fernández de los Ríos su intuición de la noticia.

Lo acreditan su abundante anecdótico, esas galerías de semblanzas biográficas, ya citadas, y sobre todo esa Guía de la Exposición Universal de 1878, sobre la que más arriba nos detuvimos unos momentos.

Pero más aún que por la noticia nuestro autor se interesa por la opinión. Sus escritos tratan ante todo de crear o al menos moldear estados de ánimo sobre las cuestiones tratadas, inclinando a los lectores a criterios y decisiones.

Estas son, todas, características de una forma de escribir que llamamos periodística. Y, en efecto, Fernández de los Ríos, que busca siempre a lo largo de su vida y a través de su tupida producción un contacto efímero pero reiterado con su público a través de la prensa periódica, no hace en sus otras publicaciones sino condensar recursos y experiencias.

Tiene este tipo de comunicación sus servidumbres no siempre compensadas. Una popularidad que se extingue rápidamente, un interés que no perdura, un fruto que desconoce sus progenitores, son inevitable consecuencia de una labor realizada con premura y no debidamente estructurada.

Este insigne periodista se salvará de su destino gracias a haber irrumpido, tal vez sin verdadera conciencia de su acierto, en el campo del madrileñismo.

## VI

Don Angel Fernández de los Ríos iba a ser, en efecto, uno de nuestros más importantes y originales madrileños. Es ya singular que su pasión por Madrid sea tardía y se contraiga al decenio 1866-1876, uno de los más agitados desde el punto de vista político de todo el siglo. Enmarcado en su biografía es igualmente azaroso, se inicia con una huida y se cierra con un destierro.

Los antecedentes, sin embargo, son múltiples. El «Semanario Pintoresco Español» hubo de ser una buena escuela. Su interés por la geografía nos la revela un curioso tratado que, adaptado del francés y con el título «La Tierra. Descripción geográfica y pintoresca de las cinco partes del Mundo», publica en 1849. Más concreta será la referencia a un «Itinerario descriptivo, pintoresco y monumental de Madrid a París» que hace imprimir en 1845.

Pero es precisamene hacia 1866 cuando su interés por Madrid encuentra en sus variados talentos de polígrafo cauce favorable.

Sus primeras inquietudes se plasman en un libro, cuyo título articula varias expresiones: «Estudios en la emigración. El futuro Madrid, paseos mentales por la capital de España, tal cual es y tal cual debe dejarla transformada la revolución.» Cualquiera de las dos últimas es suficientemente expresiva.

Por lo que en la primera se indica y por lo que en diversos lugares de la obra declara fue toda ella escrita en París, lejos de lo que era su objeto y ajena a las transformaciones, a decir verdad escasas y de poca importancia, que en Madrid se producían. Esto explica, como dice el autor, algunas inexactitudes.

La dedicatoria «Al pueblo de Madrid» está fechada en «París, 2 de mayo de 1868». Hemos de suponer que para esta fecha la obra, si no sobre el papel, tenía al menos forma en su mente. Admira hasta qué punto adivina la

ocasión que para transformar Madrid le va a proporcionar la revolución inminente. No cabe duda de que si para Isabel II y sus leales su triunfo pudo ser una sorpresa, no lo fue desde otras perspectivas.

La obra estaba concluida cuando llegó a París la esperada noticia y tan presente en el ánimo de su autor la oportunidad que le deparaba, que al día siguiente, 1 de octubre, la envió a Madrid en tres paquetes que publicaron simultáneamente «El Universal», «La Epoca» y «El Imparcial».

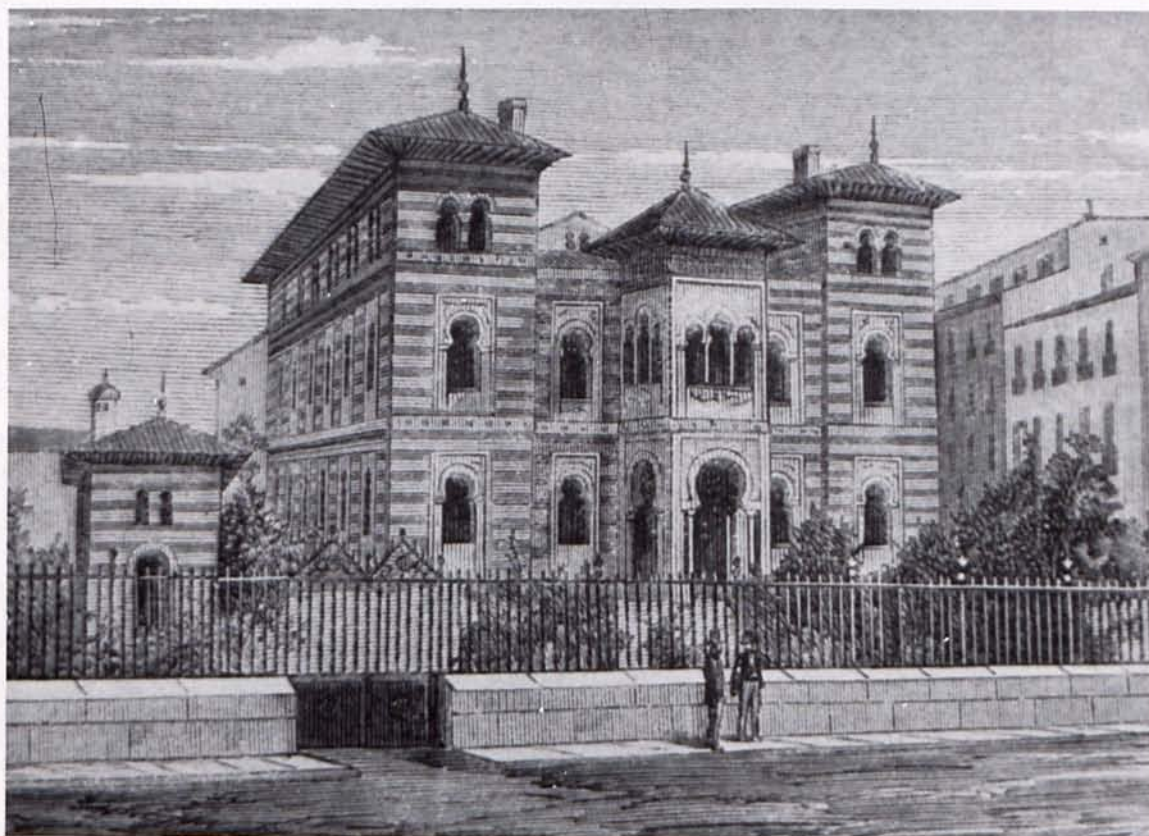
Notable más por su substrato ideológico que por los planteamientos técnicos, este trabajo tiene más de manifiesto y de programa que de estudio, informe o dictamen.

Su influencia no es fácil de determinar. El vasto plan de obras, en su mayor parte derribos, fue iniciado con tanta presteza por el nuevo Ayuntamiento popular, nombrado por la Junta Revolucionaria, el 10 de octubre de 1868, y constituido ese mismo día bajo la presidencia de don Nicolás María Rivero, que resulta más lógico hablar de coincidencia de criterios que atribuir a Fernández de los Ríos la inspiración de la nueva política.

No hay duda, sin embargo, de que la aparición de esta obra sirvió de estímulo y proporcionó argumentos, mantuvo el propósito y brindó ideas a los reformadores. Tanto es así que el Ayuntamiento mandó publicar a sus expensas el libro, del cual en poco tiempo se hicieron dos ediciones.

Celebráronse, mediante sufragio universal, elecciones a concejales y no es de admirar que Fernández de los Ríos entrase a formar parte de la nueva Corporación. Le había dado sus votos el distrito de Buenavista.

Tomó posesión del cargo el 1.º de enero de 1869, fue designado presidente de la Comisión de Obras, pero el 14 de ese mes le vemos con una misión especial del Gobierno, que encubría otra secreta de su partido, ca-



Palacio del señor Xifré. (Grabado en madera de la Guía de Madrid, de don A. Fernández de los Ríos.)

mino de Extremadura. No pudo ser pues mucha su participación en las tareas del Concejo.

Con mayor o menor intervención personal del nuevo edil, la vida municipal en esta época es sumamente interesante y fue ya en su época juzgada con los criterios más dispares.

Que los planes fueron ambiciosos es indudable, que fueran acertados es lo discutible. Que la administración entró en crisis, que se sucedieron los conflictos y que al fin dejó una confusa herencia, son hechos que admiten muy diversas interpretaciones. Sus apologistas hablarán de vicios heredados, de inexperiencias, de interinidades, de que faltos de crédito, de sosiego y de tiempo no pudieron llevar a cabo su programa los gestores revolucionarios. Sus detractores nos hablarán de incompetencia, de precipitación y de inconstancia. Tal vez lo más justo sea pensar en que las ambiciones desbordan los recursos. Prueba de ello es que abrieron caminos por los que luego fue muy difícil avanzar.

Sea como sea, Madrid sufrió una gran transformación. Si los amantes de la Historia hemos de lamentar pérdidas irreparables como la del templo de Santa María, titular de la venerable Parroquia Mayor y más antigua de la villa, o la del convento de Santo Domingo, el máspreciado relicario de nuestro pasado medieval, bien es verdad que quedaron expeditas muchas mejoras que a la larga iban a hacer posible el desarrollo de la capital.

## VII

El año de 1874 hubo de ser penoso para Fernández de los Ríos. Con la Restauración aún habían de aumentar sus aflicciones. Pero no por ello se daría por derrotado un hombre acostumbrado a la lucha y curtido por las desventuras. El 13 de febrero de 1876 fue conducido a la frontera portuguesa, fundándose esta medida en el hecho, cuyo carácter delictivo no era fácil de sostener, de ser el representante de Ruiz Zorrilla. En noviembre gestiones del Gobierno español lograron que el Gabinete portugués le embarcara para Burdeos.

No deja de sorprendernos que en estas circunstancias pusiera mano a una obra que es sin duda su mejor logro. Nadie diría que está escrita en momentos en que la depresión resultaba obligada y la intranquilidad inevitable. Se diría que había de ser fruto de un trabajo sosegado y paciente y de un entusiasmo juvenil y sostenido.

La «Guía de Madrid, manual del madrileño y del forastero», lleva una introducción escrita en Lisboa el 25 de marzo y un apéndice que fecha en Oporto el 29 de junio de ese año. Como vemos, ni la derrota le había impedido escribirlo ni el exilio publicarlo.

Cuanto hemos escrito parece suficiente para darnos la clave de su génesis y su contenido, pero aún podemos extendernos sobre el tema con nuevas consideraciones.

Es curioso observar que en las primeras palabras de la introducción se aluda a Mesonero y a su Manual de Madrid. Es indudable que en esa fecha el insigne cronista puede considerarse jubilado. Y que la presunción de Fernández de los Ríos de que su puesto está desierto, habiéndolo abandonado el titular, es fundada. La consecuencia de esta premisa y del hecho de que un nuevo Manual salga a luz es obvia. Su autor aspira a sustituirle.

Mesonero lo acogerá con una mezcla de suspicacia y benevolencia propia de su posición y de su edad.

No dejará de reconocer su mérito, pero se complacerá en resaltar que no existe novedad ni en la intención ni en la disposición de las materias, y aún podría haber añadido en el caudal de noticias recogido.

Por parte de Fernández de los Ríos no hay, al parecer, resquemor, por más que algún amigo considere poco generosos los plácemes del maestro.

La inspiración es evidente. Y eso que Fernández de los Ríos ha engrosado su guía con múltiples asuntos que Mesonero trata por separado en su «Manual» y en «El Antiguo Madrid». La nueva Guía ha conseguido con indudable acierto fundir ambos temas.

Pero en esta Guía se incrustan con gran habilidad otros propósitos. El primero, poner de relieve la transformación sufrida por Madrid en los últimos años, las mejoras experimentadas, el progreso que ha supuesto la administración revolucionaria.

Esto da pie para hacer amplia referencia a sus proyectos, realizados unos, otros en curso de realización, otros llevados a cabo imperfectamente, otros aplazados y tal vez desechados. No es propiamente una vuelta a «El futuro Madrid», pero sí una justificación y una demostración de su pasada oportunidad y de su actual vigencia. Corolario obligado es la crítica de otras soluciones.

El estilo de su autor se revela en los comentarios. Propenso a ellos era Mesonero, pero su espíritu ecléctico limaba sus aristas y suavizaba su posible causticidad. En Fernández de los Ríos son más agresivos precisamente por ser más extremos y tajantes.

Hemos de reconocer, sin embargo, que estos elementos con que se sazona la descripción no llegan a darle carácter, sobre todo al cabo de un siglo, cuando, en gran parte, se han evaporado sus espíritus.

El lector actual se enfrenta con una masa ingente de datos estructurada con rigor y sencillez. Tal vez se admire de ciertas desproporciones, de algunas disgresiones cuya longitud no parece corresponder a su interés, de determinadas alusiones, a las que el tiempo y el cambio de mentalidad ha hecho extemporáneas.

Pero ha de admirarse al comprobar que esta obra, por su índole, intrascendente, siga teniendo vigencia. Que su autor haya conseguido recapitular el pasado, interpretar el presente y, en cierto modo, revelar el futuro.

Pero quizá lo que hace a esta «Guía» inapreciable es la oportunidad. En ningún otro momento hubiera podido lograrse.

En fechas anteriores Fernández de los Ríos hubiera tenido que competir con Mesonero, y él mismo se reconocía en el fondo incapaz. Por eso le buscó en otro campo, en el que intentó batirle y al menos consiguió desbordarle: el de las feformas.

Sin que los contemporáneos tuvieran clara idea de ello, en 1876 el Madrid de Mesonero había muerto. Un nuevo Madrid nacía, al que iba a ser muy difícil reducir a los viejos moldes de «El curioso parlante». No bien pasasen los años, su extensión, su complejidad, su variedad desbordarían los límites de una «Guía». El nuevo Madrid, el de Fernández de los Ríos, nacía y le ofrecía una ocasión única. Todavía y por poco tiempo era posible el ensayo.

Fernández de los Ríos aceptó el reto y ganó la apuesta. Su «Guía de Madrid» es el más claro, conocido e indiscutible de sus triunfos.

Enrique Pastor Mateos

# LOS CINCO ALCALDES DE FRANCO

Por Tomás BORRÁS

## II

ESTE es el gran Alcalde malo-grado. (Como Alcalde solamente, dicho sea.) Don José Moreno Torres sucedió a don Alberto Alcocer, el equilibrador de Madrid. Después del bátratro y espanto de la guerra, con sus asesinados, sus escombros, su hambre delirante, su desorden bajo fusiles policíacos, sus noches perforadas por proyectiles, sus días de sol que no calentaba, abandonado por los jefes del tinglado —buen ejemplo de cobardía— en manos de los asediadores, que le querían, y de los estranguladores, que le usaban de parapeto, escondiéndose tras él, ciudad abierta, pero cerrada a la misericordia con cerrojo de mauser; una villa sin campo, una sociedad sin Dios, un rebaño debilitado, sumiso en colas silenciosas, sin cristales en las ventanas, sin medicinas ni esperanza, sin ley —sólo la del crimen— acampada en un solar que se deshacía, sonando a estampido, respirando grosería, con su norte en la salvación del rescate, «¡Que entren pronto, Dios mío!», soportando asco y deshonra, peleles sin ánimo cogidos por el pescuezo por peleles sin alma; Madrid, cuando sacó la cabeza del agua, se dijo, con Moreno Torres: «Es el momento de la grandeza, por desquite».

A eso se puso Moreno Torres, también conde de Santa María de Babio, madrileño, ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, hombre de media edad, unos cuarenta y tantos, erguido, vigoroso, acometedor, valiente, técnico sabio, político decidido.

La conciencia española tenía un anhelo: hacer las cosas de modo que, como aquellos que construyeron la catedral de Sevilla, se creyeran las gentes que los rige Madrid se habían vuelto locos. Había en Es-



paña, posguerra, tal ansia de grandor y esplendor, de ser y no aparentar, de subir los cenits y no estar enanada, de ocupar un asiento en la mesa del mundo, no despreciada y aparte, que la palabra Imperio se le salía de la boca. ¡Bienhaya el pueblo que sueña nubes, así no tropezará con lo vulgar mostrenco y el apocamiento miserable! Quijano soñó nubes amenazadoras y las superó; la España de Franco se consideraba superior a las Españas no chiquitas, constitucionales y marcadas de derrotas, y se fortaleció de mente y de músculos para saltar sobre su porvenir, y apresarle. Aguila otra vez, y no gurriato.

Sin duda a Moreno Torres la con-signa que le dio Franco era la que andaba por las conciencias y se repetía en la calle. «¡Volvamos a ser!» Que era medir por raseros de infinito. Si muy grande había sido la España de los Austrias, era preciso repetirla. Los bajos de techo y cortos de resuello estaban o en el cementerio, o huidos. Que digan que estamos locos, pero que no nos repitan que seguimos encanijados.

Así, como era la tarea construir una España poderosa, sin soberbia mas sin recorte, así había que levantar el primer hito, que era la capital. Una capital poderosa al sospechado estilo del año 2000, como la España que representaba era, asimismo, la de entrar en el otro siglo alborotando inercias. «Querido Moreno Torres, hágame usted un Madrid que pueda medirse hombro a hombro con las capitales máximas. Alcocer lo ha puesto a nivel de anteguerra. Usted puede hacerle crecer y ensancharle a dimensión futurista.»

Tenía razón Franco en aspirar al Madrid contando por millones y no por ochavos, y considerarle cabeza de un cuerpo gigante y a su escala. Y también sabía a quién le encomendaba la hazaña. Moreno Torres fue su mano derecha en «Regiones Devastadas». ¿Qué era aquello? La guerra se libra sobre el cuerpo tendido de un país. Y ese cuerpo sufre mutilaciones, heridas y parálisis en y después de la contienda. España salió de la segunda Cruzada con más de trescientos pueblos tan seriamente lesionados, que se temía por su pervivencia. Y con algunos más absolutamente despedazados y perdidos. Franco acudió a tal desastre con su energía y eficacia habituales. Creó un organismo, «Regiones Devastadas», dotado con elementos para restaurar lo dañado, o volver a



1946.—Imposición de la Medalla de Oro de Madrid a don Jacinto Benavente.



1946.—Desaparecen las columnas centrales de la Gran Vía.

construir lo aniquilado. Las heridas eran estudiadas por un grupo de ingenieros y arquitectos, y puestas en servicio —o sea en habitabilidad— en cuanto se cumplía la labor de cicatrización u ortopedia urgentes. Así se tardó meses nada más en devolver a la salud a las pequeñas ciudades y aldeas, como asimismo los grandes puertos y las urbes cosmopolitas en las que se encarnizó la lucha. Era otro tipo de guerra, ésta para bien: salvar. Llevada con el mismo entusiasmo encarnizamiento. Poco a poco —en compás acelerado— surgieron remozados y alegres, borrada toda cicatriz, los pueblos caídos. Y mejores que sus predecesores en el apelativo.

Algunos estaban tan en ruinas, que Franco, además de la labor de «Regiones Devastadas», tomó medidas no para recomposición, sino para resurrección. Eran los que llamaba «pueblos adoptados», protegidos por su manos providente, y a los que se dedicaba, muy especial, el actuante organismo. De la nada volvían a surgir. Como se demuestra, la obra de «Regiones Devastadas» era delicadísima, tecnicísima, hija del sacrificio y del entusiasmo. Precisamente aquellos miembros de la comunidad española amputados o tórtigos deberían figurar presentes con rapidez y hasta con lujo en la Gran Parada de las nomenclaturas totales. El capitán lo deseó con fuerza de corazón, y en ello puso su tremendo empuje el equipo a quien se encomendó la tarea de quirófano constructivo, al frente del cual estaba Moreno Torres.

Este nombramiento indica cuánta era la energía, la eficacia y la sabiduría del personaje. Rehacer el cuerpo de España (lo hizo en menos de dos años) era para un titán. Moreno Torres lo fue. Cuando coronó su tarea, Franco le señaló un Madrid «puesto en forma» por Alcocer, advirtiéndole aquello de «Hay que hacer la capital acorde con nuestra idea de España».

A Moreno Torres no le hacían falta explicaciones. Era de visión a escala con la concepción de la Era naciente. Aquél era trabajo para inmortalidad. Madrid saldría de sus manos multiplicado y perfecto: el Madrid del año 2000 con que se soñaba: el de los cinco millones de habitantes, calculados con precaución. Por su parte, Madrid crecía entre las manos de nuevo Alcalde como géiser de espuma.

Pero... hay un pero de dimensión gravísima. Oigamos al mejor analista



*Plaza de Oriente.*



*1947.—En 9.500.000 pesetas vendió el Ayuntamiento este solar, situado en la avenida de José Antonio.*



*1946.—Homenaje al maestro Azorín.*



1948.—Puerta del Sol.

todas las vías de acceso hasta la plaza de Oriente (19 de diciembre de 1946) en una de las más hermosas explosiones de entusiasmo popular que registra la Historia contemporánea. Pero el cerco era tenaz. Por Madrid circulan pocos coches y con gasógeno. Los transportes públicos son escasos y deficientes. Durante el mandato de Moreno Torres se crea la Comisaría del Gran Madrid. A la tenacidad y al ingenio del conde se deben en gran parte las líneas maestras de la profunda transformación sufrida por la ciudad durante el régimen de Franco.»

La síntesis de Antonio Izquierdo es alusiva. Hay que ampliarla con el recuerdo ahincado de los sucesos a que alude. La primera manifestación de adhesión popular a Franco y a su política, aquella inicial reunión en la plaza de Oriente —luego hubo, para Franco, dos más— hundió la ofensiva de los masones, marxistas «y demás raleas» a que aludía Pío Baroja, que desde la inútil y ridícula ONU procuraban hacer ganar la paz a quienes habían perdido la guerra. Si no hay un segundo alzamiento el año 46, si España se achica, si la politiquería de los partidos interviene con sus grietas y arenas movedizas, Franco es arrollado por sus enemigos disfrazados de «demócratas» y no se puede sostener al frente de una nación que había luchado para anular a la fatídica y democrática Antiespaña. Pero Madrid, en representación legítima de todo el pueblo español, se mantuvo compacto, unánime, decidido y empujante, apoyó a

del Ayuntamiento de Madrid, a Antonio Izquierdo: «El 22 de marzo de 1946 es designado alcalde de Madrid, a propuesta del ministro de la Gobernación, don José Moreno Torres, conde de Santa Marta de Babio. Hasta entonces había dirigido una labor agotadora en la Dirección General de Regiones Devastadas. «Vengo decidido —dijo— a desarrollar las obras necesarias que corresponden a la capital de España». Don José Moreno Torres es un alcalde dinámico. Tuvo que luchar contra la precariedad de medios económicos. Sólo unos meses después de su nombramiento, la ONU condenaba a España. Al frente de Madrid, en el ejercicio de un profundo sentimiento capitalicio, don José Moreno Torres marcha con medio millón de personas a testimoniar ante el Jefe del Estado el firme propósito de independencia. Una riada humana acude por



1948.—Obras del 5.º tramo de la Gran Vía.

su Caudillo, entre otros méritos por el de tener razón, y abortó la escandalosa intromisión de la ONU, sede del fracaso y la propaganda «anti», puchero donde se cocieron las intrigas contra nuestra independencia. Moreno Torres, apenas se había sentado en su sillón de alcalde presidente, tuvo que tomar a pulso su Ayuntamiento, ediles y representantes en masa, y acudir a cerrar la brecha. Magnífico y asombrante espectáculo el de la plaza de Oriente que frenó los impulsos españolicidas y terminó de vencer a los agresores, que tenían definitivamente perdida la paz, después de haber definitivamente perdido la Cruzada. Sólo este hecho bastaría para que el nombre de Moreno Torres se inscribiera en la lista como de uno de los grandes alcaldes de la villa, que volvía a ser Corte, pues Franco era un rey natural. Aunque existía, en su tiempo, otra circunstancia que acrecentaba su mérito.

Todos los que han vivido el período de los años cuarenta saben de las estrecheces que sufrió España, con el fabricado «cerco» de los vencidos a los vencedores. Se nos retiraron los representantes diplomáticos, se cerraron las fronteras y se nos comunicó que había terminado el comercio de España con los demás Estados del mundo. La condena monstruosa salió de la farsa denominada Naciones Unidas. Unidas para la injusticia y el desquite del despecho. Nuestro delito había sido evitar la soviétización de Europa y defender a las mismas naciones que se unían para la brutal injuria, que negaba la esencia misma de la civilización. Tan sólo países libres como El Salvador, Argentina y no recuerdo si alguno más, se negaron a cumplir el ukase impuesto por los stalinés cuya bota tenía debajo la cabeza del viejo continente de la Cristiandad. Mas el efecto en España fue paralizador. Mientras los Estados Unidos con su «Plan Marshall» llenaba de dólares ¡hasta a sus enemigos!, la España que se batió por Europa por segunda vez, en otra Cruzada como la que duró ocho siglos, padecía carencia absoluta de todo: hasta de cordialidad.

Fue el momento —que duró años— de la cartilla de racionamiento, de las colas ante tiendas vacías, de no poder reparar una avería de cualquier clase, por carecer de herramientas y aparatos sustitutos de lo destrozado. Y como espectáculo, aquellos automóviles, autobu-



1948.—En el aniversario de la Liberación de la capital, Franco recibe al Ayuntamiento.



1948.—El Jefe del Estado inaugura el 5.º tramo de la Gran Vía.



1948.—Calle de la Montera.



1948.—Gran Vía: «Edificio Capitol».



1949.—El primer trolebús por la Castellana.

ses y camiones con polisón de gasógeno detrás, resollando fatigosamente por las cuestas, sin poder subirlas. España, entregada a sí misma, sin gran industria aún, aislada, como apastada del casi entero mundo, recaía lenta y diariamente. Un poco más, y el «cerco» convertiría en Numancia, acto tercero incluido, todo el territorio.

Los enérgicos propósitos, los pensados planes, la imaginación del alcalde Moreno Torres, admirable temperamento para crear una ascensión, quedaban en suspenso. Adiós al Gran Madrid de la Gran España. Pues ni España ni Madrid tenían derecho a vivir y progresar, sino sólo obedecer representando en el teatro del mundo el papel de cipayos.

No obstante todos los inconvenientes, Moreno Torres se lanzó a pequeñas hazañas municipales de las que destacaré dos: cambiar el pavimento de Alcalá, desde Sevilla, y transformar la Puerta del Sol en escaso tiempo, comenzando la serie de galerías visitables subterráneas donde se instalaban los servicios; y después hacer lo mismo con la calle de la Montera y con la Red de San Luis. De modo tan inesperado, no usado y fulminante, que los comerciantes de Montera le rindieron un homenaje. Pues en excavar y construir esas galerías, despellejar las vías y montar otro pavimento inmejorable, tardó el alcalde 26 días. Es insuperable la marca, y demuestra el dominio que el célebre ingeniero tenía sobre las materias urbanísticas, después de sus logros en «Regiones Devastadas». Muestra, además, de su genio como regidor de la villa con métodos insuperables.

En su época asimismo se crearon los jardines de Cecilio Rodríguez en el Retiro, presididos por un busto del jardinero benefactor de Madrid. Y la capital alcanzó la cota de un millón quinientos mil habitantes, aunque ello no sea atribuible al señor alcalde, naturalmente. Si lo indico es como dato de la aptitud asimiladora de la villa, que aun en sus momentos de depresión es capaz de añadir grandezas a su grandeza. Y ninguna más de destacar, sino la confraternidad humana.

Las calzadas fueron favorecidas con un ensanche limitado tan sólo por la necesidad de dejar aceras para peatones. Cayeron hileras de árboles, quizá la mitad de los que adornaban las vías, pero el motor, aunque fuera de carbón y estufa, exigía paso anchuroso para no quedar en

congestionador perpetuo de las calles. Sacrificio que hizo Madrid a los avances del bienestar... si es que el automóvil es amigo del hombre y no uno de sus feroces enemigos.

También intervino Moreno Torres en «los accesos», que fueron pesadilla del Ayuntamiento hasta la época de Carlos Arias Navarro. La avenida de la Paz se instrumentó en su época de bastón de mando, y fue una realidad la autopista de Barajas. Y, para el paletismo, registremos que el primer rascacielos de Madrid (donde se los denomina rascasuelos) se edificó bajo Moreno Torres. Es la casaca de la plaza de España. Después le acompañó la Torre de Madrid. Antes habían nacido las casacas de Reina Victoria. Todo ello lleva la firma de los hermanos Otamendi, grandes favorecedores y adelantados de la capital.

Todo lo que el alcalde puede emprender sin importación de equipos o materias primas exteriores no lo deja para después. España tenía ladrillos, piedra, cemento, cal y yeso, y con ello se levantan casas, por ejemplo. Lo que no pudo improvisar el alcalde fue la máquina, el aparato, los instrumentos de la complicada Era científica. Ni había dinero ni posibilidad de lograr permiso para importar elementos no especiales y vivir con el engrandecimiento y la facilidad de los demás pueblos, los ingratos. Por eso Moreno Torres fue víctima de una circunstancia infausta, como alcalde, cuando hubiera sido uno de los mejores.

La pesadilla del conde de Santa Marta de Babio eran los transportes. En ello sí que estaba atado de manos y pies. No podía renovar las vías de los tranvías, no podía sustituir su chatarra con líneas de autobuses, ni cambiar los precisos elementos de cualquier clase, no podía multiplicar los taxis... Para resolver la grave cuestión eran inútiles las iniciativas y los estudios. Todos terminaban en importar. Y España era una isla rodeada de negativo odio.

Se hizo una campaña de prensa pidiéndole que arreglara la línea tranviaria que descendía desde la calle de Toledo hasta la vaguada del Manzanares, pasando por la glorieta de las Pirámides y el Puente de Toledo. Moreno Torres no contestaba, pues tampoco quería exhibir sus irremediables apuros e imposibilidades a la ciudad, agregando otro argumento a su desconsuelo. Y cuando más enconado estaba el asunto —sabido es que en tiempos de censura se



1949.—El edificio España, en construcción.



1950.—La Puerta del Sol, una vez más en obras.



1951.—Inauguración del parque Eva Duarte de Perón.



1952.—Todavía el Manzanares tenía posibilidades de desbordamiento.

permite el libre examen del Ayuntamiento, pues por ahí desaguan las hostilidades— un tranvía chatarrero abarrotado de viajeros cae —verbo exacto— desde la Puerta de Toledo por la cuesta abajo, se estrella en el pretil del puente, lo salta y cae al río. Dolorosa catástrofe.

De la cual fue también víctima Moreno Torres. Como si él dispusiera de vehículos nuevos, y de carriles, y de gasolina, y de repuestos, y de cuantos elementos integran los transportes, «tuvo la culpa» del accidente. Y fue cambiado de puesto. En el cual había dado muestras del mayor celo y de la mejor iniciativa. Pero la opinión pública «es así». El 5 de junio de 1952, José Finat y Es-



Paseo del Prado

crivá de Romaní, conde de Mayalde, sustituía al sin culpa.

Al Alcalde «mejor» se le había ocurrido otra «ideica» después usada al implantarla Arias Navarro, de recordación en piedra blanca: los recintos, calles y plazas, libres de circulación de vehículos, sólo para peatones. Las que hoy se denominan para «peatonaje», barbarismo. Moreno Torres consideraba que había Madriles varios, uno el andaluz, por cierto de suma influencia en el desarrollo y en el carácter de la villa y Corte. Y vio que el centro de Madrid estaba muy congestionado de tránsito o, como le llaman, «tráfico», otro vocablo pésimo en este empleo. Se propuso, pues, y lo anunció, limitar para solo personas el perímetro entre Espoz y Mina, el respaldo de Cruz y Carrera de San Jerónimo, dedicándolo a divertimientos: colmados, despachos de localidades, cafés, restaurantes flamencos, círculos y cuanto se le ocurriera al público. Un cogollo de pasarlo bien en el barrio del Sol. Lo que fue luego, salvo el carácter sevillano-malagueño, la calle de Preciados, una isla de bienestar, descanso y expansión, sin ruido de máquinas ni peligro de ruedas. Una visión de lo múltiple de Madrid. Un lugar para citarse, beber y charlar. Una delicia.

El Dinero —o lo sin Dinero— tuvo la culpa de que no cuajase. Otra vez bajo García-Lomas resucitó la «ideica» y tampoco se realizó. Madrid no tiene suerte continua. Sólo muy de vez en vez. Pero comprueba esa iniciativa, cómo Moreno Torres se sabía Madrid y pudo darle la vuelta.

# TRES ANTECEDENTES OCHOCENTISTAS DE LA ACTUAL SOCIEDAD GENERAL DE AUTORES DE ESPAÑA <sup>(1)</sup>

Por Federico Carlos SAINZ DE ROBLES

**H**ACE casi dos años estuvieron a visitarme, en la Biblioteca de la Sociedad General de Autores de España, dos caballeros de mediana edad, quienes me presentaron —con la oferta de compra— varios folios manuscritos, no limpios de humedad, y algunos impresos, todos ellos curiosísimos testimonios irrefutables de la existencia en Madrid, entre 1880 y 1884, de una Sociedad de Autores y Compositores y Propietarios Dramáticos, cuya misión era determinar los derechos de autor y su cuantía, su cobro y su defensa ante los Tribunales de Justicia. Tanto los manuscritos como los impresos me parecieron de un interés sorprendente, y tan importantes que, por mi consejo, la S. G. A. E. los adquirió para enriquecer su archivo.

Mi resolución inmediata fue darlos a conocer en alguna revista literaria o en el Boletín de la Sociedad. Por motivos que no me son imputables, la demora se fue alargando hasta este mes de 1976. Y ahora, en la admirable revista VILLA DE MADRID, editada por nuestro Ayuntamiento, y por ser tema muy afín con los netamente matritenses, inicio la publicación de estos testimonios curiosos. Pero no empezando por la copia de los que acabo de mentar, sino por otros documentos no menos importantes, igualmente irrefutables, pruebas contundentes de que aún antes hubo antecedentes pre-

claros de nuestra actual Sociedad. En 1844, la titulada Sociedad de Autores Dramáticos Españoles. Y en 1875, la titulada Asociación General de Escritores y Artistas Españoles. Y precisamente para enfrentarse con esta Asociación (que nada tuvo que ver con la de 1844) fue fundada aquella de 1880 a la que me he referido en el principio. En la de 1875 sólo se agruparon los escritores y artistas (ellos se lo guisaban y ellos se lo comían). En la de 1880, a los autores se unieron ciertos empresarios (no ajenos a cierta usura). Y aún puede afirmarse que en tal unión preponderaron los empresarios hasta casi acoger a los autores, a quienes compraban sus obras pagando sus hambres en reales isabelinos y alfonsinos. Y contra estos empresarios se fundó, en 1901, la Sociedad de Autores Españoles, que con el tiempo, en 1932, alargó su denominación así: Sociedad General de Autores de España.

Como es lógico pretendo dar a conocer los tres antecedentes ochocentistas y matritenses por riguroso orden de antigüedad. Pero quiero antes rendir mi agradecimiento incondicional a don Antonio Matilla Tascón, director del Archivo Histórico de Protocolos de Madrid, feliz descubridor de la total noticia del primer antecedente —1844— y de gran parte (otra me era conocida por los primeros testimonios que he mencionado) de los

del segundo antecedente —1875—. Los hallazgos, repito que felicísimos, del señor Matilla Tascón, le saltaron en el mentado Archivo de Protocolos con los números 257, folios 4 a 11, en el despacho del escribano don Ruperto Raya, y 231, folios 2.862 a 2.892, respectivamente. El señor Matilla Tascón comunicó sus hallazgos al notario de Madrid y consejero de la S. G. A. E., señor García Noblejas. Quien tuvo la deferencia de entregarme excelentes fotocopias de todos los preciosos documentos. A los dos, en nombre de la S. G. A. E. y en el mío, doy las más cordiales gracias.

Curiosísimo antecedente el de la Sociedad de Autores Dramáticos Españoles, cuya escritura pública se formalizó el 5 de enero de 1844 (1). Escritura que instaron y firmaron famosísimos escritores «del pleno Romanticismo» tanto literario como artístico (2): Duque de Rivas, Manuel Bretón de los Herreros, Leopoldo Augusto

de Cueto, José María Díaz, Antonio Gil de Zárate, Eugenio Hartzenbusch, Luis de Olona, Tomás Rubí, Ramón de Navarrete, Luis Valladares... Y a renglón seguido de los últimos comparecientes, el texto de la dicha escritura, que ustedes podrán leer, artículo a artículo, a continuación. ¿Cuánto tiempo vivió esta Sociedad de Autores Dramáticos Españoles? ¿Consiguió siquiera tener efectos decisivos? Lo dudo. Y es de notar que no se adhirieron a ella autores románticos de la alta jerarquía del marqués de Molins (José Roca de Togores), Antonio García Gutiérrez, Ventura de la Vega, Martínez de la Rosa, José Zorrilla, quien precisamente en este año 1844 había vendido en el irrisorio precio de ochocientos reales la más famosa e imperecedera de sus obras: Don Juan Tenorio.

Y sin nuevas digresiones, paso a reproducir la escritura de constitución de esta Sociedad de 1844.

Enero, 5 de 1844.

Escritura de Sociedad de Autores Dramáticos de esta Corte, otorgada por el Excmo. Sr. Duque de Rivas y los Sres. D. Manuel Bretón de los Herreros, D. Leopoldo Augusto de Cueto, D. José María Díaz, D. Patricio de la Escosura, D. Carlos García Doncel, D. Antonio Gil de Zárate, D. Isidoro Gil, D. Juan Eugenio Hartzenbusch, D. Ramón de Navarrete, D. Tomás Rubí, D. Luis de Olona y D. Luis Valladares.

En la Villa de Madrid, a cinco de enero de mil ochocientos cuarenta y cuatro, ante mí el infrascrito Secretario honorario de S. M., Escribano del Ilustre Colegio de esta Corte y testigos, el Excmo. Sr. D. Angel de Saavedra, Duque de Rivas, y los Señores D. Manuel Bretón de los Herreros, D. Leopoldo Augusto de Cueto, D. José María Díaz, D. Patricio de la Escosura, D. Carlos García Doncel, D. Antonio Gil de Zárate, D. Isidoro Gil, D. Juan Eugenio Hartzenbusch, D. Ramón Navarrete, D. Tomás Rodríguez Rubí, D. Luis Olona y D. Luis Valladares y Garriga, vecinos de esta Corte, todos de mancomunidad y cada uno por su derecho propio. Dijeron: Que habiendo tratado de formar entre sí Sociedad de Autores Dramáticos en esta Capital, bajo los auspicios del señor Don José de Salamanca (3), vecino y del Comercio de la misma, han conferenciado en diferentes reuniones y han tenido sobre el modo y forma de establecerla, viniendo por fin a convenir en los términos en que ha de hacerse y deseando constituirla por medio de escritura pública y con todas las solemnidades legales, para que tenga cumplido efecto, por el presente instrumento en la vía y forma que más haya lugar en Derecho, otorgan: Que fundan y establecen Sociedad de



ANTONIO GARCIA GUTIERREZ

Autores Dramáticos Españoles en esta Corte bajo los auspicios del Sr. D. José de Salamanca, en la cual registrarán, guardarán y observarán los artículos en que se han convenido y expresan los Capítulos siguientes:

**CAPITULO PRIMERO.**—De la Sociedad y de su objeto.

Art. 1.<sup>o</sup> La Sociedad de Autores Dramáticos Españoles se compone de los Señores Duque de Rivas, D. Manuel Bretón de los Herreros, D. Leopoldo Augusto de Cueto, D. José María Díaz, D. Patricio de la Escosura, D. Carlos García Doncel, D. Antonio Gil de Zárate, D. Isidoro Gil, D. Juan Eugenio Hartzenbusch, D. Ramón Navarrete, D. Tomás Rodríguez



FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA

Rubí, D. Luis Olona y D. Luis Valladares y Garriga.

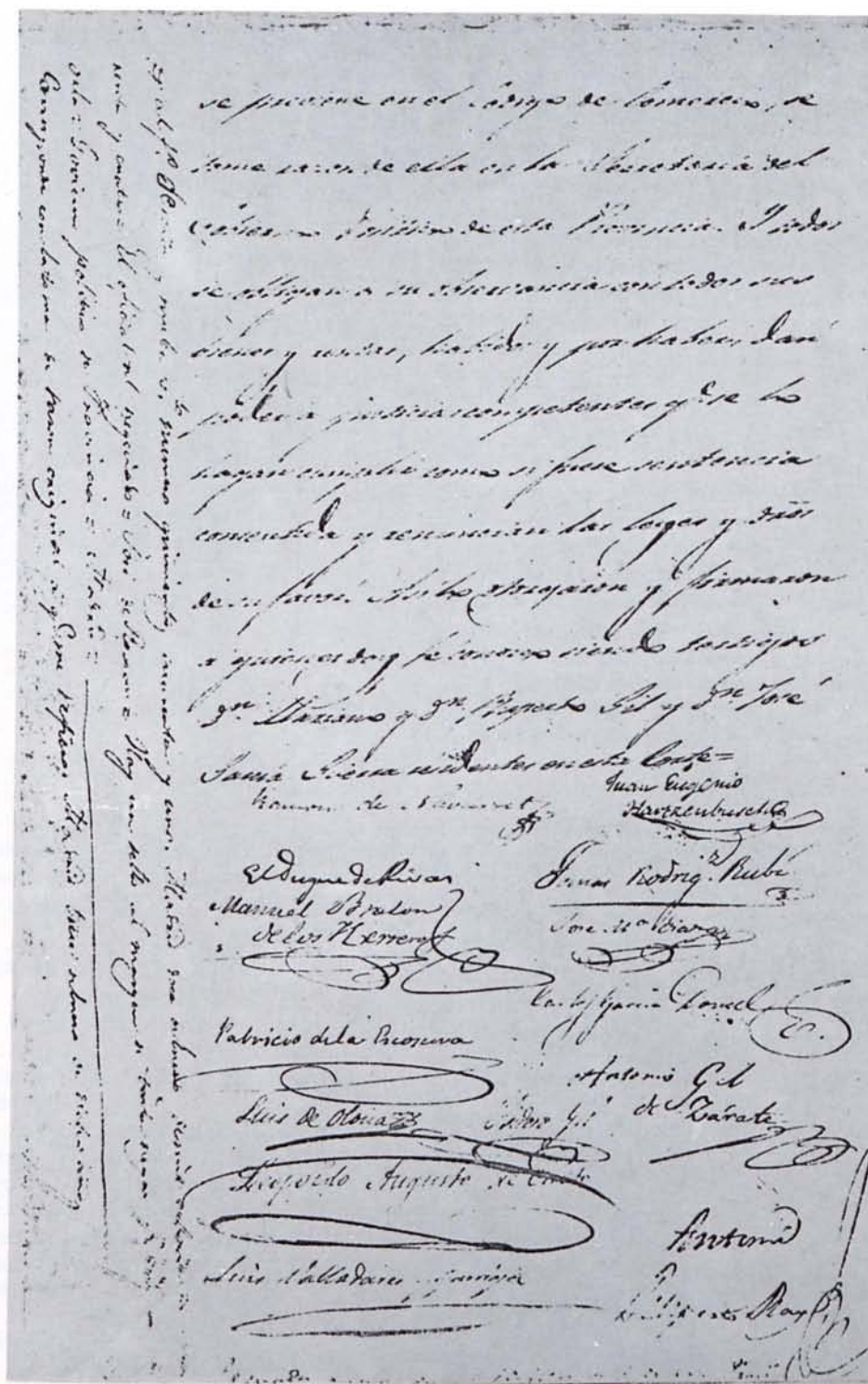
Art. 2.<sup>o</sup> Esta Sociedad tiene por objeto imprimir las obras dramáticas y dar impulso a su representación y a su venta, conservando su propiedad y sus productos a los autores.

Art. 3.<sup>o</sup> Las obras serán indistintamente originales o traducidas.

Art. 4.<sup>o</sup> La Sociedad no imprimirá mas obras que... (4) en los Teatros principales de Madrid y con sujeción a las reglas que más adelante se establecerán.

Las que se representen en el Liceo se podrán imprimir también previa la aprobación de la misma Sociedad.

Art. 5.<sup>o</sup> Se encarga de recaudar



Facsimil del último folio de la Escritura de Fundación de la Sociedad de Autores Dramáticos Españoles.

las cantidades que dieren los Teatros de las Provincias por derechos de representación. Las que se den en los Teatros de Madrid quedarán desde luego a beneficio del autor; mas podrá la Sociedad, de acuerdo con éste, encargarse también de su recaudación.

Art. 6.º Igualmente se encarga de la venta de las obras originales y de la recaudación de sus productos.

Art. 7.º Hará con las Compañías Cómicas, autores o empresarios y con los libreros aquellos tratos que sean más conducentes a los fines de su

Art. 8.º Hará también con el Gobierno y las Autoridades todas las gestiones que juzgue necesarias para mejorar la suerte de los ingenios y de los Teatros, garantizar la propiedad de las obras y facilitar el cobro o incremento de sus productos.

Art. 9.º Admitirá las obras de autores que no sean de su seno, bajo las condiciones que con ellos estipule.

Art. 10. Podrá imprimir también, si lo creyere útil, las obras de nuestros poetas antiguos y todas aquellas que hayan caído en el dominio público.

Art. 11. Establecerá a su debido tiempo un periódico, redactado por sus propios individuos, para difundir las buenas doctrinas literarias, suministrar a los Teatros de las Provincias cuantas noticias requiera la buena ejecución de las obras, y si fuere necesario, sostener los intereses de la Corporación y de los Socios.

Art. 12. La Sociedad podrá admitir en lo sucesivo nuevos socios en su seno, bajo las condiciones que para este caso se establezcan a principio de cada año.

## CAPITULO SEGUNDO

Derechos y obligaciones de los socios.

Art. 13. Los individuos citados en el artículo primero se comprometen a formar parte de la Sociedad por espacio de diez años.

Art. 14. Entregarán a la Sociedad, para los efectos del artículo segundo, cuantas obras dramáticas circulen y se representen en los Teatros principales de Madrid. Las que no se representen quedan a su disposición para hacer de ellas el uso que tengan por conveniente.



Marqués de Molins.





Ventura de la Vega.

*encargado del depósito y administración de sus fondos.*

Art. 30. El mismo recaudará todos los valores a que tenga derecho la Sociedad.

Art. 31. La entrada y salida de caudales en poder del encargado, se harán en los términos que por reglamento particular se determine.

Art. 32. Asimismo será objeto de disposiciones particulares el modo de cobrar toda clase de rendimientos que tenga la Sociedad y sus relaciones con empresarios y librereros.

## CAPITULO QUINTO

Del Gobierno de la Sociedad.

Art. 33. La Sociedad se rige por sí misma en Junta General.

Art. 34. La Sociedad nombra un Director que la gobierne... (5)

Art. 35. Todos los individuos de la Sociedad tienen obligación de aceptar y cumplir las comisiones que les dé el Director para la mejor Administración de sus intereses.

Art. 36. Los cargos de Director y



Luis de Eguilaz.

consiente y lo aprueba la Sociedad; en cada edición se pondrá el número que le corresponda.

## CAPITULO TERCERO

De las anticipaciones

Art. 27. Las anticipaciones que se harán a los Socios serán, por ahora, las siguientes:

Por cada obra original, en prosa o verso, de tres o más actos, tres mil reales, siempre que el autor tenga ya cuatro obras de esta clase representadas en los Teatros, pero si no las tuviera, la anticipación será solo de dos mil reales.

Por las obras en dos actos, mil quinientos reales.

Por las de un acto, mil reales.

Por las traducciones, en tres o más actos, mil reales.

Por las de dos actos, quinientos reales.

Por las de un acto, cuatrocientos reales.

Art. 28. Por las traducciones en verso y las refundaciones de Comedias antiguas, abonará la Sociedad la anticipación que para cada caso particular acuerde.

## CAPITULO CUARTO

De los fondos de la Sociedad.

Art. 29. La Sociedad tendrá un



Eugenio Hartzenbusch.

Secretario son anuales, gratuitos y obligatorios, pero el que haya ejercido cualquiera de ellos durante un año, no se le podrá exigir que continúe el siguiente ejerciéndolos.

Art. 37. El Director de la Sociedad la presidirá en las Juntas Socia-

les, y en su defecto, el socio de más edad.

Art. 38. La Junta General se reunirá una vez al mes en sesión ordinaria, y en extraordinaria, siempre que el Director lo estime conveniente.

Art. 39. Son atribuciones de la Junta General:

1.<sup>a</sup> Modificar los Estatutos y Reglamentos de la Sociedad.

2.<sup>a</sup> Examinar, glosar y aprobar las cuentas en las épocas que determine.

3.<sup>a</sup> Resolver todos los asuntos importantes o que el Director someta a su deliberación.

4.<sup>a</sup> Aprobar todos los contratos con autores, empresarios y librereros.

5.<sup>a</sup> Establecer el método de administración de todos los intereses de la Sociedad.

6.<sup>a</sup> Admitir para su impresión y demás efectos las Comedias ya originales, ya traducidas que presenten los que no sean socios.

7.<sup>a</sup> Determinar la época, modo y forma en que se hayan de hacer entre los socios los repartimientos correspondientes a las ganancias generales de la empresa.

Art. 40. La mitad más uno de los Socios existentes en Madrid constituyen Junta General.

Art. 41. Será cargo del Director: ... y cuidar con sujeción a ellos de la administración de todos los intereses de la Sociedad.

2.º Entenderse, en nombre de la Sociedad, con todos los autores, librerías y empresarios.

3.º Cuidar de la impresión de las obras, de su circulación, venta y custodia.

4.º Tener a su disposición todos los dependientes que sean necesarios y que apruebe la Junta.

5.º Autorizar la correspondencia que llevará el Secretario.

6.º Tener su Visto Bueno en las cuentas para presentarlas, tanto a la Junta General, como a cada socio, en la parte que le interese.

Bajo cuyos artículos, y los demás en Derecho necesarios, formalizan esta Sociedad, obligándose todos los otorgantes a observar, guardar y cumplir cuanto en aquéllos dejan estipulado con la religiosidad y buena fe que es propia de todo contrato, sin ir contra su tenor en manera alguna, pues si lo intentaren por el mínimo hecho, quieren se entienda ratificada esta escritura y dichos artículos y que la demanda que en su razón se interponga sea repelida de plano y con las costas, consintiendo que si por alguno se faltare al cumplimiento de lo pactado en dichos artículos, total o parcialmente, se le compela a él por todo rigor de Derecho y la vía más breve sumaria y ejecutiva que haya lugar y que sean de su cuenta todos los gastos, perjuicios y costas que con tal motivo se invoquen a las demás partes contratan-



Emilio Arrieta.

tes, cuyo importe defieren en su relación jurada con relevación de otra prueba. Queriendo, asimismo, que para que conste la Sociedad que por esta escritura constituyen y surta todos sus efectos conforme se previene en el Código de Comercio, se tome

razón de ella en la Secretaría del Gobierno Público de esta Provincia. Y todos se obligan a su observancia con todos sus bienes y rentas, habidos y por haber, dan poder a justicias competentes que lo hagan cumplir como si fuese sentencia consentida y renuncian las leyes y daños de su favor. Así lo otorgaron y firmaron, a quienes doy fe conocer, siendo testigos D. Mariano y D. Ruperto Gil y D. José García Guerra, residentes en esta Corte.—Ramón de Navarrete. Juan Eugenio Hartzenbusch. El Duque de Rivas. Manuel Bretón de los Herreros. Tomás Rodríguez Rubí. José María Díaz. Patricio de la Escosura. Carlos García Doncel. Luis de Olona. Antonio Gil de Zárate. Isidoro Gil. Leopoldo Augusto de Cuetos. Luis Valladares y Garriga. Antonio (ilegible). Rubricados.

(1) Véase el facsímil número 1.

(2) Pueden leer las firmas en el facsímil número 2.

(3) Don José de Salamanca (Málaga, 1811 - Carabanchel, Madrid, 1883) era ya en 1844 opulento financiero, decidido mecenas de las letras (a las que inclusive se dedicaba pudoroso). En 1833 fue diputado por vez primera. Se decía que en 1843 su firma tenía más garantía que la del Estado.

(4) Falta: [las estrenadas]

(5) Posiblemente la palabra que falta es [temporalmente]



## Historietas madrileñas

# EL KURSAL DE LA MAGDALENA

Por Antonio DIAZ-Cañabate

**A**TILANO el Malqueda presumía de haber nacido en la mismísima calle de Lavapiés, y su compadre, el señor Lucio el Machaca, le decía con acento que igual podía ser en serio que de choteo.

—Hay que ver, Atilano, tanto pote con tu Lavapiés y no te los has lavao en jamás de los jamases, que bien lo vi en agosto pasao cuando nos descalcamos pa refrescarnos en una charca de la Pedriza de Manzanares una tarde que se asaban los pájaros en el aire y la verdaz, te lo digo como lo siento, daba repeluznos mirarte la roña, porque el que más y el que menos tenemos entre los dedos

de los pies una cosa como pelusilla negra, pero de ahí a tener como tienes tú los pinreles desde el tobillo hasta la punta del dedo gordo cubiertos de una costra que se da un aire a las ostras, va mucha diferencia. Yo que tú me los lavaba los días señalao del año, tres o cuatro por lo menos.

—Quizá que quizá pueda ser que tengas razón, pero es que el agacharse parece que no y pa mí es un trabajo muy trabajoso.

—Por algo te llaman el Malqueda, porque quedas mal hasta con el cuido de tu persona si se te puede llamar persona.

—Ahí metes el cuezco. Fue a mi señor padre al que le pusieron el mote, yo lo he heredao como heredan los marqueses su título.

—Pues te viene que ni de perillas porque no se dice lo descuidao, lo enredador, lo mete sillas y saca bancos que eres y no es que seas mala persona, es que por tu carácter quedas mal con too el mundo y por lo visto lo mismo le ocurría a tu señor padre. Es cuestión de caracteres. Unos heredan de sus papás miles de pesetas y otros se tienen que contentar con recibir sólo el carácter paterno pa in secula seculorun.

—Toda esa rociada que acabas de



enjaretarme, ¿a qué viene si puede saberse? Que sí se podrá, vamos digo yo.

—A que entodavía te estamos esperando en la taberna del Raposo desde la tarde de antiayer.

—Me se olvidó lo que se dice totalmente, cosa que le pasa a cualquiera.

—Conformes de toda conformidad, pero es que a ti te ocurre un día sí y otro también y cuando el plantón se le da a un sujeto en particular mal está, pero vamos puede tolerarse, pero cuando son tres individuos de toda tu amistad con los que has quedado solemnemente comprometido a ir a jugarte unos callos y unas torrijas, el plantón es como pa recibirte, no bajo palio, sino bajo una manta de palos que te dieran todos en la cabezota por morral y mal queda.

—Mira Cipri, sabes que te estimo desde que, va ya pa muchos años, fuimos los dos vocales de la junta del partido feral del distrito de la Latina, sabes lo que me priva el juego del mus, luego puedes suponerte que cuando sus hice rabona fue por olvido total y asoluto de la cuestión y por lo tanto sobran las malicias y puedes guardarte las quejas para mejor ocasión... Y hablando de otra cosa, ¿Has probao el caldo que ha traído Teobaldo el de la calle de Cabestreros? Ha cambiao de cosechero.

—Menudo notición me das. ¿Y desde cuándo? Porque hace tres días estuve allí y tenía el vinagre de siempre. Me bebí un vaso con los

ojos cerraos y no le dije ni mu porque bastante le he sermoneao inútilmente. Tanto, que hace tiempo que no iba por allí. ¿Y qué tal es el nuevo?

—Superior, na más que superior. A mí me pasa lo que a ti, que no podía tragar el vinagre que nos daba. Y cuidao que el Teobaldo no puede ser más simpático de lo que es y de considerao y de buena persona. Es lo que yo le decía... «Todo lo tienes que da gusto menos el vino». Y él emperao en que era de lo mejor de Valdepeñas. Un obcecao. Que los hombres se ocecan sin saber por qué y toman querencia a algo y no hay quien los apee de su burro. El Teobaldo es el compadre del cosechero que le servía el líquido que se parecía al verdadero vino como la Chelito a una bizca contrahecha. A mí me llaman el Malqueda. ¿Qué había que llamar a un tabernero que sirve un vino aguao o mal hecho? Hay dos engaños que un hombre no puede aguantar con paciencia, el de una mujer y el de un tabernero, y si me apuran un poco el de un tabernero es peor que el de una mujer, porque el vino te da alegría siempre y la mujer casi nunca. Y si no me entiendes me entiendo yo, que es lo que hace falta. El vino para el tabernero tiene que ser sagrao. Una mujer puede engañar a lo sumo a un par de hombres. Un vino bautizao con agua o con química puede dársela con queso a mucho personal. El que más y el que menos bebe vino para fines que pudiéramos decir benéficos y no está ni medio bien que se le dé gato

por liebre. Y sin más palabreo vámonos pa casa de Teobaldo pa que te percales de cómo es el nuevo vinillo.

De la plaza del Progreso, donde transcurrió esta conversación, doblaron por Mesón de Paredes hacia las rondas. Corrían los tiempos de los primeros años de este siglo. Allí por los barrios bajos madrileños se tropezaba uno cada dos pasos con una taberna. Bendición de Dios las tabernas en esa época. Algunos males esparcían, pero si vamos a cuentas los bienes superaban a los males. Los bienes que un puñado de calderilla convertido en alegrador de los pobres caletrea de buen número de individuos necesitados del empujón de la alegría que les alejara de la dura y triste realidad. No hablemos de borracheras. La borrachera es el peligro de todo el que bebe vino como el atropello de un coche es el riesgo del peatón. Y porque exista semejante desgracia, ¿vamos a prescindir del vino o de andar por la calle? El beber es cuestión de pulso. Seguridad, firmeza en el ánimo para decir basta en el momento en que el vino se encarama en la insensatez. Para beber vino a modo hay que tener lo que se llama fuerza de voluntad, que es algo que se las trae. Por esto las tabernas tenían mala fama que soportaban sin darse por ofendidas.

Poco dista la calle de Cabestreros de la plaza del Progreso, hoy Tirso de Molina. Los dos compinches recorrieron el corto camino con paso despacioso y con frecuentes paradas para recalcar palabras y remachar conceptos. El tema se ceñía al vino y sus consecuencias.

—Yo te digo mi verdad —decía Cipriano—. Yo no me emborracho pa no estropear el tinglao que me forma el vino en la cabeza, en la misma sesera.

—Oye tú, y a propósito, ¿qué son los sesos?

—Mira Melquiades, no me hagas preguntas que me dejen frito como una perdigonada a un gorrión. Si yo supiera lo que son los sesos no estaría hablando contigo, sino con el propio Ramón y Cajal.

—Cállate... Arrepara quién viene por ahí. La Leoncia.

—Mi madre. ¡Y cómo viene! Atropellando de guapa. ¿Quieres que la convidemos a lo que la cumpla?

—Vaya que sí. Podemos llevarla a la calle de Santa Ana que dan unas gallinejas pero que superiores.



—A las tres, tú déjame a mí que la trajine.

Los dos compinches se han quedado como pasmados en mitad de la calle. La real moza refrena su andar y dice para sí: «Estos dos chavales están preparando el abordaje pa informarme que están por mis pedazos. La tengo negra. He tomao por Mesón de Paredes pa tropezarme como por un casual con el Evaristo y ni rastros de su persona. Y como alivio me salen al paso estos galanes que jugaron al gua con mi abuelo y todavía aspiran a llevarse de calle a las mujeres... Y si doy media vuelta va a ser peor. Con que vamos allá a darles esquinazo cuanto antes.»

—¿Dónde va la flor de la canela?

—Pues ahí orilla a un mandao de mi maestra.

—¿Has probao por un casual los pestiños del señor Salustiano?

—Ni tan siquiera sé quien es el señor Salustiano. Servidora es muy retraída y no alterna con la grandeza del barrio. En cuanto a los pestiños me empalaga lo dulce. Así es que me

las guillo, que el recaó es urgente y la maestra tiene malas pulgas.

Y sale de estampía.

—Pero, chiquilla, oye, espera, escucha, que te voy a decir...

—No me diga usted nada. De verano, pollos.

Y redobra la rapidez de su andar.

—Atilano, perdona que te llame el Malqueda. La has trajinao de una manera que que de milagro no ha caído de rodillas y a tus pies.

—No es eso. Es que de un tiempo a esta parte la tengo tizná con el bello sexo.

—De un tiempo a esta parte. Tienes razón. Desde que cumplistes los sesenta. ¿Tú te has mirao detenidamente al espejo? ¿Tú con qué fines has reparao en la Leoncia?

—Aproximadamente como tú. Con las del veri.

—Ya has metido la pata hasta el corvejón. Para mí la Leoncia es como una fototipia. Buena pa mirarla la cara.

—Ya estamos con lo de siempre. Con la hipocresía. Muchas veces no

soy yo el que queda mal, queda mal la verdad que siempre escuece y levanta ampollas.

—Pero, ¿qué estás graznando ahí? Es que no das una en el clavo. La Leoncia está chalá por su novio y es honrá a carta cabal y por lo tanto no admite varas ni aun envueltas en polvorones de billetes de cuatro mil reales. La Leoncia, como muchas chavalas, es ideal pa el chicoleo inofensivo, pa el rentoy y la guasa del palabreo. Por lo demás punto en boca y manos quietas, que por menos de un pimiento te largan una man-guzá que te dejan turulato. Estas mujercitas de los Madriles de por aquí abajo son muy especiales. ¿A que no sabes por qué me casé yo con la parienta, que me ha salido turrón de Jijona? Pues porque en jamás me mentó el matrimonio y cuando yo me lanzaba y la hablaba del casorio siempre me contestaba... Bueno, eso vamos a dejarlo. No me corren prisa las bendiciones. Tú lo piensas bien y cuando te decidas me lo comunicas y nos vamos pa la vicaría con los pape-



les bien dobladitos en el bolsillo... Tú, y perdóname que te lo diga, has sido siempre un lipendi.

—A punto fijo no sé lo que quiere decir lipendi.

—Ni yo tampoco, pero viene a ser así como un sinlachón que todo le tiene sin cuidado, un frescales vamos, y eso en la juventud no va mal. A nuestras alturas la cosa cambea. No se las puede atosigar con camelancias propias de los veinte años porque el quedar mal es lo de menos. Te pones en ridículo y eres la irrisión de la gente.

—Pero, ¿de dónde estás sacando esos infundios?

—¿Tú crees que no sé que andas con la Cascabeles, esa que baila la rumba y se busca la pulga en el Kursal de la Magdalena y que puede ser tu hija? Hay que tener formalidad, Atilano, porque tú te crees que con el aquel de que estás soltero tienes vía libre pa hacer el gilí y que te saquen los cuartos cuatro desgalichadas que se pitorrean de ti con sus chulangas. En el Kursal de la Magdalena te toma el pelo hasta el cerillero. Y parece mentira que un madrileño dueño de un puesto en las mismas Américas del Rastro, que se

las sabe todas pa engañar al más pintao, se deje zarandear por unas pindongas y unos zanguangos.

—No exageras tú ni nada. Ni a mí me sacan más cuartos que los que yo quiero dar, ni me toman el pelo, ni me zarandea nadie. En el Kursal de la Magdalena lo paso a mi gusto. Me podrás decir que soy un raro. Ca uno es ca uno, que dijo el otro, y a mí dame tipos y tipas que se aparten de lo corriente. Entrás allí y deseguida te atufa el pachuli. ¿A ti no te hace cosquillas el pachuli? A mí es que me pone que salto. Y las gachís del Kursal pa mí que gastan un pachuli especial. Yo las güelo y parezco otro. Me se olvida lo que antes me preocupaba. Dices de la Cascabeles. ¿Y qué te figuras que es pa mí? Pues lo mismo que un sonajero para un niño, un juguete que me hace gracia. El mote le viene pintiparao. Su habla, su risa y su carácter es eso, un puñado de cascabeles que te repican en la chola y que son como una escoba que te barre las nubes negras y te deja las de color de rosa. ¿Y esto es malo? Me se antoja que no. Y no te malicies que es que me apimpro. A la Cascabeles le entra bien el Agustín Blázquez, que es un

señor vino de Jerez. Pido una botella y nos la bebemos en toda la noche ella y yo y las que se agreguen, que son dos o tres. De manera que a la botella le sacamos su jugo sin que la sangre llegue al río de la borrachera. En el Kursal ni las cupletistas saben lo que se dice cantar ni las bailarinas tienen idea del baile, pero el público rebuzna y aulla como si fuera lo nunca visto. Y no es que me ciegue la pasión, pero la Cascabeles se ha inventao un truco que cada día arrebatara más al personal. ¿A que no te imaginas lo que ha inventado? Tú sabes que el buscarse la pulga es un pretexto pa enseñar todo lo que tolere el agente de la autoridad que esté de servicio. La Cascabeles pretendió que como en un descuido se le cayera la camisa a los pies, y no hubo forma de convencer al comisario del distrito y eso que están en el poder los liberales, que tienen la manga más ancha. La Cascabeles entonces idea que cuando ya lleva un rato busca que te busca, se queda quieta y pega un grito muy fuerte, tan fuerte que se oye en toda la calle de la Magdalena y hasta en la de Atocha. ¡Ya está! ¡Ya la encontré! Esta cochina pulga no me vuelve a picar más. Y baja del tablado y se dirige a un espectador y le dice muy mimosa: Caballero, mire usted la pulga, mátele sin compasión que mire usted qué roncha me ha hecho aquí. Y señalaba un pecho. El tío rugía y alguno amenazaba. ¡Me la como de un bocao! La Cascabeles tenía que echarse para atrás cuando la hacían esta atrevida proposición. Tú no sabes el jaleo que se arma. En cuanto grita ¡aquí está!, todo el Kursal empieza a chillar. ¡Vente para acá! ¡Que llevo viniendo veinte días y entodavía no he matao una pulga! La Cascabeles calma a la reunión. Mira a un lado y a otro y al fin se decide y rápida flecha al elegido, siempre sentado en una mesa cercana al tablado, porque si avanza un poco más, como va en camisa, siempre hay uno que tira de ella para ver lo que hay debajo. Ya te digo. Se ha hecho el ama del Kursal.

—Y por tanto tú eres el amo, ¿no?

—Hombre tanto como eso, pero lo paso en grande.

—¿Y tú no matas pulgas a la chita callando fuera del Kursal a solas con la Cascabeles?

—Pa qué quieres que te diga nada si no me vas a creer.

—Oye y si voy contigo una noche, ¿podré matar una pulga? Porque me has metido en curiosidad.

# APUNTES PARA UN CATALOGO DE LAPIDAS MADRILEÑAS



Por Juan SAMPELAYO

## XII

I. Luca de Tena, Torcuato. Marqués de Luca de Tena. Periodista. Sevilla, 1860. Madrid, 1929.

II. Fue el Ayuntamiento de Madrid quien hacia el año 1927 y a iniciativa de su Alcalde presidente, en dicha fecha conde de Vallengano, tomó el acuerdo de dar el nombre de Luca de Tena, a la hasta entonces glorieta de las Delicias. La lápida fue costeada por el personal de la revista «Blanco y Negro» y el diario «ABC».

III. La lápida que da el nombre a la ahora glorieta de Luca de Tena es de mármol blanco y en ella figura un medallón con la efigie del director de «ABC» y el rótulo de «Glorieta de Luca de Tena. Periodista». A ambos lados del medallón con la efigie de Luca de Tena figuran dos cartelas con los nombres de «ABC» y «Blanco y Negro», diario y revista fundados por el señor Luca de Tena y a los que éste dedicó su vida entera. La obra es una realización del que fue insigne escultor señor Coullaut Valera.

IV. La lápida fue inaugurada con toda solemnidad el domingo día 12 de junio de 1927, con asistencia del alcalde de Madrid señor Semprú, así como gran número de concejales, el hijo del señor Luca de Tena, don Juan Ignacio, el presidente de la Asociación de la Prensa, representantes del Ayuntamiento de Sevilla e ilustres personalidades, entre las que figuraban el presidente de la Cámara de Comercio señor Prast, el señor

Alonso Orduño en representación de la Diputación Provincial, el presidente del Centro de Hijos de Madrid; don Víctor Pradera, «Azorín», Moreno Carbonero, el director del «Liberal» señor Villanueva, Muñoz Seca, Cuartero, don Cristóbal de Castro, don Ricardo de la Cierva, Coullaut Valera, González Bravo, Martínez Olmedilla, así como las redacciones de «Blanco y Negro» y «ABC» y el personal obrero de dichos talleres. Estaba también presente en el acto la Banda Municipal, que interpretó diversas composiciones.

Tras el descubrimiento de la lápida, el alcalde de Madrid señor Semprú pronunció las siguientes palabras: «Este homenaje que hoy tributamos a la ilustre persona del señor Luca de Tena no es algo improvisado; es una merecidísima consagración que estaba hace tiempo en el ánimo de todos los españoles; sólo faltaba compendiarla, plasmarla en un solemne acto como el presente; porque el ejemplar ciudadano a quien se dedica no lo ganó gracias a la flexibilidad de su espinazo, ni en un momento de afortunada oportunidad, sino que se trata de un prestigio sólidamente cimentado, contrastado en infinidad de memorables ocasiones; es el homenaje de toda una vida honrada, laboriosa, patriótica, leal y desinteresada, que por sus relevantes méritos, por sus propios merecimientos, se ha hecho acreedora al agradecimiento y estimación de sus conciudadanos.

Por estas razones el Municipio de la capital de España, seguro de interpretar el unánime sentir del pue-

blo de Madrid, que se honra enalteciendo a todos los españoles de singular valía, acordó dar el nombre de Luca de Tena a esta plaza para perpetuar así su memoria, como justo y merecido tributo a la inteligencia, a la cultura y al progreso patrio, personificados en la persona del señor Luca de Tena, el más genuino y autorizado representante de la noble Prensa española, de esta Prensa que si alguna vez puede equivocarse, como todo lo humano, hay que reconocer que siempre se inspira en el más acendrado patriotismo y en un fervoroso anhelo de contribuir al engrandecimiento de la nación.

España entera y Madrid singularmente, por ser el lugar donde desarrolló sus más felices iniciativas, sus portentosas actividades, tenían con el señor Luca de Tena, desde hace mucho tiempo, esta sagrada deuda de cariño y de gratitud, porque las excelentes publicaciones por él creadas, sólo comparables a las mejores del mundo, se inspiraron en todo momento en el más profundo amor a España, y a ella sacrificó desde el primer instante el señor Luca de Tena su tranquilidad, su cuantiosa fortuna, el poderoso esfuerzo de su firmísima voluntad, en una palabra: su vida entera, declinando todo género de halagos, recompensas y atrayentes ofrecimientos y despreciando toda clase de presiones y amenazas».

Señaló luego las más famosas campañas de «ABC» y del alto civismo de Luca de Tena para seguir diciendo: «Por enaltecer a España procuró siempre la exaltación de sus hijos más ilustres, heroicos y abne-



gados fomentando y contribuyendo a numerosas y popularísimas suscripciones.»

Destacó cómo junto a los grandes ideales patrióticos de Luca de Tena, ha mantenido éste siempre una gran lealtad a la monarquía, para seguir diciendo: «Será innecesario consignar cuanto hizo el señor Luca de Tena para el mejoramiento de la prensa, de esa poderosa palanca de la moderna civilización.»

«Por ello no dudó realizar los mayores sacrificios soportando toda suerte de amarguras, sinsabores y desvelos, que han sido después con creces compensados al reconocerse en España y fuera de ella que gracias a él nuestra nación cuenta hoy con los mejores y más baratos periódicos de Europa.»

«ABC» y «Blanco y Negro», en brillantes y numerosos concursos, han descubierto y protegido a infini-

dad de artistas de verdadero e indudable mérito.

En una palabra: tan sobresaliente, tan completa y tan magnífica ha sido la obra realizada por este gran patriota que es el señor Luca de Tena, que no precisa de un gesto final, heroico y gallardo, de un *bel morire*, para que su vida sea ensalzada, bendecida y glorificada por todos los buenos españoles.»

Grandes aplausos acogieron el discurso del señor Semprú y a continuación hizo uso de la palabra el teniente de alcalde el Ayuntamiento de Sevilla, quien representaba a aquél, y el cual dijo dirigiéndose a don Juan Ignacio Luca de Tena, quien representaba a su padre:

«Habéis venido a recoger los laureles de vuestro padre, y comprendo la emoción que esto ha de producir. Por ello, porque seguramente os conmueve el acto que estáis presen-

ciando, podréis deducir la emoción que Sevilla ha de experimentar ante tan justo homenaje; que si nada hay para un hijo más grande, hermoso y conmovedor que asistir a la glorificación del que le ha dado el ser y, con la vida, un apellido ilustre y prestigioso, nada hay que satisfaga más a un padre que la gloria del hijo. Así Sevilla se suma espiritualmente a este homenaje, orgullosa y satisfecha porque es un hijo suyo el que justamente lo recibe.»

«Señala cómo el alcalde de Sevilla no ha podido acudir al acto y dice que es lógico que Madrid fuera la capital que tributara este honor, porque Madrid, pueblo de todos, es donde el señor Luca de Tena hizo sus estudios, fundó sus periódicos.»

Muy numerosos aplausos acogieron este parlamento, al que siguió el del presidente de la Asociación de la Prensa de Madrid don José Francos Rodríguez. Manifestó que la entidad por él representada se asociaba al homenaje a don Torcuato Luca de Tena «porque éste es —dijo— ante todo y sobre todo un periodista, título que ostenta con orgullo porque es él realmente un premio al propio esfuerzo y a una labor inmensa, trascendental y brillantísima. Y es más de estimar lo hecho —siguió diciendo— por el señor Luca de Tena en beneficio del periódico español y de su patria, porque, hombre de excelente posición, pudo haber tomado el camino que traza la opulencia, y tomó, sin embargo, el del trabajo, para realizar la obra de patriotismo y de cultura que, con seguridad, sabrá y querrá continuar su hijo Juan Ignacio.»

Terminó su discurso el señor Francos Rodríguez con frases elogiosas a los Ayuntamientos de Madrid y de Sevilla.

Tras los numerosos aplausos provocados por las palabras del señor Francos Rodríguez contestó a los anteriores oradores don Juan Ignacio Luca de Tena, en nombre de su padre, ausente de Madrid ese día.

Comenzó diciendo, aunque no necesitaría hacerlo, pues a simple vista se advertía que se hallaba profundamente conmovido por el acto que en honor de su padre se estaba celebrando.

«Nunca como hoy —dijo— hubiera deseado que mi palabra respondiese a mi voluntad para reflejar mis sentimientos de gratitud al Ayuntamiento de Madrid, ciudad que mi padre une en su corazón con la Sevilla de sus amores.»

«Nada hay en el mundo —agregó— que pueda halagar tanto a un hijo como ver honrado el nombre de su padre, y a estas palabras que pronunciaba hace pocos momentos el señor Illanes, teniente de alcalde del Ilustre Ayuntamiento de Sevilla, he de agregar yo que en efecto me siento realmente orgulloso del descubrimiento de esa lápida, cuya ejecución se debe al gran artista sevillano Coullaut Valera.»

Dio muy rendidas gracias al alcalde madrileño por el entusiasmo puesto en este homenaje y por las frases de encomio a su padre y asimismo manifestó su gratitud al pueblo sevillano por asociarse a la iniciativa del pueblo de Madrid.

Terminó su parlamento dando las gracias al personal de «Blanco y Negro» y «ABC» que habían costado la lápida y al que fue alcalde de Madrid conde de Vallengano por la iniciativa del homenaje.

Grandes aplausos acogieron las palabras del señor Luca de Tena, que fue saludado por todos los presentes.

\* \* \*

I. Foxá Torroba, Agustín. Conde de Foxá. Escritor. Diplomático. Académico. Madrid, 1906. Madrid, 1959.

II. La lápida que recuerda la memoria de Agustín de Foxá fue propuesta por la Sociedad General de Autores cuando era presidente de su Consejo de Administración don Joaquín Calvo Sotelo.

III. El texto de la lápida situada en la casa donde vivió y murió de la calle de Ibiza número 1 dice así: «A la memoria del escritor Agustín de Foxá, que vivió y murió en esta casa. 1906-1959. La Sociedad General de Autores de España. MCMLXIV.»

IV. Fue descubierta esta lápida en una fría mañana del 10 de marzo de 1964.

A la lápida que iba a ser inaugurada daban guardia de honor los guardias en traje de gala de la Guardia Municipal y los maceros del Ayuntamiento. Había muchos niños y muchos vecinos del barrio de Foxá y entre otras personas se encontraban Luis Escobar, Aurora Lazcano, Arturo Serrano, el marqués de la Valdavia, el general Aracama, el concejal señor Villalba, así como la madre de Agustín y sus hermanos Margarita, Jaime e Ignacio. En primer lugar habló el presidente de la



Sociedad General de Autores de España don Joaquín Calvo Sotelo, quien anuncia que la Sociedad General de Autores va a colocar en muchas casas madrileñas lápidas que recuerden a los escritores y músicos famosos que en ellas nacieron, vivieron y murieron. Destaca el madrileñismo de Foxá y cómo al regresar de sus viajes encuentra siempre a Madrid como un paraíso.

A continuación descubrió la lápida el alcalde de Madrid conde de Mayalde, que tiene palabras muy bellas para este madrileño de excepción que fue Foxá. Palabras que se hacen realidad en esta lápida y en la calle que el Ayuntamiento madrileño va a dedicarle.

A continuación y en nombre de la familia da las gracias Jaime de Foxá. Recuerda con singular emoción los más bellos días de la infancia y de la

juventud de ambos, constituyendo una verdadera estampa foxaiana.

Grandes aplausos acogieron los anteriores parlamentos y a continuación todas las autoridades y amigos presentes desfilaron ante la madre y los hermanos de Foxá para testimoniarles su pésame y amistad.

\* \* \*

I. Sociedad General de Autores de España y Sinesio Delgado. Autor teatral. Periodista. Tamara (Palencia), 1859. Madrid, 1928.

II. Esta lápida situada en la casa número 10 de la calle de Fernánflor, antes de Florín, se dedica por la Sociedad General de Autores de España a ésta en general y de modo particular a su fundador, el brillante autor teatral e ilustre periodista don Sinesio Delgado. Fue colocada a ins-

tancias del que era a la sazón presidente de la Sociedad don Joaquín Calvo Sotelo.

III. La lápida es de mármol blanco con letras doradas y el emblema de la Sociedad y su texto dice así: «En esta casa se fundó el 16 de junio de 1899, la Sociedad de Autores Españoles. A quienes dieron tan alta lección de solidaridad y abnegación dedica esta lápida de agradecimiento la Sociedad General de Autores de España. 16 de junio de 1965.

IV. La citada lápida fue descubierta en el LXVII aniversario de la fundación de la Sociedad General de Autores de España en la mañana del miércoles 1 de junio de 1966.

Habló en primer lugar, tras el descubrimiento de la lápida, el presidente de la Sociedad don Joaquín Calvo Sotelo, quien dijo entre otras cosas:

«Entre estas dos casas, una hermosa y humilde, sin ningún especial relieve arquitectónico, y esa otra, dominadora de las Cortes, han corrido los sesenta y siete que casi día por día cumple hoy la Sociedad General de Autores de España. Nos interesa subrayar el significado que tiene esa relación de vecindad entre estos dos edificios tan dispares en destino y magnitud, porque yo estoy seguro de que todos sois conscientes de que la Sociedad que nació en ésta habría podido ser malherida en aquélla. Por fortuna, el sentido de la justicia y del derecho triunfó en el ánimo de quienes tenían nuestro destino en sus manos, y la Comisión especial, primero, y el Pleno, después, nos dieron la razón que se nos discutía en el momento más grave de nuestra vida profesional. Yo os pido que giremos sobre nosotros mismos y tributemos a las Cortes Españolas el aplauso que merecen. Déjeseme subrayar ahora cómo la lápida que descubrimos proclama los dos sentimientos que fueron clave de la S. G. A. E.: uno, el de la solidaridad; otro, el de la abnegación, ya que la falta de cualquiera de ellas habría hecho imposible el que naciera. Solidaridad: los más importantes autores de la hora sellaron un pacto que cumplieron con asombrosa firmeza. No hubo entre ellos esquiroles, francotiradores ni tibios siquiera... Abnegación: los grandes se inmolaron en beneficio de los pequeños, abdicaron de sus ventajas personales y se igualaron a los que no disfrutaron de ellas, y así surgió la que se llamó entonces simplemente la Sociedad de Autores.»

«Comparecemos hoy ante esta casa, en la que germinó esa gran célula de la S. G. A. E. en una actitud tanto de reverencia como de agradecimiento, y al colocar en su fachada esta lápida procedemos como esos enamorados que graban sus iniciales en los árboles de los jardines para vencer el paso del tiempo. Nuestra única aspiración —terminó diciendo el señor Calvo Sotelo— será, cuando la hora del relevo nos llegue, poder transmitir la sigla de la S. G. A. E. acrecentada en brillo y en eficiencia a quienes nos sucedan.»

Grandes aplausos acogieron estas bellas palabras y a continuación, en

nombre de la familia de Sinesio Delgado, habló su nieto el joven y notable periodista don Alberto Delgado, quien agradeció muy emocionado las palabras que el señor Calvo Sotelo había dedicado a la memoria de su abuelo, fundador que fue de la entidad. Igualmente fue muy aplaudido, haciendo después uso de la palabra el director general de Cinematografía y Teatro don José María García Escudero, quien se adhirió al homenaje con frases de elogio para su fundador y para la Sociedad General de Autores.

Numerosos autores, actrices y actores asistieron al mencionado acto.



# JUAN PEREZ ZUÑIGA

## Un madrileño que escribía en broma

Por Juan LAGARMA BERNARDOS

**L**A calle de Toledo, en Madrid, además de ser de las más antiguas, es una de las principales arterias populares, muy comercial, pero mucho más lo fue en tiempos pasados debido a la numerosa clientela que de pueblos y provincias llegaban a ella para realizar sus compras, unas en los comercios y otras en los tenderetes —por los que circulaba abundante la calderilla— que a diario eran colocados a lo largo de sus aceras, en los que se vendían las cosas más dispares. Calle estrecha en unos tramos y ancha en otros, es el camino más directo para llegar a los Carabancheles. Pues bien, en tan conocidísima calle y en la casa número 40 nació el 18 de octubre de 1860 un niño —bautizado en la iglesia de San Pedro el Real, vulgo de la Paloma— que con el paso de los años llegó a alcanzar gran popularidad por su amplia labor literaria, toda ella en tono festivo. Este madrileño fue Juan Pérez Zúñiga, y en las líneas que siguen encontrará el lector una muestra breve, desde luego, de estas cuatro facetas de su vida: músico, autor, escritor y poeta.



*Para escribir en guasa —dijo Pérez Zúñiga— no hace falta ser un hombre atolondrado y juguetón, que se suba a las paredes, que reciba a las visitas con castañuelas y pellizque a las porteras.*

### EL MUSICO

De su tío carnal Juan Pérez Lanuza recibió las primeras enseñanzas de violín, cuya carrera terminó con notable aprovechamiento, y con este instrumento, que conservaba y quería como a un hijo, ganó sus primeras pesetas dando lecciones y tocando en las orquestas de las iglesias. En cuanto a su quehacer como compositor, quedan como una prueba permanente sus pasodobles para banda; también escribió música para cuplés, antaño tan en boga, y alternando con la mentada carrera Pérez Zúñiga cursó la de Derecho en la Universidad Central.

### EL AUTOR

Se le cerraba una puerta, pero su protector mediaría para que se le abriese otra, y esa otra fue la del teatro Lara. El joven Zúñiga, cuando sólo contaba dieciocho años, además de hacer versos a más y mejor, sentía cierta inclinación por el teatro, y sin pensar que del papel pasase a un escenario, escribió una obrita algo inocente, propia de sus



En la casa número 40 de la calle de Toledo nació el poeta y escritor festivo Juan Pérez Zúñiga. Este aspecto presentaba en los últimos años del siglo XIX tan popular vía madrileña, muy comercial y concurridísima a todas las horas.

pocos años. Y para salvar esa dura prueba por la que ha de pasar todo novel, se la entregó a su protector para que la estrenase con su nombre; pero cuando ya estaba a punto de ser conocida por el público, Vital reveló el nombre de su autor. Y como el que hace un cesto hace ciento, alternando el periódico y el libro con el teatro, dio a éste una treintena de piezas, obteniendo su mayor éxito con la titulada «El señor Castaño», zarzuela en un acto que se estrenó en el teatro Maravillas, cuyos papeles principales estuvieron encomendados a Loreto Prado y los hermanos José y Emilio Mesejo.

Si este estreno deparó al autor y sus intérpretes un éxito, y para el público desde sus primeras escenas hasta su final unas horas de felicidad con sus chistes y situaciones, algo inesperado y doloroso ocurrió durante el de «El gabán de pieles» en Lara, pues sucedió que cuando mediada la obra y el público reía a más y mejor, un tramoyista cayó desde lo alto de los telares en medio del escenario. El susto para actores y público fue de los que hacen época; pero afortunadamente, como al hombre no le había ocurrido gran cosa, la representación continuó, el público volvió a reír, y a la pieza se le dio un buen número de representaciones.

#### EL POETA

Pero lo que le daría extraordinaria popularidad fue la pluma, escri-

biendo sus primeros versos festivos cuando tenía ocho o nueve años, actividad que ya no abandonó hasta sus días finales. Diré también que lo que más extrañaba a cuantos por primera vez le trataron, era su aspecto serio, su conversación sin una pizca de gracia. «Yo creo —dijo cuantas veces vino a pelo— que para escribir en guasa no hace falta ser un hombre atolondrado y juguetón, que se suba a las paredes, que reciba a las visitas con castañuelas y pellizque a las porteras.»

Y entre una carrera y otra —la de violín la acabó cuando tenía diecisiete años y la de Derecho a los veintidós— el joven Zúñiga hacía versos y más versos, siempre en tono humorístico. Lo mismo hacía un romance, una quintilla o un soneto a la palmatoria, que a la sartén o al puchero, sin pensar que esa facilidad y vena cómica podría llegar con el tiempo a producirle muy buenos ingresos, como así fue. Mas como quien vale, tarde o temprano halla una oportunidad para demostrar su talento o cualidades manuales, a Pérez Zúñiga se le presentó ésta cuando menos lo esperaba. No tuvo que rodar de un lado para otro ofreciendo el fruto de su ingenio, pues todo se le vino a pedir de boca. Ocurrió que estando en casa de unos amigos íntimos suyos, que lo eran también del escritor festivo y autor dramático asturiano Vital Aza, se habló del novel poeta y se dio lectura a unos versos suyos. Acabada ésta, don Vital comprobó que tenía

grandes condiciones de escritor festivo, y por su recomendación pasó a ser redactor del semanario «Madrid Cómico» en el que permaneció durante el tiempo —cosa de año y medio— que duró el periódico.

#### EL ESCRITOR

Podría citar los títulos de cuantas estrenó, pero el hacerlo restaría espacio al que quiero dedicar a su labor como escritor, a su gran quehacer en el libro, citando en primer lugar «Viajes morrocotudos» —inspirado en las obras de Julio Verne—, libro que estimaba don Juan como su favorito y del que se han hecho varias ediciones. Fue el que más dinero le produjo, y de ilustrarlo se encargó un dibujante famoso por su bien probada gracia: Joaquín Xaudaró. Los restantes —salvo alguno que se me habrá escapado— son los que cito seguidamente, sin orden en cuanto a su aparición en las librerías.

«Amantes célebres puestos en solfa», «El disloque», «Siete días fuera del mundo», «Guía cómica de San Sebastián», «El chapiro verde», «Doña Tecla en Pomotú», «Desahogos particulares», «Cocina cómica», «Humorismo rimado», «Galimatías», «Zuñigadas», «Coplas de sacristía», «Tipos raros», «Ganitas de broma», «Gárgaras poéticas», «Fermatas y banderillas», «Confetti», «Sin pies ni cabeza», «Paella festiva», «Novelas ínfimas», «Guasa viva», «Historia cómica de España» (dos tomos), «Aventuras estupendas», «La Soledad y el cocodrilo», «Cuentos embolados», «El gran bromazo», «Música ratonera», «Desafinaciones», «Entre la guerra y la paz», «Pampiroladas», «La familia de Noé» (dos tomos), «Camolarío zaragatono», «Hojas de lata», «Alma guasona», «La tenacilla de oro», «Villapelona de abajo», «Cuatro cuentos y un cabo», «Chapuce-rías», «Piruetas», «Para broma», «Buen humor» y...

En lo que a periódicos y revistas se refiere, Pérez Zúñiga escribió cuanto quiso, y no sólo para nosotros, sino también en publicaciones de países de habla española y siempre en el mismo tono, el festivo, puesto que el serio no le gustaba. Tantas fueron en las que colaboró que su número obliga a prescindir de títulos, por lo que sólo recogeré su sección en el Heraldo de Madrid, creada por él, rotulada «Cosquillas»



Juan Pérez Zúñiga, retratado por Tovar.

y que mantuvo durante un buen número de años, sección que hacía tras la lectura en la cama de los periódicos de la noche, y a la mañana siguiente escribía, dejando listas las cuartillas para su entrega a la imprenta antes de ir a su despacho en el Ministerio de Hacienda —que le exigía las horas de la mañana—, empleo que fue una continuación del que tuvo en el Ministerio de Ultramar, al desaparecer éste. Y una de esas «Cosquillas», aparecida en el citado diario madrileño el jueves 5 de septiembre de 1912, es la que reproduzco a continuación:

*Juan Pérez Zúñiga*

Firma del autor de los «Viajes morrocotudos».

No conformes numerosos pescadores de Galicia con la pesca del besugo, la merluza y la sardina (y el lector no se imagine que esto es una invención mía, pues de un diario del lunes he tomado la noticia), buscan una nueva fuente de riqueza positiva en la pesca del bonito, que es la pesca más bonita. El bonito pasa raudo por delante de las rías de la patria de Linares (1), de Vicenti y del *Celita* en legiones numerosas a la vez que distinguidas, y lo que al principio fuera pesca escasa y endeblilla, ha adquirido desarrollo, y en embarcaciones chicas y mayores, por *bonitos* van algunos varias millas mar adentro. Y ahora que hablo de esto, ¿por qué denominan a unos peces por las hembras y a otros por los machos? ¡Mira que es chocante!... Por supuesto que me da igual que se diga la merluza y el bonito que el merluzo y la bonita; pero en esto de los sexos no hay en las pescaderías ni en ninguna parte nada sometido a reglas fijas. ¡Venga el bonito en buen hora! Venga aún mejor la hembra limpia, blanca y con sal, gorda y fresca, que ha de sabernos muy rica, ya con aceite y vinagre y con cebolla cocida, ya con salsa mayonesa o grecorromana o china, ¡Sí, lector mío; veamos, ya que en esta perra vida se nos hacen tantos feos, si el bonito nos alivia, pues estamos saturados de percebes de oficina y besugos de academia y merluzas de Montilla!

(1) Linares Rivas (autor), Vicenti (director de «El Liberal») y «Celita» (matador de toros). Los tres eran gallegos.



AUTOCARICATURA DE XAUDARÓ

Pérez Zúñiga tuvo como colaborador artístico al gran dibujante Joaquín Xaudaró, que le ilustró la mayor parte de sus libros y novelas.

Ya queda dicho en líneas anteriores que Pérez Zúñiga empezó a usar la pluma siendo un niño y no la abandonó hasta sus últimos días; y para corroborar su fecundidad sirva este dato: en el año 1918 el número de poesías festivas publicadas en diarios y revistas lo calculaba su autor en unas trece mil, y siguió escribiendo durante veinte años más.

Y como cierre de este recuerdo a un madrileño que nació para hacer pasar ratos alegres a lectores de habla castellana, voy a referir una de entre las muchas anécdotas suyas, que en su día le puso los pelos de punta —según refirió en ocasiones— y es como sigue:

—Fue con motivo de la publicación de un libro titulado «Madrileños ilustres muertos». Uno de estos ejemplares cayó en mis manos, lo hojeé y cuál no sería mi asombro cuando en la letra P, y con mi retrato, me encontré como muerto oficial. Decía así: Pérez Zúñiga. Escritor festivo muy popular, nació el 18 de octubre de 1860, y falleció a fines del año 1908. Su muerte fue muy sentida.» Luego me enteré de que este libro estaba costado por una entidad oficial, y que el bárbaro que lo hizo cobraba un tanto por cada muerto que llevaba, y ¡claro!

no tuvo piedad. Mató a todos los que quiso, mejor dicho, a todos los que necesitó para cubrir su presupuesto. Y lo raro es que al impresor y los cajistas que hicieron el dichoso librito no se les ocurriera pensar que mi muerte era un error, puesto que todas las noches les hacía «Cosquillas» desde las columnas del Herald.

## EL DOLOR CALLADO

Pero entre sus muestras de humor, que a diario aparecían en letra impresa, se ocultaban en ocasiones esos ratos de pena y amargura que en cuantos viven de cara al público han de quedar por fuerza encerrados en lo más profundo de su corazón. Y sobre ese dolor íntimo, padecido y callado hasta para sus seres más queridos, escribió un día Pérez Zúñiga estos versos —los únicos en serio a lo largo de su vida—, dedicados a su hija María:

¿Piensas que es, pobre hija mía,  
franca siempre mi alegría  
porque jamás me ves triste  
y vivo explotando el chiste?  
¿Cómo te engañas, María!  
¿Me ves trabajar contento?  
Pues siempre, al coger la pluma,  
camina mi pensamiento  
entre una chanza que invento  
y un malestar que me abruma.  
Suele ser mi malestar  
hijo de penas o apuros  
que no puedo remediar,  
pues por los trances más duros  
me obliga Dios a pasar.  
¿Cuántos días de amargura  
pasé fingiendo ventura!  
Sí; ¡cuántos, mientras tu madre,  
tus hermanos o mi padre  
ardían en calentura  
disimulando temores  
y dominando dolores  
tuve que hacer que mi mente  
soltase el chiste corriente  
pedido por mis lectores!...  
De la muerte en el dintel  
te vi un día, y aquel día,  
llorando sobre el papel,  
hice chistes a granel  
para comer, ¡hija mía!  
¿Y crees que es desdicha escasa  
llorando escribir en guasa?  
Pues mayor pena no cabe.  
¡Eso, niña, no lo sabe  
nadie más que el que lo pasa!  
Aunque me sienta morir,  
tal sacrificio es forzoso;  
pero, al ver que hago reír,

da todo el mundo en decir  
que soy un hombre dichoso.  
Esto creen, y no hacen bien,  
y es porque no consideran  
que en mí hay lágrimas también,  
¡lágrimas que ya quisieran  
ser de esas que todos ven!  
Esas acusan un duelo  
que puede encontrar consuelo  
si alguno en ellas repara,  
y hacen un surco en la cara  
que pronto borra el pañuelo;  
pero las otras que ardientes  
brotan como avengonzadas  
y se ocultan a las gentes  
entre risas aparentes  
y venturas no gozadas,  
¡ésas, no sabes, María,  
todo lo amargas que son;  
porque un día y otro día  
caen hacia adentro, hija mía,  
y abrasan el corazón!



Aquí vemos a don Juan mostrando su violín, al que quería como a un hijo, y con el que ganó sus primeras pesetas tocando en las orquestas de las iglesias.

Este madrileño ilustre, que fue presidente de la Asociación de Escritores y Artistas, no tengo noticias de que recibiese en vida homenaje alguno, cuando tan justificado y merecido lo tenía. El único se le tributó después de muerto —falleció en la capital de España el día 5 de noviembre de 1938— por el Ayuntamiento de Madrid hace pocos años, al dar su nombre a una de las calles de nueva apertura, que comienza en la de Virgen del Val y sale a la de Arturo Soria, en el barrio de la Ciudad Lineal.

# LA CARICATURA POLITICA EN LA PRENSA MADRILEÑA

(1868-1874)



Fig. 1. GIL BLAS. 14 de septiembre de 1871

José Luis  
PELLICER,  
caricaturista  
político  
de la revolución

Por María MENDEZ RUTLLAN

**L**A prensa, especialmente la ilustrada, tuvo un gran desarrollo en España durante el siglo XIX. A este notable desarrollo contribuyeron de forma decisiva las nuevas técnicas de estampación que aparecieron a mediados de siglo, importadas de Inglaterra, Alemania y Francia. Desde este momento comenzaron a cobrar especial importancia los periódicos y revistas que iban acompañados de ilustraciones, grabados de paisajes, de costumbres, de monumentos; en este ambiente de la prensa diaria destacó un tipo de género que por su novedad en España iba a ocupar un puesto trascendental en el arte español del siglo XIX: la caricatura.

Las nuevas técnicas de grabado y el nacimiento de la caricatura fueron beneficiados por el cambio político que se produjo en España en 1868. Pretendía crear una sociedad política nueva, para lo que se iniciaron por parte del Gobierno una serie de reformas y concesiones entre las que se puede citar la libertad de enseñanza, la libertad de cultos, la libertad de cátedra, la educación popular de la mujer, la libertad de imprenta, etc. De todas ellas la libertad de imprenta contribuyó a la difusión y al aumento de

la prensa, especialmente la satírica. En ella colaboraron estrechamente los dos personajes que iban a tener una parte activa dentro de esta prensa, es decir, el periodista y el dibujante caricaturista. Muchos fueron los dibujantes que colaboraron en la prensa satírica, de entre ellos destacaron el pintor catalán José Luis Pellicer y el dibujante Eduardo Sojo que iban a ser durante los años de la Revolución los representantes de una tendencia política determinada; de estos caricaturistas iremos analizando sus características personales dentro de este momento político.

A partir de la «Gloriosa» la inundación de periódicos en España fue realmente importante, según datos de Asenjo (a) de diciembre de 1868 a enero de 1869 aparecieron sólo en Madrid más de 100 periódicos, de los cuales 60 eran

Agradezco la ayuda que para la publicación de estos artículos me han prestado el Dr. Alfonso Pérez Sánchez, Director de la Cátedra de Historia del Arte de la Universidad Autónoma de Madrid y Mercedes Agulló, Archivera Bibliotecaria del Ayuntamiento de Madrid.

(a) Memoria y Catálogo de las publicaciones periódicas madrileñas. Madrid, 1928, pág. 53.

políticos; más tarde, este ritmo iría descendiendo porque el gran número de periódicos estaba desproporcionado con la capacidad de absorción del público y porque las leyes de imprenta con el advenimiento de la República se fueron haciendo más duras.

Entre este tipo de prensa diaria había periódicos para todos los gustos, pero en realidad predominaban los de carácter político y los periódicos satíricos ilustrados. Todas estas publicaciones eran de vida muy breve; desaparecían con la misma facilidad con que habían nacido, la mayoría de ellas duraba tres o cuatro meses y en algunas ocasiones sólo unos días, exceptuando periódicos como Gil Blas, El Cascabel, El Cencerro, etc., cuyas vidas se prolongaron por varios años.

La tendencia a la mayoría de las publicaciones satíricas ilustradas era republicano-federal y anarquista; siempre se combatía contra algo o contra alguien. Los dibujantes y periodistas, amparados por el Artículo 17 de la Constitución de 1869, se pusieron en contra de un Gobierno que había llevado a cabo una revolución que se estaba limitando a un simple cambio de Gobierno. Con la proclamación en la Constitución de 1869 de la Monarquía como forma de Gobierno, la situación fue empeorando, más

aún ante el asesinato de Prim y la llegada de Don Amadeo de Saboya para ocupar el trono de España. Durante estos años el periódico de oposición recurrió a la caricatura que se iba haciendo cada vez más mordaz y atrevida.

En febrero de 1873, cuando se proclamó la República, la situación de la prensa satírica y de la caricatura política fue cambiando notablemente; periodista y dibujante que se habían puesto en la época anterior de parte republicana, no podían seguir atacando al nuevo Gobierno; solamente en alguna ocasión se manifestaron en favor de las tendencias socialistas e internacionalistas y contra las clases altas.

Las leyes de imprenta, conforme avanzaba la República, se fueron endureciendo debido a que la situación había adquirido un ambiente caótico ante las guerras civiles que asolaban España. Emilio Castelar obtuvo de las Cortes Constituyentes, el 13 de septiembre de 1873, la aprobación de una importante ley cuyo primer artículo concedía al Gobierno importantísimos poderes. Además, el 20 de septiembre fueron expedidos cuatro decretos de gran resonancia por su dureza, el último de los cuales estaba dedicado a la prensa; medidas que fueron agravadas el día 22 de diciembre por el último de los Decretos que la República dictó en relación con la prensa.



À LA PRIMERA SESION.

Fig. 2. GIL BLAS, 28 de enero de 1872

## EL CARICATURISTA DE LA REVOLUCION

JOSE Luis Pellicer, pintor, dibujante, ilustrador y en algunas ocasiones, escritor, merece la pena ser estudiado en este período de la revolución de 1868 como caricaturista político, ya que en su obra se marcan algunas características diferentes de las que presentan los demás dibujantes del siglo XIX.

Nació en Barcelona el 12 de mayo de 1842 (1). Su interés por la pintura le hizo desplazarse a Roma para completar su formación. A su regreso de Italia, vino a Madrid en donde se realizaban la mayoría de las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes, para presentar en una de ellas, la de 1871, las obras realizadas durante su estancia en Italia. De sus 24 cuadros sólo uno, el titulado «Zitto silenzio che passa la Ronda» mereció la atención del público otorgándosele una medalla de segunda clase. A pesar de este mediano éxito, es en su labor como ilustrador de libros, dibujante costumbrista y caricaturista en donde Pellicer alcanzó la máxima popularidad. Entre los libros que ilustró destacan el *Poema del Cid* de José Zorrilla, los *Episodios Nacionales* de Galdós y obras de Larra y Campoamor.

Tras una permanencia de dos años en la capital de España, en donde

(1) El autor que dio más notas sobre su biografía fue Salvador Bori en *Tres maestros del lápiz de la Barcelona ochocentista: Planas, Padró, Pellicer*. Barcelona, 1945. Aparte de la cita de Manuel Ossorio y Bernard, en *Galería biográfica de artistas españoles del siglo XIX*, Madrid, 1883-84.

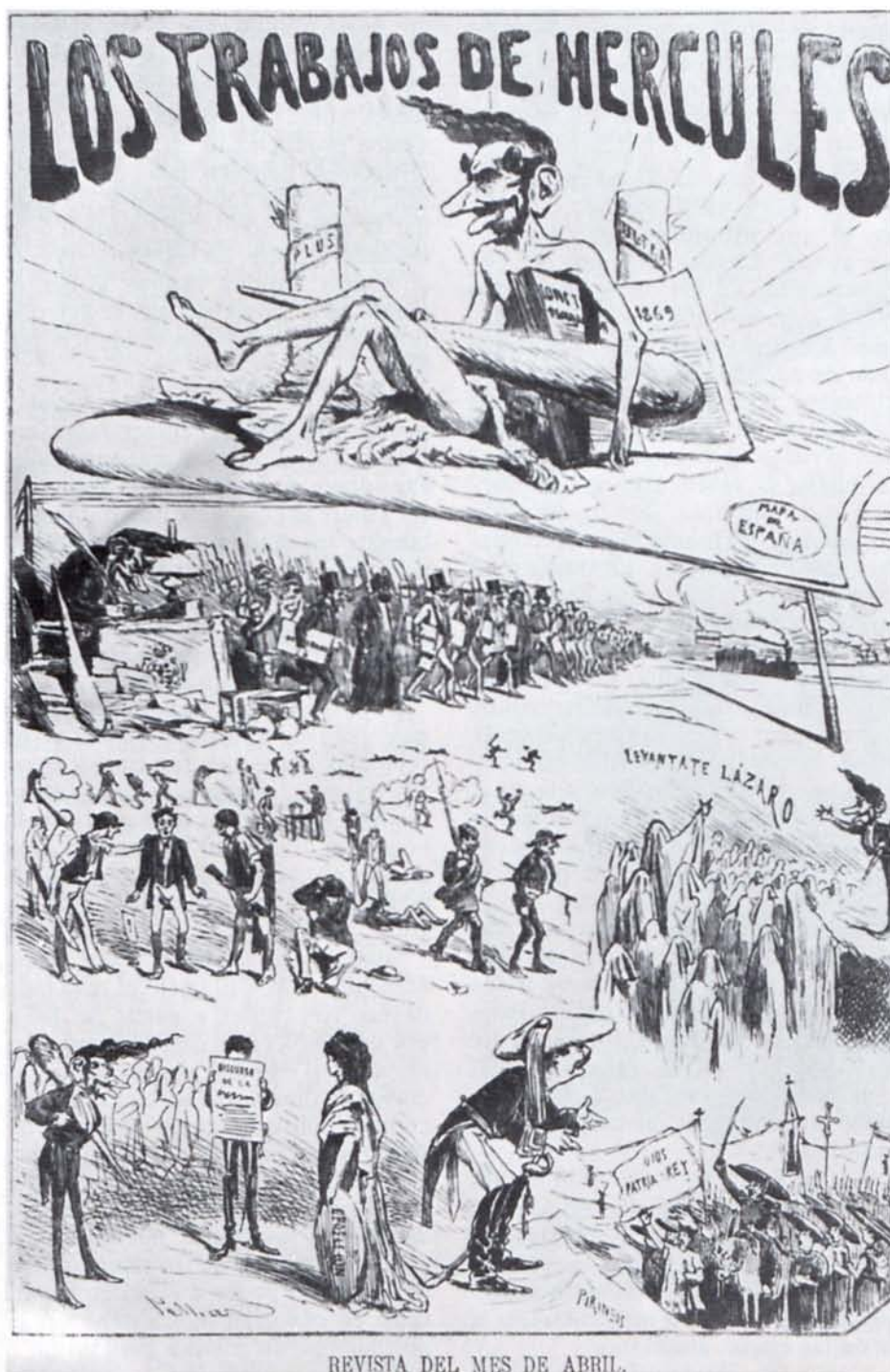


Fig. 3. GIL BLAS. 5 de mayo de 1872

sobresalió como caricaturista y en especial como caricaturista político en la prensa satírica, fue enviado como cronista gráfico de *La Ilustración Española y Americana* y *La Academia*, a la guerra que se desarrollaba en el norte contra el carlismo (1873-1876) y, más tarde, a la guerra ruso-turca.

En Barcelona durante el año 1865 empezó a cultivar esta especialidad con dibujos y escenas de carácter popular de la Ciudad Condal, destinados a las publicaciones de la casa editorial I. López Bernagosi, editor de *La Campana de Gracia* y la *Es-*

*quella de la Torratxa*, semanarios satíricos en los cuales dibujó hasta unos días antes de su muerte. Firmó sus caricaturas de la primera época con el seudónimo de Nyapus.

En 1871 comenzó a ilustrar en Madrid el primer periódico satírico *Gil Blas*. El día 3 de septiembre, al anunciar este periódico la marcha de Ortego a París, decía: «...uno de sus amigos, uno de los que más siente su alejamiento, el joven pintor don José Luis Pellicer, cuyos dibujos en la *Ilustración de Madrid* le han dado a conocer ventajosamente, ocupa desde hoy en *Gil Blas* el puesto que



Fig. 4. GIL BLAS. 26 de mayo de 1872



Fig. 5. GIL BLAS. 25 de agosto de 1872

deja vacante Francisco Ortego».

Al llegar a *Gil Blas*, periódico de marcado carácter político, se conocían sus dibujos costumbristas de la *Ilustración de Madrid* y de la *Ilustración Hispano-Americana*, pero no su obra como caricaturista político.

Dibujó Pellicer en *Gil Blas* como único artista, desde la marcha de Ortego hasta el cierre del periódico por muerte de su director Luis Rivera. El último número vio la luz el día 29 de septiembre de 1872. Durante este año alternó su trabajo en *Gil Blas* con su colaboración en otras publicaciones satíricas. El 18 de julio se editó por primera vez *El Garbanzo*,



GIL BLAS. 17 de diciembre de 1871

que en su número del 25 de julio anunció que «desde el número que viene comenzaremos a publicar caricaturas políticas y de costumbres hechas especialmente para *El Garbanzo* por el reputado artista Pellicer». Anuncio inexacto, ya que si bien Pellicer nos dejó un amplio grupo de dibujos de marcado carácter político, las caricaturas de costumbres fueron realizadas por el dibujante Daniel Urrabieta.

El 27 de octubre de 1872, cuando todavía no hacía un mes que *Gil Blas* se había suspendido, se editó el *Cohete*, al que se puede llamar en realidad continuador de *Gil Blas*.

Intervino en el *Trovador*, revista semanal de literatura y teatro, en que se representaban en magníficas litografías los retratos de los más distinguidos hombres de las letras y de las artes. Colaboró en ella en compañía de Luque y de los más importantes dibujantes del momento durante los años de 1872 a 1874.

Fue asimismo director artístico de una revista con caricaturas de costumbres, el *Mundo Cómic*, 1873-1874, en la que trabajó junto a todos los caricaturistas de la época, exceptuando a Ortego que ya había marchado a Francia.

Pellicer fue un hombre preocupado por el movimiento obrero, vivió cerca de las asociaciones obreras que se fueron formando con motivo de la Primera Internacional; hasta tal punto que Fanelli, diputado italiano y amigo de Bakunin, cuando vino a España a organizar las secciones de la Internacional y las fracciones de la Alianza Internacional de la Demo-

cracia Socialista, a su paso por Barcelona se entrevistó con José Luis Pellicer quien en 1869 se puso al frente de la sección barcelonesa de la Internacional obrera (2).

Colaboró en *El Condenado* de 1872 a 1873 y en *El Público* de 1873 en el que dibujó junto a Cubas, Urrabieta, Luque, Jiménez, etc. *El Condenado*, un periódico socialista, en su segundo número decía: «Hemos retrasado hasta hoy la publicación de nuestro segundo número con el objeto de aguardar a que nuestro compañero de redacción José Pellicer, acreditado dibujante de *Gil Blas*, terminase la viñeta con que encabezamos el presente. En lo sucesivo daremos en cada uno las intencionadas caricaturas que produzcan la inspiración revolucionaria de nuestro amigo y compañero.»

Más que caricaturas, los dibujos que para este periódico hizo Pellicer, fueron una serie de enfrentamientos y de comparaciones entre diversas clases sociales. El sistema era contraponer al rico y al pobre, a la clase social alta con la baja, al burgués y al proletario, a la mujer trabajadora con la señora que sale de paseo al Prado, etc.

Su obra en Madrid como caricaturista político se reduce a los periódicos satíricos citados, después de las campañas bélicas marcharía a París y, más tarde fijaría definitivamente su residencia en Barcelona, donde continuaría su gran obra como dibujante costumbrista, ilustrador y caricaturista.

La actuación de Pellicer como dibujante político - satírico en Madrid comenzó el día 3 de septiembre de 1871 en *Gil Blas* en unos momentos en que la situación política que reinaba en España era muy diferente a la de las etapas anteriores.

Como los caricaturistas políticos debían estar en relación directa con los acontecimientos que se iban produciendo en el gobierno, Pellicer centró su atención en tres personajes concretos, alrededor de los que se centraba toda la política española, eran: Sagasta, Ruiz Zorrilla y el rey Amadeo de Saboya. Este notable cambio político trajo consigo la renovación de la galería de personajes de los caricaturistas españoles.

En esta época del Pellicer caricaturista, los acontecimientos de la política extranjera también preocupaban al Gobierno. Fueron los años de

la proclamación de la República Francesa y la «Commune» de París. Llegaban de Francia noticias inquietantes sobre los desastres que ésta estaba produciendo en París. La Internacional también había entrado en nuestro país al año siguiente de estallar la revolución y 1871 aumentó su influencia entre los obreros. Por el contrario, en las esferas gubernamentales y conservadoras se avivó la tenaz oposición a esta tendencia política.

Dentro de este ambiente social y político no olvidó Pellicer representar en sus dibujos y caricaturas al Presidente de la República francesa, A. Thiers al cual no le auguraba muy buenos resultados dentro del nuevo gobierno; la caricaturizó en compañía de la República (Fig. 1) la cual llevaba el símbolo de la justicia, la balanza doblada y ambos eran protegidos por el ejército armado.

El primer y más importante personaje político que dibujó Pellicer en repetidas ocasiones fue Sagasta con sus rasgos fisonómicos muy acentuados; tal ocurre con la nariz y la boca, no olvidando lo que fue muy común en todos los caricaturistas de la época: el pronunciado tupé (Figura 2).

Sagasta era el Ministro que había manejado más a su gusto el resultado de las votaciones a partir de 1871, por eso Pellicer en esta campaña política quiso emplear una metáfora tan corriente dentro de un ciclo de caricaturas políticas, como la de representar al gobierno o a la persona que está a su frente en forma de un coloso gigante, al lado del cual los ciudadanos o los demás miembros del gobierno quedan en un tamaño muy reducido. El poder o el orden encarnado en esa gran figura debe ser el portador de un garrote para dirigir a su manera la situación, como ocurre en el caso de Sagasta (Fig. 3) que aparece en muchas ocasiones más alto o más grande que las demás personas y con un garrote como símbolo de la fuerza del que ejerce el poder.

Dentro de la actitud externa de los personajes a los que se caricaturiza hay una actividad oculta, algo que va saliendo a la luz en el mundo de la caricatura. Son los hechos que comenta el público en las calles y en los cafés y que por sus implicaciones deshonestas están censurados para hablar públicamente. Sagasta se puso en boca de todo el mundo en

(2) Manuel Tuñón de Lara recoge estos datos en *La España del siglo XIX*. Barcelona, 1973, página 221.

(3) Conde Romanones, Amadeo de Saboya, Madrid 1940. págs. 110-111.

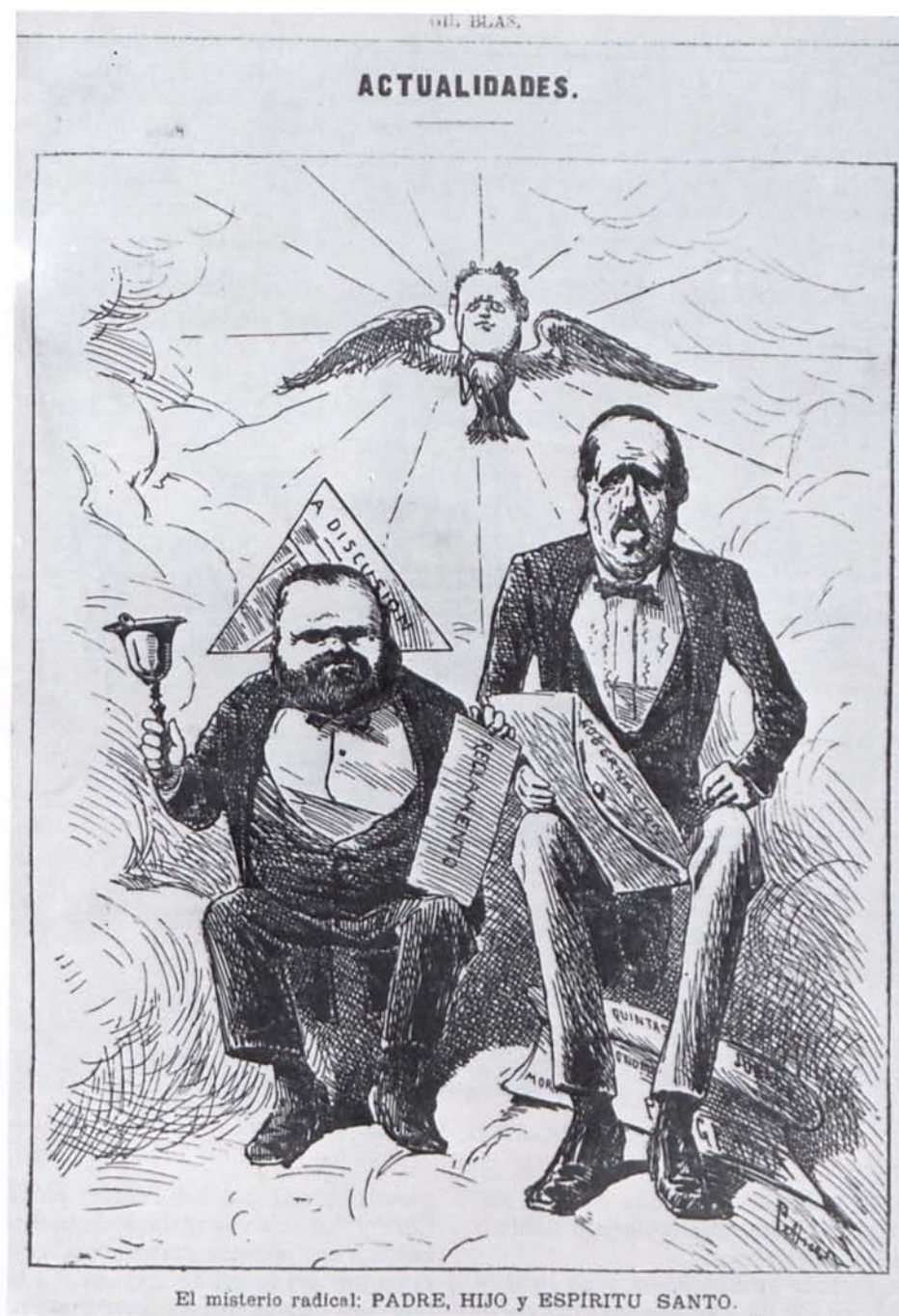
muchas ocasiones, una de ellas fue por la acusación de los republicanos por la transferencia ilegal de dos millones de reales que habían pasado de la caja del Ministerio de Ultramar al de la Gobernación, en donde fueron gastados no se sabe claramente en qué (3); fueron muchas las caricaturas que aludieron a este suceso; una de ellas fue la de José Luis Pellicer que acentuó en este dibujo al máximo la expresión del Ministro (Fig. 4): los ojos parece que se salen de sus órbitas, la nariz, la boca y las orejas son deformes, e incluso el tupé es mucho más grande de lo normal. La caricatura resultó muy expresiva, ya que además, Pellicer, supo escoger un tema muy propicio para ser representado satíricamente ya que tenía un significado muy concreto ante los ojos del público.

El segundo miembro del Gobierno que mereció más atención por parte de este caricaturista fue Ruiz Zorrilla, de quien en ocasiones hizo verdaderos retratos (Fig. 5) y al que trató con mayor delicadeza que al anterior quizá debido a que fue acogido y aceptado por la mayoría del público.

Le dibujó también acompañado por sus aliados demócratas Cristino Martos y Nicolás María Rivero en *Gil Blas*. Pellicer fue un gran dibujante y un pintor de la realidad, por eso se complacía en representar las situaciones y los acontecimientos políticos tal y como iban sucediendo (Fig. 7).

El tercer y último personaje al que dedicó atención, fue al rey Amadeo de Saboya. De todos los caricaturistas que representaron al monarca, Pellicer fue quien lo dibujó con menos dureza, con menos crueldad y en *Gil Blas* le dedicó una de las más bellas y elegantes caricaturas que se le hicieron. De una gran expresividad plástica centrada en un solo gesto en el que el Rey que debía ser querido y aclamado por todos, por todo el pueblo, aparece solo y de espaldas saludando a su propia sombra. El pie del dibujo contribuye a facilitar la comprensión de la escena.

En el conjunto de los personajes políticos que caricaturizó Pellicer, hubo algunos que para el público resultaron en cierta medida desconocidos ya que les acentuó algunos rasgos personales con los que el lector no estaba acostumbrado a contemplarlos en las caricaturas de los demás dibujantes; uno de ellos fue Sagasta, el otro, y quizá el que causó mayor impresión, fue Olózaga (Fi-



El misterio radical: PADRE, HIJO y ESPÍRITU SANTO.

Fig. 7. GIL BLAS. 29 de septiembre de 1872

gura 6) que en Pellicer no alcanzó esa expresión bondadosa que había tenido en las manos de Ortego, Daniel Perea e incluso en Sojo; Pellicer le representó antipático debido a esa sonrisa que imprimió en su rostro y con la que no le habían presentado nunca.

La prensa, durante la revolución de 1868, empleó con frecuencia algunos elementos tomados del arte popular. Fueron las llamadas actualidades o revistas que relataban los hechos públicos de una forma retrospectiva. Los acontecimientos de todo un mes eran dibujados en pequeñas viñetas, cada una de las cuales tenía un pie que ayudaba a com-

prender el dibujo; se trataba de una especie de resumen de los sucesos ocurridos durante un mes, o bien el resumen de un reinado, o de un discurso.

Su relación con el arte popular procede del tipo de aleluyas tan divulgadas en el siglo XIX. Los relatos contenidos en los pliegos de cordel eran abreviados en las aleluyas que constituían la última fase en este proceso de resumir los relatos. Era un procedimiento muy antiguo que se incorporó a la prensa de este momento en Madrid y también en el resto de España, sobre todo en Cataluña y Valencia cuya tradición procedía de las llamadas «aucas». En Francia lo es-

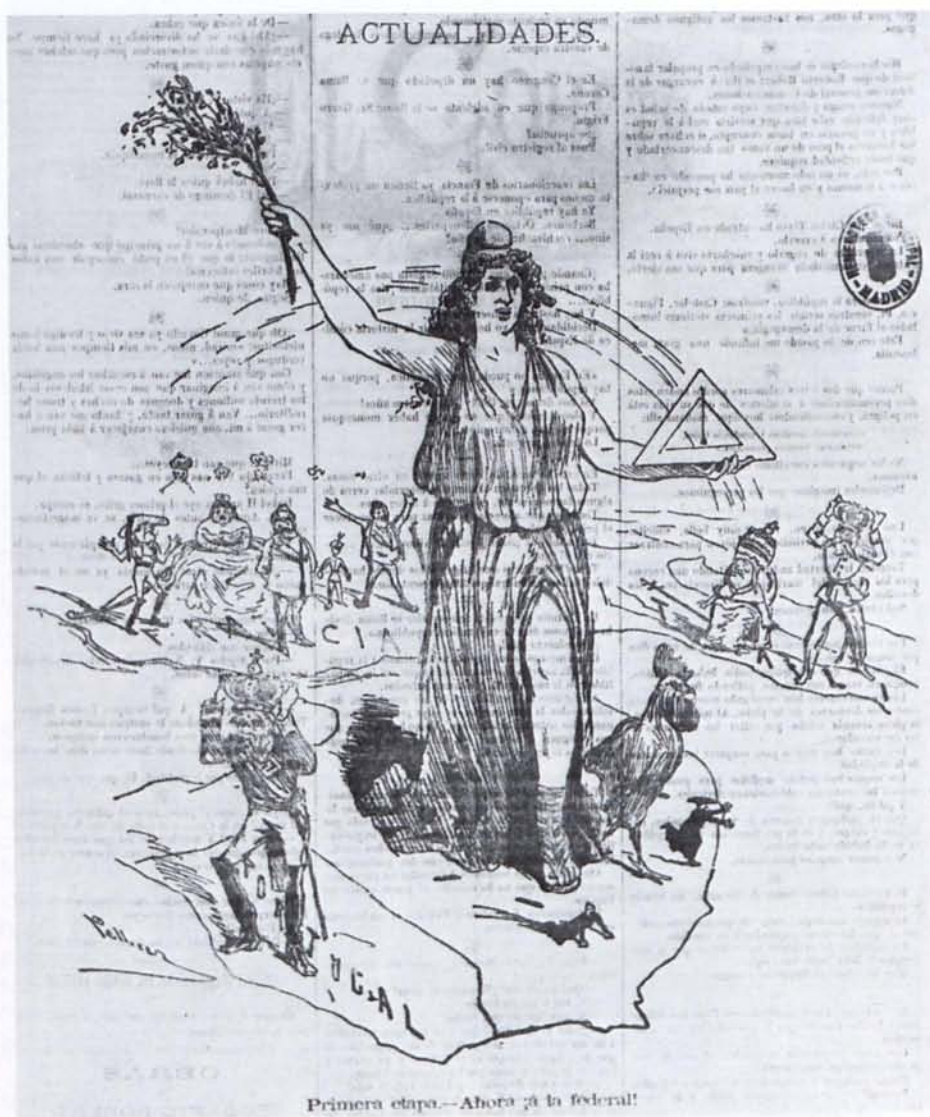


Fig. 9. EL COHETE. 16 de febrero de 1873

taba utilizando Amédée de Noé llamado «Cham», caricaturista político y de costumbres.

Pellicer en *El Cohete* y en ocasiones en *Gil Blas* se mostró muy partidario de este tipo de actualidades y de revistas de un mes y las incorporó a su repertorio. El dibujo que para ello utilizaba era pequeño, muy minucioso y resaltando únicamente los personajes en los que se centraba la acción. Como republicano, comenzó a publicar en *El Garbanzo* caricaturas de personajes políticos que más tarde formarían parte del Gobierno de la I República, tales como Echegaray, Pi y Margall, Castelar y Figueras.

Las caricaturas de finales de 1872 presentían que algo nuevo iba a suceder dentro del Gobierno español; la República era el orden nuevo que se había venido pidiendo durante dos o tres años. Al proclamarse, la mayoría de los periódicos satíricos suspendieron su actividad. La última

caricatura que publicó Pellicer en *El Cohete* fue una vez instaurada la República que aparece personificada en el centro del mapa de España y a la que los demás países contemplan, unos con júbilo, otros con temor; este fue el primer paso a seguir, el siguiente sería que esa República se convirtiera en federal, (Fig. 9).

Pellicer dentro de su creación como caricaturista político en la prensa satírica realizó un trabajo social importante, defendió la justicia y presentó las reivindicaciones de los oprimidos, para los que deseaba profundamente un mundo mejor. Por este motivo, una vez proclamada la República, no deseó seguir caricaturizando o ridiculizando un orden nuevo o a unos miembros del Gobierno que él pensaba que iban a defender los principios por los que había luchado durante tanto tiempo.

Su estilo artístico dentro de la caricatura fue variando en el paso de una publicación a otra. Puede que

este cambio se debiese a que la cantidad de trabajo que tenía que realizar fuera aumentando con respecto a la primera etapa.

Su técnica consistía en la descomposición de la figura en infinidad de trazos, con los que distribuía en los rostros los distintos matices expresivos y que le servían para acentuar los contrastes de luces y de sombras.

En su trabajo en *El Cohete* se observa una mayor despreocupación por el dibujo, es decir, por la multiplicidad de trazos que había empleado en su primera etapa de *Gil Blas*. En *El Cohete* utilizó unos cuantos trazos con los que resaltaba los rasgos y aspectos que a él le interesaban. Lo mismo sucedió en sus posteriores publicaciones satíricas, en las que llegó a un esquematismo de la composición de la que con sólo unas líneas surgía una caricatura.

En ocasiones exageraba tanto los rasgos relevantes de algunos personajes, como por ejemplo Sagasta y Olózaga, que al contemplarlos nos resultan extraños, no desconocidos, porque les da una expresión real, sino diferentes y en cierta medida originales al lado de los tipos que habían representado los demás caricaturistas.

Pellicer había estudiado la carrera de maestro de obras, aparejador y agrimensor que ejerció durante dos años. Sus aficiones artísticas le hicieron alejarse de lo que había estudiado y seguir unos cursos de pintura y dibujo con el pintor Ramón Martí Alsina. En sus dibujos, ya sean caricaturas o bien ilustraciones, se observa la relación con la carrera que había estudiado. Esta influencia se advierte en la situación y ambiente en que se mueven las figuras, plantea unos problemas de perspectiva que resuelve con una justeza casi matemática. Antes de emprender un dibujo tiene en cuenta el escenario donde se van a mover los personajes, así la relación entre ambas cosas es perfecta; la perspectiva es la base fundamental de sus composiciones.

Como caricaturista político no resultó nunca irrespetuoso ni hiriente, acaso siguiendo el ejemplo de Ortega, su antecesor en la primera etapa de *Gil Blas*; supo mantenerse en su punto medio, supo mover a sus figuras en todos los detalles; no se olvidó del rasgo que tenía que destacar más en la composición. Tampoco olvidó que sus caricaturas además de expresar los aspectos ridículos de la situación política, de-

bían ser cómicas para llegar al público directamente, aspecto que consiguió ya que detrás de cada dibujo podemos encontrar una intención, una sátira.

Pellicer se mostró en sus caricaturas vocero de la situación que se estaba viviendo, ya fuera en el aspecto social o en el político. Además de innovador, al exagerar los defectos de cada figura, además de caricaturista, se le puede considerar como un pintor realista.

Tenemos en José Luis Pellicer, un

buen dibujante en todos los géneros que siempre mantuvo vivo ese quehacer constante, esa inspiración y dominio de la composición. Su obra como caricaturista político en la prensa madrileña del período revolucionario es muy reducido, si la comparamos con su inmensa creación como ilustrador de libros y costumbrista, pero es una muestra más de su capacidad artística para interpretar todo tipo de género.

Un acontecimiento decisivo para finalizar su producción como carica-

turista político fue la proclamación de la I República. Más tarde sería enviado como reportero a las guerras del norte y a la guerra ruso-turca.

Después de estas campañas bélicas, hacia 1881, marcharía a París y a su vuelta fijaría su residencia en Barcelona donde continuaría incansable su trabajo como dibujante costumbrista, ilustrador y caricaturista hasta su muerte en 1901 a los 59 años de edad.

*(continuará)*





